LUNES 26 DE MAYO DE 2014
Página12
SUPLEMENTO ESPECIAL DE HOMENAJE A JUAN GELMAN EN EL 27º ANIVERSARIO DEL DIARIO

Gelman

Periodista

Presentación de
Horacio Verbitsky

Ilustraciones de
Miguel Rep

La nota de mañana

Por Horacio Verbitsky

Al cumplir un nuevo aniversario, este suplemento es el homenaje a la pluma más notable que honró las columnas de Página12. Gelman comensó a escribir desde el comienso del diario, cuando aún no había concluido su exilio en París, y siguió haciéndolo hasta pocos días antes de su muerte, en enero de este año. Sólo su maravillosa creación poética pudo relegar a un plano secundario su obra periodística. Tuve el privilegio de trabajar con él durante medio siglo exacto, desde que nos conocimos en la revista *Confirmado* (que dirigían Jacobo Timerman y el comodoro Juan José Güiraldes), hasta Página12, pasando por *La Opinión* y *Noticias*.

¿Cómo sería este descomunal poeta trabajando como periodista en un medio de mala muerte? De toda la redacción de esa revista es el único al que jamás hubo que tocarle una línea, corregir nada, porque todo salía perfecto en el primer intento. Cuando aún no nos conocíamos asistí a lecturas de poesías que Juan hacía en Buenos Aires al principio de la década del '60, junto con otro gran poeta, Paco Urondo, asesinado por la dictadura en 1976. Leían uno o dos poemas cada uno, alternándose. Eran años de un enorme fervor en la Argentina, años de esperanzas e ilusiones, en una transformación, en un cambio, en una revolución. Paco y Juan escribían poemas sobre la revolución y centenares de personas escuchaban en asombroso silencio en un auditorio que se llamaba "Artes y Ciencias" que funcionaba en un sótano del microcentro, a metros de Lavalle donde estaban casi todos los cines de la ciudad. En esa época todavía no había llegado la civilidad o la corrección política de no fumar. Uno los oía más que verlos por el humo que había en ese lugar cerrado donde todo el mundo fumaba. En uno de esos poemas Juan dice que el poeta se sienta a la mesa y escribe y sabe que con esos versos no va a tomar el poder, que no va a hacer la revolución, y muchas otras cosas que no van a ocurrir. Pero al final repite que "se sienta a la mesa y escribe". Juan mantuvo hasta el final los mismos principios, poniendo todo en cada palabra, cosa que no se puede decir de todos los poetas, y mucho menos de todos los periodistas, que suelen ser destruidos por el paso del tiempo.

Noticias fue un diario que formó parte de un proyecto político de la Juventud Peronista, con la conducción de Montoneros, y era muy difícil hacer periodismo de calidad en esas condiciones. Hasta ese momento habíamos enfrentado los desafíos de hacer un periodismo de calidad en medios como *Confirmado*, cuya línea política apuntaba a demoler un gobierno democrático y fomentar un golpe militar. Los dueños y editores manejaban la sección política, nosotros llenábamos las páginas de Cultura y lo que se llamaba en forma pretenciosa Vida Moderna, tratando de poner periodismo de calidad en un medio que no había sido pensado para eso. En el caso de *Noticias*, por el contrario, compartíamos el proyecto político pero eso no implicaba que quienes lo conducían estuvieran de acuerdo con un periodismo de calidad y sobre todo con la libertad que un periodismo de calidad requiere. Era otro tipo de contradicción que manejábamos de la mejor manera que podíamos. Para saber cómo nos salió, no hay nada mejor que cotejar la colección de *Noticias* con las de los otros medios que impulsó el mismo grupo político, como *El Descamisado* o *Evita Montonera*.

En *Noticias*, Juan, Paco Urondo y yo teníamos los despachos en línea, conectados entre sí, de modo que pudiéramos comunicarnos aislándonos de la redacción. En el trabajo del diario Juan era reflexivo, minucioso, cuidaba cada título, pesaba cada nota. Trabajábamos muchísimas horas, terminábamos muy tarde, agotados. Varias noches nos tirotearon los autos que llevaban el material al taller en una ciudad desierta. Después del último cierre nos relajábamos. Juan sacaba una hoja y escribía como un poseso, a veces a mano, a veces a máquina. La poesía la soltaba de un tirón.

Después vinieron el exilio suyo, mi clandestinidad, hasta el reencuentro en Página12.

Por la vuelta

Gelman pudo volver a la Argentina por un recurso que presenté con el patrocinio de Carlos Auyero y que los jueces Horacio Cattani, Raúl Zaffaroni y Horacio Tozzini aceptaron en enero de 1988 y que el siempre bienintencionado García Márquez le agradeció al secretario Horacio Vigliani, porque su firma era la que aparecía solitaria en la foja final. De inmediato se incorporó a la redacción del diario, donde dirigió el suplemento cultural. El tema de las primeras notas de Juan, aún desde París, sería uno de los principales en su extensa colaboración: los crímenes cometidos desde un aparato organizado de poder contra seres humanos indefensos. Se trataba entonces del juicio a Klaus Barbie, el jefe de la Gestapo en Lyon que hizo pedazos al líder de la Resistencia Jean Moulin. Pero a lo largo de casi tres décadas Juan intentó rastrear en todo el mundo las raíces de la crueldad, que él padeció en carne propia. La Shoah, las masacres de palestinos en Israel, los asesinatos seriales de Bush y Obama en Afganistán e Irak, las dictaduras imperdonables de África, Asia y Latinoamérica fueron la materia de sus notas, secas, cortantes, más pobladas por datos duros que por juicios de valor que, con toda razón, consideraba obvios.

En ese sentido, fue de una modestia y una honestidad que no abundan. Quien recorra esos trabajos, igual que los que a partir del 11 de septiembre de 2001 dedicó a la mal llamada guerra contra el terrorismo, que hizo de un país orgulloso de sus libertades un Estado policial; la crisis global, la concentración de la riqueza y la desigualdad que no cesan de crecer en el mundo, las consecuencias aterradoras del cambio climático, la rebelión de los indignados, se encontrará con la cita escrupulosa de cada fuente, ya sea un organismo oficial, un libro, un informe científico, una ONG, un diario comercial o un blog.

Pero también escribió artículos hermosos sobre escritores, pintores, científicos, cineastas, músicos, actores y actrices, a menudo vinculando una interpretación de sus obras con elementos de la coyuntura política argentina. Creo que cuando él habla de ésos también está mostrando algunas cosas de sí mismo que quiero mencionar. En un artículo sobre Pound y Céline dice: "La ideología de un escritor es sólo parte de su subjetividad, de su experiencia y su vocación expresiva". Y menciona el caso de Pound, que tanto podía hacer propaganda a favor de Mussolini como escribir "el más maravilloso poema en contra de la usura". Esta idea de que la ideología de un escritor es sólo parte de su subjetividad está muy manifiesta en la poesía de Juan, que no es política en el sentido convencional de la palabra. El tiene un romance con la palabra que está al margen o por encima de cualquier ideología. Y vuelve a decirlo cuando habla de Flaubert. Dice: "Flaubert piensa que todo dogma es espiritualmente falso, llámese religión, progreso, catolicismo o democracia". Y Juan nunca se ha manejado con dogmas, ni en el periodismo ni en la poesía. A veces en la política sí, porque la política en el siglo pasado ha tenido mucha contaminación dogmática, y así nos ha ido.

Juan participó en diversos proyectos políticos, de los que se alejó o lo fueron, porque no toleraba el sectarismo ni el ejercicio perverso de la autoridad. Esa incapacidad para los gestos mezquinos resplandece en sus páginas sobre Borges, a pesar de su inicial cortejo a Videla y Pinochet, porque, en sus propias palabras, "al ser ciego y no leer los diarios, yo era muy ignorante". En un extraordinario reportaje que le hizo en la sierra Lacandona al subcomandante Marcos caben casi todas las preocupaciones que ambos compartían, sobre los vínculos entre el arte y la revolución (el mexicano dice en broma algo muy serio: que para ser cuadros revolucionarios éramos bastante redondos, cosa que Juan conoció muy bien cuando la moralina pequeño-burguesa disfrazada de moral revolucionaria castigó a su hermano Paco).

Cita a Burroughs, cuando dice: "El que resiste es un individuo que tiene conciencia del enemigo, de sus métodos operativos, y que está empeñado activamente en combatirlo". Ese es Juan. Lo dice Burroughs pero Burroughs está hablando de Juan. Y sobre todo cuando dice que "el valor más alto es la fidelidad a un propósito, que da sentido a la vida, y es lo único que se puede oponer a la nada". Esa lucha contra la nada, esa fidelidad a un propósito, es algo que tenemos que agradecerle quienes hemos tenido la dicha de trabajar con él. Hablando de Arthur Miller dice que en los ensayos está su biografía intelectual pero que la verdadera está en su teatro. En el caso de Juan pasa lo mismo. Cambiemos teatro por poesía y se aplica perfectamente. La biografía de Gillo Pontecorvo le sirve para reflexionar sobre el ocaso de la épica y la disipación de las certezas. Pero si el socialismo real se ha derrumbado "habrá que imaginar otro", concluye con pasmosa naturalidad. Y no tiene la menor indulgencia sobre ese derrumbe, cuando constata que a pesar de que las revoluciones de los últimos siglos han pregonado la libertad y la justicia, la fraternidad ente iguales, "la Revolución Francesa desembocó en Napoleón, la estadounidense en Monroe y la rusa en Stalin". Su crítica despiadada tiene algo de la fiera venganza del tiempo que le hace ver deshecho lo que amó pero no puede confundirse con arrepentimiento y mucho menos con abominación de los mejores propósitos y acomodo con las ideas y los intereses a los que enfrentó. Las utopías nacen y renacen, escribe, porque la humanidad perseguirá siempre un paraíso inhallable, en una búsqueda tan ineludible y frustrante como la de la escritura, porque el famoso terror a la página en blanco crece en intensidad hasta que la carilla está llena y el artista constata el fracaso del intento.

El sentido del humor que comparten con Shakespeare y Kafka hace disentir a Gelman con Adorno, de quien cita una frase célebre sobre la imposibilidad de escribir poesía después de Auschwitz. Claro que depende de cada uno qué poesía (o qué periodismo) puede escribirse después de Auschwitz o de Campo de Mayo, por decirlo en argentino. Con la voz de Leopoldo Marechal, Gelman dice que no hay situación por solemne o trágica que sea a la que no se le pueda ver el lado cómico. En estas páginas lo demuestra, con la minúscula obra teatral compuesta con las palabras del ex dictador Albano Harguindeguy y su esposa, contrapuestas con la de algunos cómplices menores y con el registro objetivo del terror. Y nos hace reír con ganas con los desastres de Leonardo en la cocina y con las definiciones despilfarrantes del real diccionario español.

La marca

El asesinato de su hijo Marcelo y de su nuera María Claudia aún adolescentes y el despojo de su nieta Macarena marcaron su vida. En esta recopilación hay una carta abierta a mi nieta o nieto, escrita durante y como instrumento de la búsqueda incesante de esa criatura, cuando aún no sabía si era varón o mujer. Culminó con el ansiado encuentro cuatro años después de aquel artículo. En la carta abierta le dice que ambos son huérfanos de Marcelo. Y también confiesa sus perplejidades previas: "Arrancarte del hogar que tenías o hablar con tus padres adoptivos para establecer un acuerdo que me permitiera verte y acompañarte, siempre sobre la base de que supieras vos quién eras y de

dónde venías". Ese último fue el camino que siguió hasta llegar a la primera cita con una mujer de 23 años que desde aquel día realizó un proceso formidable de reconstrucción de sí misma: de hija adoptiva de un policía uruguayo a militante por los Derechos Humanos y candidata a diputada por la lista de izquierda del Frente Amplio que no digiere Tabaré. La relación con Juan fue tensa y dolorosa los primeros años pero se convirtió luego en un remanso de identificación y dulzura.

Es una lástima que Juan no haya llegado a escribir la historia de esa búsqueda, que sus amigos compartimos aportando algunas figuras del rompecabezas y que la mujer de su vida, Mara La Madrid, lo ayudó a armar desde México. Esa es una proeza investigativa tan admirable como la estrategia con la que Juan fue acorralando a los líderes políticos uruguayos, de Sanguinetti y Batlle a Tabaré, y a los jefes militares argentinos que trataron de frenar la investigación, como el jefe del Cuerpo de Ejército de Rosario, que debió pasar a retiro y hoy está detenido por el crimen.

Regresó al país en enero de 1988 pero en diciembre de ese año conoció a Mara en una fiesta de argenmex y se le paró el corazón. Era hija del Gordo Juan Carlos La Madrid, que escribió un tango con Piazzolla. Al margen de la partitura mi viejo escribió: "Así hablaban los malevos del futuro". Mara no era una chica fácil. Cuando resucitó de tres muertes súbitas, Juan no dudó en seguirla a México, donde vivía y trabajaba.

La Olivetti y el dinosaurio

Le pedí que me contara sus recuerdos de entonces. "Durante nuestro primer año de vida en común, 1989, Juan viajó a la Argentina a buscar 'sus pertenencias'. Regresó de Buenos Aires con dos maletas tipo inmigrante, casi de cartón. Un poco de ropa, tres o cuatro libros, algunas fotos y documentos que hacían a la desaparición de Marcelo y María Claudia. No más. En casa, un departamento en la calle Campeche donde vivimos y trabajamos muchos años, hoy mi consultorio y sede de la editorial que entre tres sostenemos a pulmón, había una vieja Olivetti de mi padre. En esa máquina, con papel carbónico y cintas casi imposibles de conseguir, recuerdo a Juan escribiendo." Además de las notas de Página sobrevivía con traducciones para las Naciones Unidas.

Intercalo mi recuerdo entre los de Mara. Todos los años Juan viajaba a Nueva York desde un mes antes hasta un mes después de la Asamblea General. Allí lo visité varias veces a partir de 1992, cuando yo iba a denunciar ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos los atropellos a la libertad de expresión en la Argentina de Menem. La CIDH tenía sede en Washington pero hacía escala para ver a Juan, que era un anfitrión exquisito. Una noche me llevó a escuchar al quinteto de jazz con el que se entretenía el baterista de los Rolling Stones. Lo mirábamos y nos mirábamos entre nosotros: Charlie Watts parecía un clon de Beckett. Después nos quedamos hasta la madrugada bebiendo y hablando de la Argentina y nuestros esfuerzos contra la impunidad, de la búsqueda de la piba o el pibe, del periodismo, de los libros y de nuestras mujeres. Juan me contó que había buscado una portátil parecida en Nueva York y decía que el vendedor lo cargó, preguntándole dónde había estacionado el dinosaurio. Nunca se lo creí.

En diciembre de 1989 Mara lo acompañó a Buenos Aires para el entierro de los restos de Marcelo, identificado por el Equipo Argentino de Antropología Forense. Entre los artículos que aquí se publican hay uno en el que alude a las acusaciones imbéciles que recibió por reconocer y sepultar a Marcelo, como si fuera una táctica del Fondo Monetario, el Pentágono y la jerarquía católica para el olvido y la reconciliación (*sic*). "Algún día de enero de 1990 volvimos a casa. Muy posiblemente Juan volvió a trabajar en Nueva York, no recuerdo. Lo que sé es que un día le dije: Juan, basta de traducciones horribles, tenés que vivir de tu escritura. Empezó otra vida para él, siempre dándole a la vieja Olivetti. Para entonces no teníamos ni computadora ni Internet. Nunca, mientras vivió conmigo, lo vi madrugar para pescar la primera noticia. Más bien era dormilón y noctámbulo. No era un corresponsal, no estaba a cargo de una secretaría de redacción." (Yo sí lo vi, Mara, una de las veces que me alojaron en México, pero es cierto que no era por material para las notas sino por noticias de Montevideo, donde estaban comenzando las excavaciones en busca de María Claudia.)

Mujeres y niños primero

Sigue Mara: "Lo que sí, era cumplidor. Si salíamos de viaje preparaba notas con anticipación que a veces mandaba todas juntas al diario o, si estábamos en Tepostlán, el día que tenía que enviarla, buscaba un fax público para hacerlo. A partir del '94 se interesó mucho en el levantamiento zapatista. Más aún, viajó dos o tres veces a Chiapas. Mi hija Marcela le prestó una bolsa de dormir amarillo huevo que se hacía muy chiquita. Yo le compré una campera rosa fuerte que era impermeable, térmica, liviana. Y una cantimplora. Cuando lo despedimos nos dimos cuenta de que habíamos olvidado la brújula. De todos modos regresó pese a que en ese encuentro llovió torrencialmente. Aún hoy me topo con gente que relata cómo, en medio del chubasco y la escasez de cobijo, se escuchó la voz furibunda de Juan reclamando la falta de caballerosidad de algunos señores. Aunque no lo sé con exactitud, parecería que se fue a dormir bajo la lluvia cual capitán de barco vociferando: mujeres y niños primero". Una de las piezas deliciosas de esta colección es el reportaje que le hizo entonces al subcomandante Marcos.

Desde 1996, a raíz de la hechura del libro *Ni el flaco perdón de dios*, "teníamos computadora, correo electrónico e Internet. A Juan le costó muchísimo conectarse con la computadora. Se daba cuenta de que era una poderosa herramienta pero, suponía, que funcionaba sola y, cuando perdía lo que había escrito, no podía reconocer que se debía a alguna metida de dedo. La trataba como a la Olivetti".

"En el 2001 comensó su preocupación por Irak, Afganistán, los gringos, la CIA, Al Qaeda. De allí en más no sacó el dedo de la raya: la crítica al neoliberalismo, la globalización y al 'Imperio empantanado' y destructivo se volvió una obsesión."

En esos artículos de los últimos años que menciona Mara, Juan escribe menos sobre autores porque siente una urgencia en el mundo que él no puede eludir, y es lo que está pasando desde que se reivindicó la doctrina del imperio y la idea de que todo vale en función de lo que es definido como la seguridad nacional de un país.

"Ya usaba mucho mejor la computadora e Internet", recuerda su mujer. "Tenía acceso a los periódicos internacionales, a sitios alternativos, investigaba. Todo lo imprimía y a color. Había que comprar cartuchos de tinta a cada rato. Para cada nota buscaba información, veía qué podía ser de interés tanto para él como para los lectores, construía un guión. Esto le llevaba un día, un día y medio. Y luego, de un plumazo escribía y enviaba la nota." Así fue hasta el final.

"Un día antes de morir, el lunes por la mañana, me dijo, mientras iba perdiendo la voz y mostrándome las manos que le temblaban:

–No sé cómo voy a hacer para escribir la nota de mañana.

'Juan –le dije–, no todo se puede.'

Y entonces preguntó:

–¿De qué voy a vivir?

Casi lo mato."

Publicada el 26/5/87

Klaus Barbie no estaba solo

Por Juan Gelman
Desde París

Como todos los días desde el 14 de mayo, hoy Klaus Barbie se quedó en su celda de la prisión de San José y se negó a comparecer ante la Corte de Lyon que lo juzga por crímenes contra la humanidad. La legislación francesa otorga ese derecho al acusado. Los testigos de cargo, nuevamente, han declarado ante un banquillo vacío.

¿Quién se sienta allí, en realidad? Para la gran prensa norteamericana, no hay dudas: "Un capítulo de la historia francesa que la vergüenza ha ocultado mucho tiempo", opinó el *Washington Post*. "Muchos (franceses) estiman que el proceso Barbie es un proceso contra Francia misma, cuya actuación en materia de resistencia y colaboración (con el nazismo) nunca fue objeto de un examen público serio", sostuvo *The New York Times*. Esa es, en todo caso, la tesis que el defensor de Barbie, Jacques Vergés, se propone explotar.

Para este ex abogado del Frente de Liberación Nacional de Argelia durante la lucha por la independencia de ese país, buena parte de la sociedad francesa colaboró con la maquinaria nazi, y la Francia colonialista –como los Estados Unidos en Vietnam, como Israel contra los palestinos– cometió crímenes análogos a los perpetrados por Barbie. Estas últimas semanas, la prensa argelina se hace eco de los argumentos de Vergés. El semanario *Argelie-Actualité* señala que Barbie torturó hasta la muerte a resistentes franceses, tal como militares franceses hicieron con resistentes argelinos, y que deportó a niños y civiles durante la ocupación de Francia por los nazis, tal como militares franceses masacraron a niños, mujeres y ancianos cuando Argelia luchaba por liberarse del yugo francés. "Francia juzga a un criminal, pero ¿quién juzgará a los suyos?", pregunta *Révolution africaéenne*, semanario del FLN.

Vergés intentaría demostrar que si Barbie pudo apresar y dar muerte a Jean Moulin, jefe de la Resistencia francesa en el interior, fue porque éste fue delatado por sus propios compañeros. La izquierda biempensante del país reacciona contra este intento de enjuiciar a la Resistencia y de poner un signo igual entre nazismo y colonialismo. Vergés procura en realidad –dice Jean Daniel, director del semanario *Nouvel Observateur*– relativizar la legítima condena al nazismo en función de las atrocidades del colonialismo, quiere sentar en el banquillo de los acusados a Europa entera. Sin minimizar los horrores del nazismo, tal vez haya motivos para sentar a Europa entera en el banquillo. Desde la conquista y colonización europeas del resto del mundo, por ejemplo.

Tal proceso contra Barbie toca, además, otras irritaciones. Ya fue juzgado por crímenes de guerra y condenado a muerte en contumacia por tribunales franceses en 1952 y 1954, que establecieron el siguiente balance de la actuación del teniente SS en la zona de Lyon: 4342 asesinatos, 7591 deportaciones, 14.311 arrestos seguidos de tortura, a los que hay que agregar el pillaje y los incendios, manía que Barbie solía practicar. Vencido el plazo de veinte años y prescriptos por ley esos delitos, hoy se lo procesa por crímenes contra la humanidad, cometidos esencialmente contra judíos: 84 fueron detenidos el 9 de febrero de 1943 en una ratonera tendida por la Gestapo en el local de la Unión General de Israelitas de Francia, de Lyon, y enviados a Auschwitz; eran en su mayoría judíos los prisioneros hacinados en "el último tren hacia Alemania" que partió de Lyon el 11 de agosto de 1944 transportando a los campos de concentración a 650 franceses; eran judíos los 44 niños de cinco a diecisiete años de edad y los cinco maestros detenidos el 6 de abril de 1944 en el hogar infantil de Izeu y enviados a Auschwitz.

El tema judío no es de poca monta en el país donde el conde de Gobineau hace más de un siglo inventó la teoría de la superioridad de la raza aria que Hitler adoptaría en el *Mein Kampf*. Julian Benda solía decir que Francia vivía en un caso Dreyfus permanente. El día anterior al comienzo del juicio contra Barbie, en todos los quioscos de París, se ponían a la venta los ejemplares de los *Anales de historia revisionista*, publicación trimestral cuyo artículo liminar se titula "El mito de la exterminación de los judíos". Se pretende allí que ni hubo cámaras de gas ni genocidio, y que "dudar de la realidad histórica del exterminio de los judíos no sólo es legítimo, sino un deber, pues es un deber la búsqueda de la verdad histórica". Días después, la protesta de varias asociaciones de ex deportados lograba que un juez ordenara el secuestro de la revista y la suspensión de su distribución. Pero este "revisionismo" no es cosa nueva en Francia. En el decenio pasado se multiplicaron las revistas de ese tipo y los atentados racistas, y en los años ochenta se consolidó una neoderecha cuyas tesis abrevan en la seudociencia nazi. Y antes aún, en junio de 1944, Simone Kadosche, sobreviviente de Auschwitz, a los trece años y medio de edad, era torturada en Lyon por Barbie, en cuyo poder cayó por la denuncia de unos vecinos. La denunciaron por judía.

Algunos temen que se use a Barbie para exorcisar los demonios de la sociedad francesa en un alemán, que el acusado se convierta en acusador y que se produzca una amalgama abominable de verdugos y de víctimas. Otros piensan que los hechos que se juzgan ocurrieron hace mucho tiempo y que cabe arrojar sobre ellos el manto del olvido. Pero una mayoría de franceses cree lo contrario: según una encuesta realizada antes del juicio, un 72 por ciento de los interrogados, fueran de izquierda, de centro o de la derecha liberal, opinó que el proceso debía hacerse y un 68, que así debía ser aunque hubieran transcurrido más de cuarenta años desde la comisión de los crímenes.

La ausencia de Barbie y los acontecimientos de la actualidad fueron reduciendo el interés de la prensa en el proceso. De los 845 periodistas y técnicos de radio y televisión que se apiñaban en la sala el primer día del juicio, lunes 11 de mayo, sólo quedaban 68 el viernes quince. Pero en estos días, por boca de las víctimas, ha comenzado a hablar la Historia.

Página|12

27 años

1987 2014

La aventura periodística que comenzó hace 27 años
se revitaliza en el esfuerzo cotidiano por trabajar la
palabra en su aspecto más desafiante:
la crítica y el análisis de una Argentina cada vez
más comprometida en la **pluralidad de las voces.**

Felicidades.

GobiernodeEntreRíos

GESTIÓN**Urribarri**

“Un hombre que acariciaba un gato no puede ser tan malo”

Publicada el 27/5/87

Por Juan Gelman
Desde París

Por primera vez hoy, desde el comienzo del proceso, Barbie fue careado en el Tribunal de Lyon con cinco de sus víctimas. Todas ellas, miembros de la Resistencia francesa, lo reconocieron como el torturador que después los envió a los campos de concentración. Uno de los ex resistentes, Blandrón, había presenciado hace 43 años la siguiente escena: ante sus ojos, Barbie intentó que un perro violara a su mujer. Hoy Blandrón todavía recuerda los ojos de Barbie y reconoce su “sonrisa arrogante”.

La sonrisa de Barbie sorprendió a todo el mundo cuando se abrió el proceso hace un par de semanas. “Barbie sonríe”, tituló en primera página el diario *Libération*. “Leí tanto sobre Barbie, miré tantas fotos suyas, que cuando lo vi me sorprendió. No parece un ser cruel, parece un ser humano”, se asombraba entonces Howard Brodie, alto, flaco, 71 años, venido de San Francisco con sus lápices, papeles y un par de anteojos especial, munido de lentes como pequeños telescopios, para escrutar a distancia y dibujar el rostro del “carnicero de Lyon”.

A Simone Kadosche también Barbie le pareció un ser humano la primera vez que lo vio. Tenía ella trece años y medio el 6 de junio de 1944 cuando, denunciada como judía por unos vecinos, fue llevada en compañía de sus padres a una oficina de color crema en el cuarto piso de la sede de la GESTAPO en Lyon. Barbie “entró vestido de gris –declaró Simone en el proceso–, con un gato en los brazos. No sentí miedo, pensando que un hombre que acariciaba un gato no podía ser tan malo. Miró a mis padres y me acarició una mejilla. Dijo que yo era linda. Le preguntó a mi madre si tenía otros hijos. Ella dijo que sí, que estaban en el campo y él quiso saber sus nombres y su dirección. Mamá callaba, Barbie dejó el gato en el suelo. Se volvió hacia mí y, bruscamente, me arrastró por los cabellos y recibí un soberano par de bofetadas, las primeras de mi vida”.

Lo que vino después fue más duro: siete días de torturas y Barbie que lleva a Simone, hecha un guiñapo, ante su madre. En Auschwitz un nazi mató al padre de Simone ante sus ojos. Ella sobrevivió. El 20 de julio de 1983, durante la instrucción del juicio, Simone fue llevada a la prisión de San José y reconoció formalmente a Barbie. Pero él dijo que no se acordaba de nada. “Si la miro a usted –le dijo– es porque después de nueve meses de prisión es agradable mirar a una mujer.” Simone Kadosche pidió que la frase figurara en las actas de la instrucción. “Ese día me sentí insultada.”

Barbie perdió la Segunda Guerra Mundial, pero no se siente un vencido. Ni un criminal. “Yo tenía superiores jerárquicos. Obedecía las órdenes que me impartían”, dijo ante sus jueces. Sus víctimas declararon que Barbie gozaba sádicamente y torturaba. “Era mi deber. Yo era un soldado”, dijo Barbie. Y agregó: “Era la guerra, y en la guerra no hay ni mal ni bien”.

Barbie explicó cómo entendía esa guerra al profesor Jacques Vérinne y a los doctores Didier Weber y Daniel Gonin, psiquiatras que lo entrevistaron largamente durante la instrucción del juicio. No era una guerra normal, les dijo Barbie. Era una guerra sucia, desprolija, porque había que enfrentar a un enemigo inviable, fuera de la ley, sin uniforme. Esos enemigos no formaban parte de un universo legal, organizado. “Todo era falso en esa gente, no podíamos reconocerlos como soldados”, les dijo de los resistentes antinazis de Francia, aunque no explicó si eso también se aplicaba a los niños judíos de Izeu y a la población civil inerme que envió a la muerte.

“Ustedes (los franceses) se convirtieron en un pueblo decadente porque no aceptaron la ideología que nosotros les ofrecíamos”, siguió diciendo Barbie a los psiquiatras. Corría el año 1985 cuando formulaba esas declaraciones. Más de cuarenta años atrás, sus jefes opinaban de él que era un “camarada irreprochable. Su actuación en el servicio es notable. Su comportamiento como SS es irreprochable, tanto dentro como fuera del servicio. Su opinión sobre la concepción nazi del mundo puede considerarse sólida”. Juicios que, cuando Barbie trabajaba para los servicios de contraespionaje de los Estados Unidos, confirmaría R. Taylor, oficial de esos servicios: “Barbie es un hombre honesto, intelectual y, personalmente, no es nervioso ni miedoso. Es absolutamente anticomunista y un idealista nazi que piensa que ha sido traicionado, personalmente y en sus convicciones, por los nazis en el poder”. Por los “bonzos” del partido, como Barbie reafirmó en estos días en el juicio, “los que se enriquecieron, los que traicionaron el ideal de camaradería, los que abandonaron el camino del nacional-socialismo”.

Barbie seguía ese camino sin desvíos cuando, como teniente coronel del ejército de Bolivia, organizaba campos de concentración y asesinatos de opositores a la dictadura del general Banzer. Hoy, después de la comparecencia de los primeros testigos, Barbie se declaró secuestrado ilegalmente y dijo que, en consecuencia, nada tenía que declarar. Tal vez en él funciona el mecanismo que describió Mélanie Klein, ese “olvido moral” que permite a los verdugos, cuando las circunstancias cambian, pensarse como víctimas de una injusticia insoportable.

Barbie es también irreprochable como preso. En su celda de la prisión de San José lee a Homero y Goethe, obras sobre el teodorismo y la civilización incaica y, con precisión militar, tanto en verano como en invierno, se levanta a las seis de la mañana y se acuesta a las siete de la tarde. Lleva la vida de un oficial derrotado, pero no destruido.

Tal vez sea así porque, como decía Dercors, ese gran escritor y resistente francés, el nazismo perdió sobre el terreno pero no fue erradicado de las venas y arterias de la sociedad humana. Ayer se inició en Niza otro proceso, el de Raynald Liekens, de 23 años, que el 2 de agosto de 1984 asesinó a su casera, Henriette Barsky, de 75 años, esposa y hermana de judíos muertos en la deportación, “porque era judía”. Liekens, que se hizo nazi a los catorce años y se afilió al Frente Nacional, el partido de extrema derecha que dirige Le Pen poco antes de los hechos, escribió a su hermana desde la prisión una carta en la que se lamentaba del crimen que había cometido “porque en vez de matar solamente a una judía habría podido masacrar a muchos más poniendo una bomba en la sinagoga de Cannes”.

La mancha parda se ha extendido en el tiempo y por el mundo y, como afirma Philippe Lucas, ex rector de la universidad de Lyon, “el nazismo y otros totalitarismos no sólo son lo contrario de la democracia, sino su perversión, y de ésta nadie está a salvo”.

VOLKSWAGEN

ARGENTINA

Primeras reflexiones a su regreso al país

Tiemblo en verano

Publicada el 1/2/88

Por Juan Gelman

El 21 de este mes volví a la Argentina después de casi 13 años de exilio que se iniciaron bajo el gobierno de Isabel Perón, se prolongaron bajo la dictadura militar y se arrastraron aun bajo el gobierno de Alfonsín. Así se cerró un círculo exiliar cuyo alcance no sé medir todavía.

¿El círculo se cierra en el mismo punto donde comenzó? ¿Como en el bellísimo poema de John Donne sobre el compás? *Me terminás donde me empezaste*, dice el círculo al compás, la fuerza superior que lo ha trazado. Eso sentí cuando entraba ahora a Buenos Aires, como si estos años de distancia y desgarramiento nunca hubieran sido y yo navegara entre dos sueños: el del exilio que pasó y el de encontrarme aquí.

Todavía no lo creo del todo. De pronto giro la cabeza, sentado en un café, porque me extraña que todo el mundo hable argentino. Y me pregunto si es cierto, si no es otra trampa de la inadiosa razón.

Traje conmigo un solo miedo: el del encuentro con ese pedazo de mí que se quedó en un país que ya no existe. Paso junto a las casas donde vivieron seres entrañables que la dictadura asesinó. Paso sin transición de la alegría profunda a la tristeza profunda. Veo llagas de pobreza que no había antes aquí. Y mucho niño abandonado: leo que algunos de ellos han muerto de tos convulsa, y eso no es imputable ya a la herencia de la dictadura militar.

De estas calles me echó el odio de unos poderosos, tanto civiles como militares. A ellas me devolvió la solidaridad y el afecto de personas de distintos países, de lenguas y creencias diferentes, pero todas convencidas de que la justicia es necesaria. Otra tela de amor me envuelve ahora en estas calles, como si para muchos, amigos y desconocidos, ésta fuera una pequeña victoria de la dignidad en un país donde a tantos se la lastimaron con premeditación y furia.

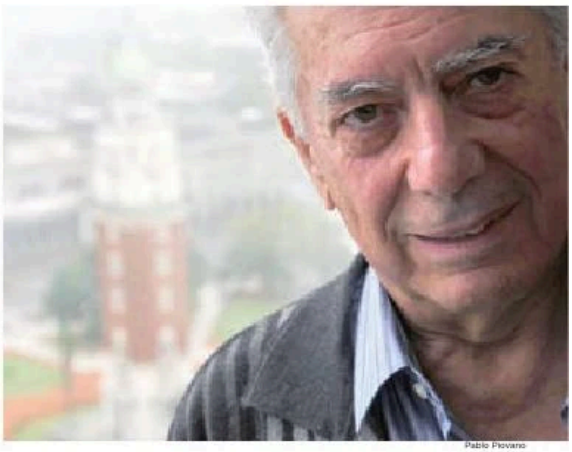
Me sobrecoge la grandeza de quienes hoy ejercen esa dignidad sin miedo y no vacilan en denunciar las injusticias, aunque sus nombres figuran en las listas de los próximos muertos que preparan ya los asesinos amnistiados por el gobierno radical. Los organismos de derechos humanos siguen, por su parte, reclamando el pago de la deuda interna argentina.

Es verano en la ciudad que vuelvo a recorrer después de tiempo, en medio de tanta precariedad, tanto dolor abierto todavía y tanta vida invicta sin embargo. En sus calles, a veces, como el Petrarca por su Laura, *tiemblo en verano*.

Publicada el 14/8/88

Por Juan Gelman

¡Derecha, Dre!



Pablo Piovano

Llueven reproches de distinto tipo sobre Mario Vargas Llosa, cabeza viable del movimiento contrario al proyecto de nacionalización de 33 bancos, financieras y compañías de seguros de su país, virtual candidato a la presidencia de la República por una derecha que sólo tenía figuras políticamente obsoletas como el ex presidente Belaúnde Terry (Acción Popular) o sistemáticamente derrotadas como el nunca presidente Luis Bedoya (Partido Popular Cristiano) y que hoy puede arroparse con el prestigio del escritor.

Juan Carlos Onetti estimó ridículo que el gran narrador peruano calificara de "comunista" ese proyecto. Abel Posse destacó la honestidad del autor de *La ciudad y los perros*, pero criticó su postura privatizante. El periodista español Pablo de la Higuera recordó un debate radiofónico en París, en los años '60, durante el cual Vargas Llosa "demolía a Camus desde lo alto de su stalinismo galopante"; no le reprocha la conversión ideológica sino el ejercicio de un "idéntico furor en la descalificación del adversario, antes los *liberales decadentes*, ahora los *marxistas totalitarios*". David Viñas lo situó en el espectro intelectual del Perú con una aguda comparación: identificó la trayectoria política de Vargas con la de Santos Chocano, que "subió al caballo por la izquierda y se bajó renqueando –treinta años después– por el otro flanco".

¿Y si Vargas Llosa hubiese sido siempre de derecha? "Cuando era joven –declaró este año a la revista española *Cambio 16*– me dediqué a jugar la clásica estrategia izquierdista para tener la fiesta en paz, que es lo que suelen hacer los intelectuales supuestamente progresistas de Latinoamérica." Eso, supuestamente progresistas.

Las tentaciones

¿Ha cambiado realmente tanto Vargas Llosa? Por ejemplo: su postura en defensa de los derechos humanos violados por un régimen, democrático o no, se mantiene invariable (y quien esto escribe tiene de ello pruebas claras y aun personales). Y el simplismo político con que antaño "demolía" a Camus se muestra igualmente vigoroso en conceptos que formuló recientemente, tales como "Perú marcha hacia la cubanización" o "el liberalismo (en el Perú) es la filosofía de los pobres contra los poderosos". Otras son las cosas que en él habrían cambiado. En primer lugar, su concepción de las relaciones entre el escritor y el poder político o, si se prefiere, del papel social del escritor.

Es un tema que siempre ha preocupado a Vargas Llosa. Este inició un memorable diálogo con García Márques –tuvo lugar en la Univeraidad de Ingeniería de Lima en 1967–, preguntándole para qué sirve un escritor y manifestando sus dudas al respecto. La respuesta de García Márques fue obvia: subrayó la función subversiva de la literatura, la contribución política del novelista que refleja las realidades de su país, continente o sociedad, y ayuda así a los lectores a entenderlas mejor; y afirmó que, como hombre, el escritor podía y debía tener una militancia política "porque es una persona con audiencia y entonces debe aprovechar esa audiencia para ejercer una función política". Finalmente, Vargas Llosa le hizo caso.

El explica que lo mueve una razón moral y no hay por qué dudar de su palabra. Las circunstancias lo han llevado de la oratoria mitinesca a la aspiratura presidencial impulsada por una de las oligarquías más retrógradas y crueles de América latina, y él mismo se declara invadiendo territorio ajeno con esa actividad. ¿Qué otras causas se entrelazan con la razón moral para que un escritor de la talla de Vargas se rinda a las tentaciones del poder? ¿Un afán de protagonismo político que complemente el literario o compense su insatisfacción?

Hace muchos siglos que el poder –político, económico, eclesial– procura imponer a los intelectuales una relación clientelar (en el sentido romano de la palabra). Vargas Llosa no es el primero que intenta el salto desde la situación pasiva de cliente del poder a la arena activa del poder mismo, cuyas decisiones determinan la vida de toda una nación. Con fortuna mayor o menor, intelectuales de izquierda y de derecha han seguido ese camino. En el caso de los escritores, esto no sólo implica un cambio de actitud en cuanto a su papel social y a la sociedad en general: también puede conllevar una reubicación frente a su propia obra y a la literatura en general.

Las evoluciones

La calidad de ese problema nunca ha escapado a Vargas Llosa, pero se han modificado para él sus términos. En el diálogo con García Márques, Vargas manifestó: "Pienso que hay una relación curiosa en el apogeo, la actitud ambiciosa, osada, de los novelistas y la situación de crisis de una sociedad. Creo que una sociedad estabilizada, una sociedad más o menos móvil que atraviesa un período de bonanza, de gran apaciguamiento interno, estimula mucho menos al escritor que una sociedad que se halla, como la latinoamericana contemporánea, corroída por crisis internas y de alguna manera cerca del apocalipsis. Es decir, inmersa en un proceso de transformación, de cambio, que nosotros no sabemos adónde nos llevará. Yo creo que estas sociedades que se parecen un poco a los cadáveres son las

que excitan más a los escritores, las que proveen de temas fascinantes". Tal vez convenga recordar que cuando Vargas Llosa consideraba estimulante la realidad latinoamericana, y pronunciaba esas palabras en Lima, era público y notorio que el Che aún combatía en el monte boliviano. Corría el mes de septiembre de 1967.

En enero de 1988, Vargas Llosa elige precisamente ese tipo de sociedad no tan excitante, estabilizada y en período de bonanza, y declara a *Cambio 16* que el estadista español Felipe Gonsáles "ha hecho lo mejor que podía hacer en las actuales circunstancias, ha eliminado lo que el socialismo tenía de utopía y de fantasía igualitaria (...). Ciertamente eso se traduce, si quieres, en una sociedad muy previsible y muy poco romántica, pero también implica una consistencia, un consenso". Vargas Llosa reconoce que el gobierno de Gonsáles ha traído una sociedad "más sosa (...), un poco planchada y con cierta mediocridad de existencia. Pero es que el verdadero progreso consiste precisamente en eso (...). Una de las tristes conclusiones a las que yo he llegado es que si se quiere que la gente no se entremate, si se quiere que desaparezcan la intolerancia y la represión, eso trae consigo unas formas de vida muy mediocres y muy rutinarias (...). Lo otro es peor; lo otro es mi país; es Latinoamérica. Es decir, pequeñísimas minorías con vidas muy intensas y muy exaltantes frente a los restantes que viven como auténticos animales".

Las ilusiones

La razón moral que lleva a Vargas Llosa a preferir una existencia mediocre y rutinaria para que nadie se entremate y desaparezcan la intolerancia y la represión se apoya en obvias ilusiones de índole general, y en una muy particular y concreta: que la derecha del Perú, con él al frente, va a lograrlo. No se conoce oligarquía alguna que se haya autocercenado privilegios que originan los hechos que a Vargas Llosa repugnan.

Esta visión reductora también acuña hoy sus posiciones literarias. Con fundamento, Vargas Llosa explica a Berlanga que la literatura erótica del siglo XVIII estaba cargada de una filosofía revolucionaria, mientras que la de un Henry Miller sólo es mero conformismo. Y pronostica que esa literatura será cada vez más un juego estético, refinada diversión, experimento formal, concluyendo que está bien que así sea. Porque la lectura de Sade, Diderot y Mirabeau le ha permitido descubrir que "la fantasía aliada a los deseos en libertad no sólo libera al ser humano, también lo convierte en una máquina destructora que podría acabar literalmente con la vida". Claro que se puede contestar: según qué fantasía, qué deseos.

Esperemos, por ejemplo, que la fantasía y los deseos en libertad de los poderosos en esos países centrales donde la mediocridad de la existencia es norma (pero no han desaparecido la violencia, ni la intolerancia, ni el racismo), y donde –según definición de Albino Gómes– "todo lo que no está prohibido es obligatorio", no se traduzcan en un apocalipsis nuclear que impida a unos ser presidente, a otros, escritor, y a todos en general vivir, si es posible de manera digna, solidaria, creadora, alegre.

La culminación de los dos demonios

Publicada el 11/10/89

Por Juan Gelman
Desde Nueva York

El presidente Carlos Menem ha indultado a 216 militares y civiles involucrados en el genocidio, en tres rebeliones contra el orden constitucional y en el desastre de las Malvinas. Indultando además a 64 personas presuntamente vinculadas con la "subversión" ha llevado a su culminación la "teoría" de los "dos demonios" que Ernesto Sabato supo formular.

Me dio horror advertir que en la lista de "subversivos" figuraran cuatro militares uruguayos que torturaban en el campo de concentración de Automotores Orletti. En ese campo "desaparecieron" a mi hijo Marcelo y a su mujer, Claudia. Los dos tenían 20 años y esperaban entonces el nacimiento de un hijo o hija que hoy anda vaya uno a saber entre qué manos. Me dio horror que la lista incluyera a "desaparecidos" como María Alicia Morcillo, Graciela Alberti, Soria, o a un muerto que en un certificado de defunción en regla así declara, Norberto Fuentes, por cuyo asesinato –entre otros– Videla ha sido condenado. También me dio horror que en esa lista estuviera mi nombre.

He pensado que la inclusión de muertos y "desaparecidos" en tal lista –con el obvio propósito de abultarla– es un hecho simbólico: exceptuando a los torturadores uruguayos, nos indultan en tanto que representantes de 30 mil "desaparecidos" que no fueron los autores del genocidio, ni de la entrega del país que la dictadura llevó a cabo. Nos "perdonan" precisamente haber estado o luchado contra la entrega, por la justicia social y la liberación nacional. Aquí, más que en la proporción del número de indultados, favorable a los genocidas, radica la diferencia: en la naturaleza de lo que se está indultando. Me están canjeando por los secuestradores de mis hijos y de otros miles de muchachos que ahora son mis hijos.

Esto es inaceptable para mí. Tan inaceptable como la "reconciliación" con los genocidas para la que el señor Firmenich se propone. Son hechos perversos que enferman aún más a la sociedad argentina.

El doctor Menem ha explicado que esos indultos –y los que vendrán– son necesarios en aras de la pacificación nacional. En realidad lo son en aras de la pacificación militar. La explicación del doctor Menem parte de una "racionalidad" que construye argumentos para apartarse del deber moral.

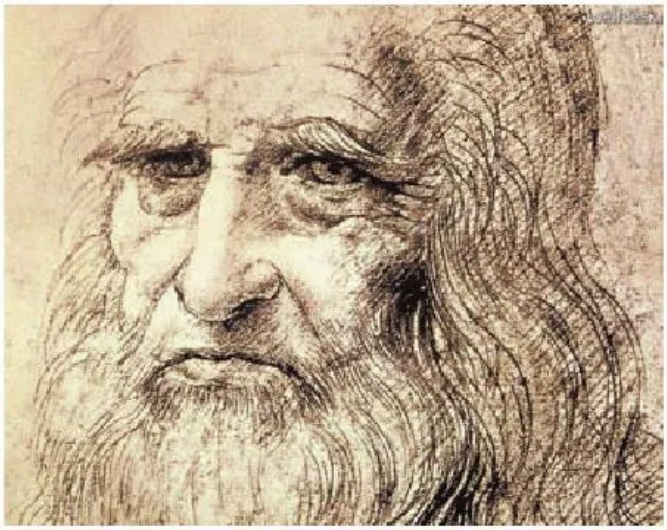
Una "racionalidad" que se opone a la ética es enemiga de lo humano.

Los decretos de indulto a los genocidas que ha dictado el doctor Menem, abogado, no sólo atentan contra el deber moral. Atentan contra el derecho mismo. Y cuando una ley no puede proteger al derecho, es justo que no impida ninguna injusticia. Así pensaba Shakespeare por lo menos.

Publicada el 25/2/93

Leonardo cocinero

Por Juan Gelman



Para un escritor, un pintor, un artista, no hay distancia más decepcionante que la que va de la obsesión que lo lleva a crear al resultado que logra. No en vano Mallarmé se aterraba ante la página en blanco. La escritura, una vez instalada en la página, da cuenta del fracaso del intento. Decía Luis Cardoza y Aragón que cuanto más apto es el artista "mayor es la distancia entre el blanco y la aproximación. Y si somos más perspicaces, no hay blanco". La búsqueda del artista verdadero encalla en lo inencontrable.

Leonardo Da Vinci se avergonzó de su pintura y escribió que quería pintar cosas que no están en el mundo, que se sustraen a la condición humana. Es una desesperada confesión de fracaso, en él, que era un artista magistral. Tal vez por eso, entre la pintura y la cocina eligió siempre la cocina. Paradójicamente, el ejercicio de la gastronomía fue el que fracasos más grandes le acarreó.

En 1474, a los 21 años de edad y aprendiz en el taller del Verrocchio, Leonardo prefiere ser jefe de cocina en la taberna Los Tres Caracoles, la más concurrida de Florencia, a colaborar con su maestro en un Bautismo de Cristo. En la taberna inventa lo que cuatro siglos después se llamaría "nouvelle cuisine française": platos de comida hermosamente presentados, pero sumamente parcos, que nada tenían que ver con los trozos indiscriminados de carne y el potaje grueso que los comensales estaban acostumbrados a ingerir. La clientela protesta, se rebela, lo busca en la cocina y Leonardo debe escapar corriendo para que no lo linchen.

En 1478 se incendia la taberna y Leonardo abandona el encargo más importante que había recibido hasta entonces –pintar un retablo para la capilla de San Bernardo del palacio ducal– y a medias con Sandro Botticelli abre un restaurante. Que quiebra. Los tres años siguientes busca trabajo como cocinero en las tabernas de Florencia y no pinta. Los taberneros no quieren saber nada con los platitos decorados de Leonardo y éste se va a Milán, donde el duque Ludovico Sforza lo designa consejero en materia de fortificaciones y cocinero maestro de banquetes en la corte.

En los 17 años que Leonardo sirvió al duque pintó no más de 6 obras, pero remodela a la cocina del castillo e inventa a un sinnúmero de máquinas para aliviar el trabajo: un secador de servilletas y manteles giratorio de 7 metros de altura y movido por seis hombres; una cinta transportadora de leños, previamente cortados por una sierra circular, que pasa de afuera de la cocina directamente al fuego y requiere el esfuerso de cuatro hombres y ocho caballos para accionar la sierra; un complicado sistema de tubos de metal espiralados para proporcionar agua caliente todo el tiempo; un sistema de barrido del piso de cocina con dos bueyes que arrastran un cepillo de 1,5 metro de ancho y 2,5 metros de largo; una enorme moledora de carne; un sistema irrigador para evitar incendios; un sistema de aireación formado por fuelles de 3,60 metros de largo adosados al techo y movidos por un árbol de levas sujeto a un cigüeñal impulsado por caballos. Mientras remodela la cocina rechaza otro importante encargo –una pintura para la Confraternidad de la Inmaculada Concepción, pero llega el día de la inauguración y es el desastre: el sistema irrigador inunda la cocina, los fuelles avivan las llamas, la gran moledora de carne se rompe con media res adentro, la cinta transportadora de leños los arroja incesantemente al salón del banquete, los hombres de la cocina se queman, se sofocan y aun se ahogan. El duque saca a Leonardo de esos menesteres y le manda pintar retratos de damas de la corte, cosa que el gastrónomo escaldado acepta de mala gana, y no termina ninguno. Inventa en inventar una cortadora de berros, que se le escapa de las manos mientras la prueba y mata a seis cocineros y tres jardineros presentes. El duque utilisa la cortadora con éxito cuando invaden Milán los franceses. Pero éstos lo apriaonan y Leonardo se queda sin protector.

Leonardo sigue explorando la tierra incierta de las ciencias. Ha estudiado matemáticas, fisiología, biología, ingeniería mecánica, ingeniería militar, el vuelo de las aves, las corrientes fluviales, ha hecho centenares de dibujos de la anatomía humana, ha diseccado más cadáveres (30) que pinturas y frescos ha dejado (18), varios sin terminar. Los tres últimos años de su vida (1516-1519) son tal vez los más felices para él: experimenta en la cocina de piedra del palacete que Francisco I, rey de Francia, le ha dado por morada en las afueras de su gran castillo. El rey, otro apasionado por la gastronomía, hace construir un túnel entre su castillo y el palacete de Leonardo y, escapando de los aburrimientos de la corte, pasa con él horas cocinando y comiendo. El rey quiere que el artista le preste el aparato guardado en una caja negra que sirve para hacer espaguetis, otro invento de Leonardo, quien se niega; le regala al soberano el retrato de Mona Lisa y un San Juan, pero no le entrega la caja negra. Leonardo muere y un discípulo abre la caja. Estaba vacía. Como vacía estaba para Leonardo la meta imposible de su arte.

Saludamos a Página 12 en su aniversario.
27
GRUPO ELECTROINGENIERÍA
Imaginación Desarrollo Progreso
@GrupoEling
www.grupoeling.com

La Real Academia

Publicada el 26/3/93

Por Juan Gelman

El Diccionario de la Real Academia siempre ha sido para mí una fuente de legítima alegría. Con qué comparar el placer que brinda, por ejemplo, su definición de la palabra "perro": "Mamífero doméstico de la familia de los cánidos, de tamaño, forma y pelaje muy diversos, según las razas, pero siempre con la cola de menor longitud que las patas posteriores. Tiene un olfato muy fino y es inteligente y muy leal al hombre". El detalle del tamaño de la cola es importante en una definición, y no lo es menos la relación implícitamente establecida entre el fino olfato y la inteligencia del animal con su lealtad al ser humano.

La definición de "gato" tiene idéntico interés: "Mamífero carnívoro, digitigrado, doméstico, de unos cinco decímetros de largo desde la cabeza hasta el arranque de la cola, que por sí sola mide dos decímetros aproximadamente; cabeza redonda, lengua muy áspera, patas cortas, con cinco dedos en las anteriores y cuatro en las posteriores, armados de uñas fuertes, agudas, y que el animal puede sacar o esconder a voluntad; pelaje espeso, suave, de color blanco, gris, pardo, rojizo o negro. Es muy útil en las casas por lo mucho que persigue a los ratones". (Evidentemente. Me preocupa, sin embargo, que en la definición no haya entrado el color amarillo de un gato que tuve en París. Era muy inteligente también, como los perros. Una vez que le leí unos versos míos salió disparado por la ventana. Creí que era un ingrato: yo sé que no soy Rimbaud, pero ¿quién le daba de comer, Rimbaud o yo? Poco después pasé un par de días en cama, con gripe, y el gato conmigo, acostado sobre la frazada, acompañándome. Ahí me di cuenta de que ingrato no era. En realidad, era entendido en poesía.)

Las definiciones que he transcripto se encuentran en la edición de 1970 del Diccionario de la Real Academia, cuyo preámbulo afirma que el progreso más destacado de esa edición "ha sido el avance decidido hacia la definición directa, objetiva que en parte ya usaban las definiciones anteriores". Las definiciones también se encuentran en la edición posterior, de 1984. Pero ésta última me da menos alegría.

Por ejemplo: en la de 1970 se leía que el can can es "un baile descocado que se importó de Francia después de mediar el siglo XIX". En la edición de 1984 el can can se convierte en "danza frívola y muy movida" apenas. Al parecer, la Academia bajo Franco sabía darle relieve a las cosas. El adjetivo "descocado" es mucho más sugeridor que el débil "frívolo". Pero tal vez el último sea apropiado para los vientos socialistas democráticos que corren en España.

Eso no es todo. En 1970 "electricidad" era "agente muy poderoso, que se manifiesta por atracciones y repulsiones, por chispas y penachos luminosos, por las conmociones que ocasiona en el organismo animal y por las descomposiciones químicas que produce. Se desarrolla por frotamiento, presión, calor, acción química, etc.". He aquí una definición vigorosa y llena de vida. En 1984, "electricidad" se ha vuelto algo lleno de electrones y protones. Y han desaparecido las chispas y penachos con su misterio gozoso.

Las definiciones oblicuas de la realidad tienen su encanto. Los rostros de la realidad son tantos que la precisión científica y crítica alcanza a retratar uno solamente. *La Aída de Verdi* bien puede ser la historia de un tenor y una soprano que quieren acostarse juntos y de un barítono y una mezzosoprano que no los dejan, como propone Edward Said. Y *Romeo y Julieta*, el primer gran tango de la modernidad, según me parece (a mi juicio, Shakespeare nada tiene que envidiar a Discepolín). Y el atentado contra la embajada de Israel en Buenos Aires, la prueba de que la Argentina ha entrado al Primer Mundo, como explica nuestro canciller. Y si echan obreros a la calle es para promoverlos de su condición de proletarios a la de propietarios, como dice el presidente.

Hay una nueva edición del Diccionario de la Real Academia, la de 1992, pero no la quiero ver. En la edición de 1970 se puede leer que "¡ja, ja, ja!" es "interj. con que se manifiesta la risa"; "¡je, je, je!" es "interj. con que se manifiesta la risa", que "¡ji, ji, ji!" es "interj. Con que se manifiesta la risa. 2. Grito de júbilo". Como la obra no registra el jo, jo, jo, ni el ju, ju, ju hay que entender que nadie se ríe en o ni en u. Es importante. Esas definiciones han sobrevivido en la definición de 1984. Pero ¿si hubieran desaparecido de la de 1992? ¿Si el premio Nobel y académico Camilo José Cela, por ejemplo, no hubiera logrado que esas definiciones pervivieran? Se me vendría el alma al suelo en ese caso. Me sentiría pobre, pobre de verdad.

Borges o el valor

Publicada el 28/10/93

Por Juan Gelman

En febrero de 1986, en Ginebra, con Borges internado en una clínica no mucho antes de morir, imaginé que "Borges cita a los guapos tanto que da la impresión de que quien escribe es un guapo que cita a Borges. Esto suena a calumnia o falsedad. Pero pienso que, efectivamente, un guapo se tomó el trabajo de ser Borges para que algunos milagros o alucinaciones de la pérdida o la nada abandonaran su fortuita condición y se instalaran en la espera de vida que tiembla en todo texto. Creo que las famas cuchilleras, las topadas, los corajes inauditos y barriales que constelan el ser y no ser de cada guapo son materia que dejó atrás, por insignificante, el guapo de verdad, el que eligió ser Borges, el que quiso apuñalar al tiempo para detenerlo o atrasarlo, el que peleó incansablemente combates de papel y conoció su derrota de antemano".

Borges exaltó el coraje gratuito, "el valor individual quiero decir, personal –abundó en 1982, en un documental de Arts International que él habló en inglés–. La gente tiene que adorar cosas. ¿Por qué no ha de adorar el valor? Eso lo hicieron bien los nórdicos y también los sajones. Adoraron el valor sólo por adorarlo. Y no por una causa o algún sacrificio o por morir por su país o por su fe". Sin embargo, hacia 1970, en la estupenda entrevista que Tomás Eloy Martínez le hiciera por el Canal 7 de Buenos Aires –en el programa "Cuentos de medianoche" del que Pirí Lugones, "desaparecida" por la dictadura militar, fue la productora– Borges había abjurado de "El hombre de la esquina rosada", confesado que ese cuento no le gustaba, indicado que el mundo de los guapos le era ajeno, aclarado que su literatura sobre el tema era "un artificio" y descalificado a los guapos en general porque eran "punteros de comité" al servicio de los políticos de turno.

Borges invirtió años en mitificar ese tipo de valor, declarando casi inequívocamente que él no lo poseía. Véase "El puñal", texto de 1930: el arma sueña en un cajón con el hombre que la empuñe para lo que fue forjada: matar; a Borges, el puñal le da lástima. "Tanta dureza, tanta fe, tan impasible e inocente soberbia. Los años pasan, inútiles." La misma idea insiste en "El encuentro", en que dos puñales de cuchilleros tal vez difuntos usan a dos hombres para enfrentarse otra vez y Borges sugiere que esa pelea, terminada, sigue latiendo para resurgir. Como si atemperara el valor del coraje humano, convertido en mero instrumento de la rabia del metal. Tal ves convencido de la pequeñez de esa dimensión en Buenos Aires, Borges remitió a ocho siglos atrás su admiración por coraje personal y la reubicó en las sagas nórdicas y los héroes de epopeya anglosajona. A esas distancias no le resultaba intolerable.

Es conocido el despiste y aun horror de las opiniones políticas de Borges. Elogió a Videla después de memorable almuerzo, se dejó condecorar por Pinochet, opinó en la España posfranquista que todo era mejor con Franco, decidió que a James Carter había que propinarle un golpe de Estado. Pero en 1981, en plena dictadura militar y antes de la guerra de las Malvinas, firmó la solicitada que las Madres de Plaza de Mayo lograron publicar en *La Prensa* en reclamo de sus hijos desaparecidos. A un agente de los servicios, presunto locutor, que lo interrogó al respecto a micrófono abierto, Borges confirmó que había dado su firma para la solicitada y la audición se interrumpió abruptamente. A diferencia de otros intelectuales, que nunca supieron reconocer sus agachadas frente a la dictadura militar Borges reconoció sus errores; en el documental mencionado aclaró: "Al ser ciego y no leer los diarios, yo era muy ignorante. Pero la gente viene a mi casa (*la dictadura seguía en el poder*) a contarme historias tristes sobre la desaparición de sus hijas, esposas, hijos, así que ahora estoy bien enterado. Durante un tiempo no supe nada de nada, las noticias no me llegaban, pero ahora esas cosas no pueden ser ignoradas. Sí, mucha gente me ha acusado de no estar al día. Pero, ¿qué podía hacer yo? Vivo solo, no conozco mucha gente, no leo los diarios. Sólo escucho lo que mis amigos me dicen y ellos pertenecen a otra clase. Pero ahora claro que sé sobre toda esa miseria y todos esos crímenes, uno detrás de otro. Es por eso que no hablé antes. 'Ignorancia, querida señora, mera ignorancia', como decía el Dr. Johnson. Ahora creo que sé más y me siento triste, amando como amo a mi país". Dijo Borges, con tristeza en la voz y una mueca a modo de sonrisa.

En 1984, al morir Julio Cortázar, *La Nación* dedicó una página entera del suplemento literario al acontecimiento y, con las honrosas excepciones de Héctor Yánover y Norah Lange, todos los solicitados se dedicaron a ninguneo al fallecido por sus posiciones de izquierda y procubanas. Como Ernesto Sabato, que destinó la mayor parte de sus disquisiciones a explicar que él, en realidad, no pensaba como el muerto. Días después, en *Clarín* aparecía una opinión de Borges, quien se declaraba honrado de haber publicado el primer texto de Cortázar que vio la luz –"Casa tomada"– y que en un breve párrafo final (aplicable al propio Borges) aludía al contexto: "Julio Cortázar ha sido condenado, o aprobado, por sus opiniones políticas. Fuera de la ética, entiendo que las opiniones de un hombre suelen ser superficiales y efímeras". Así responde la grandeza a la mezquindad, y a la cobardía, el valor verdadero.

Publicada el 20/7/94

El antihumanismo

Por Juan Gelman

El atentado contra la AMIA no sólo es un crimen contra la comunidad judía; también es un crimen contra el pueblo argentino, en el que la AMIA está inextricablemente enraizada, y sobre todo un crimen contra la humanidad, porque está presidido por la misma mentalidad que organizó el Holocausto, esa que odia al otro, al diferente, ésa que se automutila al mutilarse el otro y mutilarlo. Esa que sólo conoce la intolerancia furiosa ante la riqueza de lo humano. El antisemitismo es un antihumanismo.

El atentado representa además la insistencia de ese mal en la sociedad argentina. No creo en la teoría de la conspiración extranjera. En las entrañas del país, también inextricablemente unido a él, pasea el monstruoso animal de la supresión del otro. Se pasea en carne y hueso, como prueban los militares asesinos que Alfonsín y Menem supieron indultar. Es inmensa la deuda con la humanidad de esos dos civiles a los que la sociedad civil instaló en su presidencia y que traicionaron su dolor. Ellos también condonaron la mutilación del otro.

Mi madre tenía siete años cuando padeció un pogrom en la Rusia zarista. Recordaba el hogar incendiado y a mi abuela sacando a los hijos del fuego, menos a una chiquita de dos años que allí se abrasó. Entre los muertos del atentado a la AMIA seguramente está esa tía que nunca pude conocer.

Publicada el 5/1/95

Espacios

Por Juan Gelman

¿Hay que estar "enfermo" para ser un gran artista o, al menos, un artista? Enfermo, entre comillas; seguramente diferente. Dostoievski expresó en una página memorable su horror por ser diferente. Y conviene explicarse: lo diferente, en este caso, no consiste en la diferencia con respecto a los demás –nos parecemos en que todos somos diferentes, sino en la diferencia conmigo mismo. No se trata de esquizofrenia. Se trata del espacio que el otro ocupa en uno, un espacio quizá más vulnerable en los artistas. Puede conducir a la locura, que sobre todo azotó a alemanes (Trakl, Hölderlin, Nietzsche) o al silencio que eligió Rimbaud. Eso, en el siglo XIX.

El espacio del otro es cuestionador de la propia identidad, pero ha originado o alimentado obras de arte estupendas. Suele ser un espacio de dolor. Podemos imaginar los dolores de los que nació Jean Genet, el escritor, aunque nunca sabremos cuáles fueron. Por lo demás, el dolor no basta; la inmensa mayoría de ladrones y homosexuales no son Jean Genet.

Digo dolor y no sufrimiento porque el sufrimiento es pasivo. El dolor es un campo a recorrer, un campo del que se habla sólo por uno mismo. En diciembre de 1959, en la última entrevista que concedió antes de morir en un accidente de automóvil, Albert Camus confesaba: "No hablo en nombre de nadie; ya bastante difícil me resulta hablar por mí. No soy el guía de nadie. No sé, o sé mal, hacia dónde me dirijo".

Tal vez ocurra que el espacio del otro es tan abismante que el lugar para sí mismo en uno nunca deja de ser una interrogación. Se puede, claro, elegir la respuesta de Narciso, inclinado sobre su propio rostro como mundo cerrado sobre el agua que pasa. En caso contrario, las puertas están abiertas a la perversión y advertirla no significa necesariamente perversidad, sino una forma de percepción del mundo. Ya lo decía Omar Khayam: "Nunca escribirán buenos versos los bebedores de agua". O, según Rodolfo Walsh: "Hay escritores buenas personas más sonsos que un banquito".

No hace falta ser caballo para entender de carreras y ningún cocinero necesita meterse personalmente en la olla para hacer un guiso. Graham Greene, obsedido por la existencia del mal, pintaba humanistas "buenos" totalmente desagradables, y criminales muy simpáticos. Se convirtió del anglicismo al catolicismo y su cura preferido fue un alcohólico, padre de lo que llaman un "hijo natural". Greene creía más en la fe que en las obras y, al decir de Michel Selden, se dedicaba con fervor al adulterio con su amante Lady Walston –esposa de un magnate británico, judío y laborista– "detrás de cada altar suficientemente alto que encontraban en las iglesias de Roma". Greene hizo más: fue el espía 59200 del British Intelligence Service durante la Segunda Guerra Mundial, y ser un colaborador hasta comienzos de los años 80 no le dificultó la amistad con el general Torrijos ni el servirle de correo con Fidel Castro. Orwell lo había dicho: "Greene es nuestro primer camarada de ruta católico". En realidad, era un inspector de infiernos que había dejado de creer en el infierno. Pese a todo lo que escribió sobre los conflictos entre religión y ética, o salvación y conducta, no fue un escritor religioso, sino un escritor interesado en la religión. Era, para Douglas Jerrold, "el Harry Lime (Orson Welles en la película *El tercer hombre*) de la mafia literaria".

Greene sufría crisis de depresión de las que no lo salvaba el litro de whisky que ingería diariamente y que no le impidió llegar a los 86 años de edad. Adolescente, escapó del rígido colegio provinciano donde estudiaba y sus padres lo enviaron a un psicoanalista de Londres en cuya casa vivió durante el tratamiento. Allí pasó algunos de los días más felices de su vida, dijo después. Como buen espía, le atrajo la doble lealtad o doble deslealtad de los agentes dobles y defendió a su amigo y superior Kim Philby, cuando se descubrió que trabajaba para la URSS. Preguntaron a Greene qué pensaba, por ejemplo, del hecho de que Philby había mandado agentes a Albania para entregarlos luego a los soviéticos. Greene replicó: "Iban a ese país armados para hacer daño. Fueron muertos en vez de matar". Imposible no pensar en el código Bloomsbury de los británicos, que privilegia la lealtad al amigo sobre la lealtad a la nación.

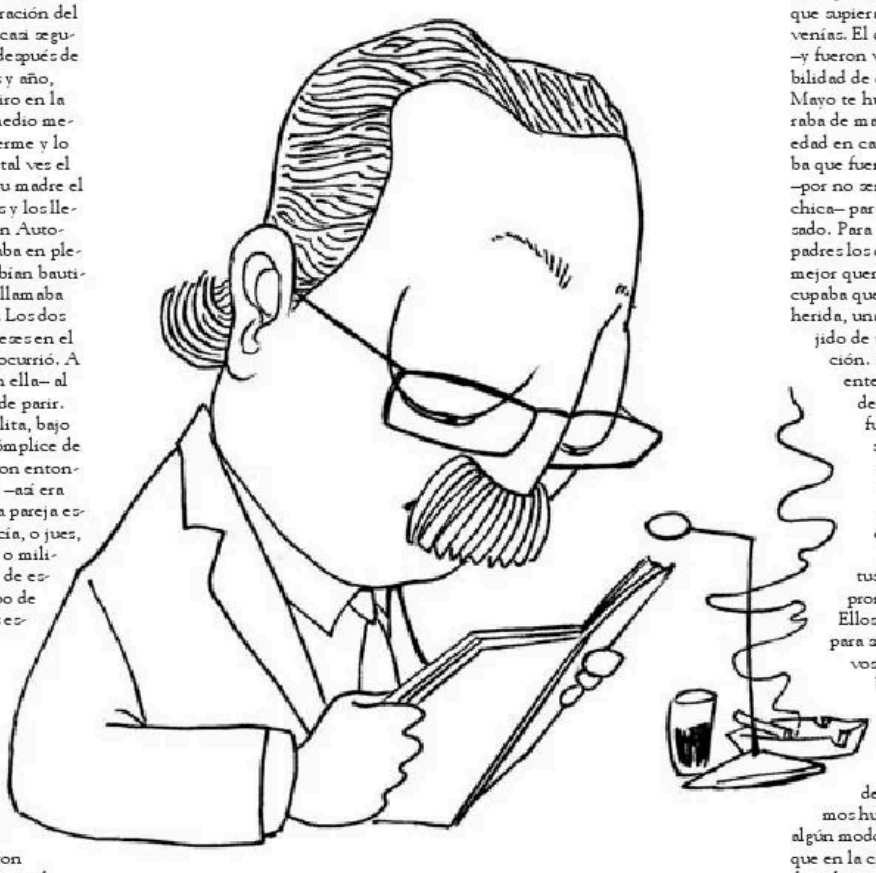
El pare Durán, compinche el escritor, lo retrató así en *La crisis del sacerdote en Graham Greene*, probablemente apoyado en el viejo concepto alquímico del orden de elementos que es propio de cada ser humano: "Greene reconocía que su temperamento era inestable; no gozaba de un equilibrio perfecto. Nunca se curaría de eso: hay cosas que nunca se curan. Algunos preferirían llamar enfermedad a esa suerte de desequilibrio psicológico, pero esas condiciones son maneras de ser".

Tal "manera de ser" no impidió a Graham Greene apoyar con su nombre la campaña que en 1984 lanzaron los periodistas argentinos exigiendo el enjuiciamiento y castigo a los asesinos de Rodolfo Walsh. Así de mezclada era la persona Graham Greene, quien siempre prefirió que escribieran sobre su obra y no sobre su vida, como quien sabe que entre una y otra –o entre perversión y creación– hay espacios cabalmente misteriosos.

Publicada el 12/4/95

Carta abierta a mi nieta o nieto

Por Juan Gelman



Dentro de seis meses cumplirás 19 años. Habrás nacido algún día de octubre de 1976 en un campo de concentración del Ejército, el Pozo de Quilmes casi seguramente. Poco antes o poco después de tu nacimiento, el mismo mes y año, asesinaron a tu padre de un tiro en la nuca disparado a menos de medio metro de distancia. El estaba inerme y lo asesinó un comando militar, tal ves el mismo que lo secuestró con tu madre el 24 de agosto en Buenos Aires y los llevó al campo de concentración Automotores Orletti que funcionaba en pleno Floresta y los militares habían bautizado "el Jardín". Tu padre se llamaba Marcelo. Tu madre, Claudia. Los dos tenían 20 años y vos, siete meses en el vientre materno cuando eso ocurrió. A ella la trasladaron –y a vos en ella– al Pozo cuando estuvo a punto de parir. Allí debe haber dado a luz solita, bajo la mirada de algún médico cómplice de la dictadura militar. Te sacaron entonces de su lado y fuiste a parar –así era casi siempre– a manos de una pareja estéril de marido militar o policía, o juez, o periodista amigo de policía o militar. Había entonces una lista de espera siniestra para cada campo de concentración: Los anotados esperaban quedarse con el hijo robado a las prisioneras que parían y, con alguna excepción, eran asesinadas inmediatamente después.

Han pasado 12 años desde que los militares dejaron el gobierno y nada se sabe de tu madre. En cambio, en un tambor de grasa de 200 litros que los militares rellenaron con cemento y arena y arrojaron al río San Fernando, se encontraron los restos de tu padre 13 años después. Está enterrado en La Tablada. Al menos hay con él esa certeza.

Me resulta muy extraño hablarte de mis hijos como tus padres que no fueron. No sé si sos varón o mujer. Sé que naciste. Me lo aseguró el padre Fiorello Cavalli, de la Secretaría de Estado del Vaticano, en febrero de 1978. Desde entonces me pregunto cuál ha sido tu destino. Me asaltan ideas contrarias. Por un lado, siempre me repugnó la posibilidad de que llamaras "papá" a un militar o policía ladrón de vos, o a un amigo de los asesinos de tus padres. Por otro lado, siempre quise que, cualquiera hubiese sido el hogar al que fuiste a parar, te criaran y educaran bien y te quisieran mucho. Sin embargo, nunca dejé de pensar que, aun así, algún agujero o falla tenía que haber en el amor que te tuvieran, no tanto porque tus padres de hoy no son biológicos –como se dice–, sino por el hecho de que alguna conciencia tendrán ellos de tu historia y de cómo se apoderaron de tu historia y la falsificaron. Imagino que te han mentido mucho.

También pensé todos estos años en qué hacer si te encontraba: si arrancarte del hogar que tenías o hablar con tus padres adoptivos para establecer un acuerdo que me permitiera verte y acompañarte, siempre sobre la base de que supieras vos quién eras y de dónde venías. El dilema se reiteraba cada ves –y fueron varias– que asomaba la posibilidad de que las Abuelas de Plaza de Mayo te hubieran encontrado. Se reiteraba de manera diferente, según tu edad en cada momento. Me preocupaba que fueras demasiado chico o chica –por no ser suficientemente chico o chica– para entender lo que había pasado. Para entender por qué no eran tus padres los que creías tus padres y a lo mejor querías como a padres. Me preocupaba que padecieras así una doble herida, una suerte de hachazo en el tejido de tu subjetividad en formación. Pero ahora sos grande. Podés enterarte de quién sos y decidir después qué hacer con lo que fuiste. Ahí están las Abuelas y su banco de datos sanguíneos que permiten determinar con precisión científica el origen de hijos de desaparecidos. Tu origen.

Ahora tenés casi la edad de tus padres cuando los mataron y pronto serás mayor que ellos. Ellos se quedaron en los 20 años para siempre. Soñaban mucho con vos y con un mundo más habitable para vos. Me gustaría hablarte de ellos y que me hables de vos. Para reconocer en vos a mi hijo y para que reconozcas en mí lo que de tu padre tengo: los dos somos huérfanos de él. Para reparar de algún modo ese corte brutal o silencio que en la carne de la familia perpetró la dictadura militar. Para darte tu historia, no para apartarte de lo que no te quieras apartar. Ya sos grande, dije.

Los sueños de Marcelo y Claudia no se han cumplido todavía. Menos vos, que naciste y estás quién sabe dónde ni con quién. Tal ves tengas los ojos verdegrises de mi hijo o los ojos color castaño de su mujer, que poseían un brillo muy especial y tierno y pícaro. Quién sabe cómo serás si sos varón. Quién sabe cómo serás si sos mujer. A lo mejor podés salir de ese misterio para entrar en otro: el del encuentro con un abuelo que te espera.

CONSULTE CONDICIONES Y ALCANCES DE LOS BENEFICIOS CON TARJETAS MACRO EMITIDAS POR BANCO MACRO S.A. EN EL SITIO WEB ACA-NOMAS.COM.AR. EL OTORGAMIENTO DE DICHAS TARJETAS SE ENCUENTRA SUJETO A LA PREVIA APROBACIÓN CREDITICIA Y CONDICIONES DE CONTRATACIÓN DE BANCO MACRO S.A.

Infiernos

Publicada el 24/5/95

Por Juan Gelman

El infierno no termina cuando cierran las puertas y se apagan los hornos: hace 12 años que cesó el infierno militar en la Argentina, pero decenas de miles de personas –hijos, padres, hermanos, amigos de los desaparecidos– viven esa segunda parte del infierno que crepita en la memoria y no hay modo de apagar. "*Desde entonces, a una hora incierta / esa agonía vuelve / y hasta que mi cuento espantoso sea contado / mi corazón sigue quemándose en mí*", dice el viejo marinero de un poema de Coleridge que recordó Primo Levi. Para muchos argentinos, esa estrofa poética es vida real que quema cada día.

¿Qué esperan los militares para dar cuenta del destino que infligieron a más de 30.000 argentinos? Una regla de hierro del infierno es que no tiene ningún cartel que indique la salida. Pero el espacio de duelo posible es otra cosa que el infierno: aminora sus fuegos y el dolor quemará menos. Nadie puede hacer el duelo solo. Hasta las culturas más antiguas inventaron ritos públicos para que la muerte de alguno fuera aceptada por todos, especialmente por quienes más lo amaron, como hecho continuador de la vida. La dictadura militar no sólo asesinó a gente inerme en el más repugnante anonimato; también desapareció el relato de esas muertes y castigó así –con la incertidumbre, con la impotencia, con la desesperación que esas dos tetas alimentan, con la cohabitación cotidiana con el horror y el terror– a los seres que el asesinado amó. En ellos el asesinado ha vivido muchos años, sacudido por las mareas contrarias de la esperanza y la desesperanza. Los deudos de los pocos militares y policías que cayeron en la "lucha contra la subversión" conocieron el dolor, pero no ese infierno que es el dolor dos veces. Sus muertos fueron enterrados con todos los honores que la dictadura les rindió.

"El asumir nuestro (*del duelo*) llega hasta cierto punto, porque cuando uno no supo realmente qué pasó con sus padres, no puede asumir nada", dice Carolina Llorens, hija de desaparecidos y miembro de Hijos por la Identidad y la Justicia, contra el Olvido y el Silencio. "Uno hace el duelo hasta donde te dejan –agrega Josefina Giglio–. Llega un momento en que la responsabilidad es del Estado y de la sociedad, que nos dejen terminar con esto. No es que uno no quiere cerrar la herida y seguir revolviendo, es que uno no puede hacer otra cosa." Que: seguir buscando la memoria de la muerte de los seres queridos como manera aciaga de apuntalar la propia subjetividad. Claro que, en general, los militares no tienen mayor preocupación por la subjetividad ajena: los millones de jóvenes que han pasado por el servicio militar saben muy bien que jefes, oficiales y suboficiales se encarnizan en aniquilar cualquier espacio personal del soldado que consideran atentatorio a la cadena de mandos, y que humillan al soldado a ese efecto y por las dudas en razón de su particular concepto de obediencia; esos mandos militares pretenden ordenar la realidad –y así ordenarse– a fuerza de órdenes contra la realidad. Esgrimen armas aun en medio de la paz y pareciera que así confirman su hombría. Si fueran hombres de verdad, no vacilarían en dar –o reconocer– la lista de los que desaparecieron y la lista de los asesinos, en vez de ampararse en un cobarde "no ha lugar". De la cobardía de nuestras fuerzas armadas el pueblo argentino tuvo pruebas suficientes durante la dictadura militar, tanto en lo que hace al exterminio de miles de personas indefensas como a la escasa gallardía que algunos exhibieron –por ejemplo Astiz– en las Malvinas. No habrá tiempo que les borre esos baldones. Por desdicha, tampoco habrá tiempo que devuelva a los miles de jóvenes que enviaron impunemente a la muerte.

La dictadura militar ha abandonado el gobierno del país, pero sigue dictaduranado a muchísimas personas. El gran escritor italiano Primo Levi, que conoció el infierno de Auschwitz, supo escribir: "La herida no tiene cura, persiste en el tiempo y las Furias –en cuya existencia nos vemos obligados a creer– perpetúan el trabajo del atormentador negándoles paz a los atormentados". Los familiares de los desaparecidos no estuvieron en ninguno de los 356 campos de concentración donde éstos fueron torturados y asesinados. Pero tienen su propio campo de concentración en la mente y cada día ven a su padre, a su hermano o a su hijo picaneado, golpeado y sangrando, con una realidad que se repite más allá de la misma realidad. El pasado se reproduce de una manera horrible: los muertos ya están muertos, pero siguen muriendo en muchos más. El peso de ese *fatum* impide muchas veces recordar al ser querido en lo que fue de vida y no de muerte.

Se equivocan el presidente Menem, los militares de autocrítica cortita y otros más que suponen que el asunto se ha cerrado con las declaraciones de jefes de las Fuerzas Armadas. Ello insisten –crueldad suplementaria y aun gratuita– en la imposibilidad del duelo dictada por la vigencia de la ley. Pero el dolor tiene otras leyes. El dolor reclama justicia. El dolor reclama la verdad. Para los antiguos griegos el antónimo de olvido no era memoria: era verdad.

Publicada el 14/6/95

Por Juan Gelman

Tomás Moro, es bien sabido, acuñó la palabra a comienzos del siglo XVI sumando al prefijo negativo griego *u* la palabra *topos*, lugar. Es decir, utopía igual ningún lugar. Los que últimamente decretan el fin de la utopía paradójicamente niegan lo que afirman; si se ha terminado el "ningún lugar", ese "ningún lugar" tiene hoy lugar. Claro que lo que anuncian esos profetas sin cartera es la imposibilidad de un mundo distinto al que vivimos. Concebir un proyecto de

sociedad más justa es absurdo y aun inútil para ellos; nada cambiaría jamás. No hay espacio –piensan– para la dimensión fraternal que conlleva la utopía, y la soledad de cada quien se seguirá mirando, deformada y deformante, en la soledad de los demás.

Tal posición deriva, desde luego, de intereses creados muy concretos y ejemplifica con el fracaso del "socialismo real", única utopía que llegó a ser Estado, "lugar" para una cuarta parte de la humanidad. En los ámbitos intelectuales del Este circulaba antes de la disolución de la URSS la siguiente adivinanza: ¿qué diferencia hay entre ciencia, filosofía y marxismo?, es la pregunta; respuesta: "La ciencia es como la voluntad de agarrar a un gato negro muy chiquito en una habitación enorme totalmente a oscuras; la filosofía, la voluntad de agarrar a un gato negro muy chiquito en una habitación enorme totalmente a oscuras donde el gato no está; el marxismo, la voluntad de agarrar a un gato negro muy chiquito en una habitación enorme totalmente a oscuras donde el gato no está y pretender que se lo ha agarra-

Saludamos a
Página12
en su
27° aniversario
SAN JUAN GOBIERNO

Ante cualquier situación de violencia conyugal, no sientas vergüenza en contarlo, no es tu culpa, pedí ayuda.
CENTRO MUNICIPAL VIVIR SIN VIOLENCIA
Centro Municipal para Mujeres en Situación de Violencia
0800-345-6853
Mendoza 289, Morón. Lunes a viernes de 8 a 16 hs.
Comisaría de la Mujer: 4629-6171, García Silva 923, Morón.
DIRECCION DE POLITICAS DE GENERO: 5279-3214
MUNICIPIO DE MORON

El lugar de la utopía

do y que se sabe todo sobre él". Pero ése era el marxismo del "socialismo real". Marx mismo nunca tuvo la pretensión de describir la sociedad futura, de agarrar el gato negro que no está. Y el fracaso soviético es el fin de *una* historia, no de *la* historia, y el comienzo de otra.

El ser humano, siempre incómodo con la realidad, viene inventando utopías de toda clase desde el fondo de los siglos y nunca dejará de hacerlo. Pero ¿dónde queda la utopía? ¿No en un espacio sino en el tiempo, ya que es "cocina del futuro", según dijera Italo Calvino? ¿No empieza acaso como *autotopía*, en el lugar de uno mismo desde el cual se desea la propia libertad, indisolublemente ligada a la libertad de los demás? Habría entonces que pensar en la utopía como causa, no como fin, como movimiento de búsqueda original (que parte del origen) que, si cristaliza, debería alimentarse de sus logros como nuevo origen de otras búsquedas. Cuando eso no ocurre, cuando lo imaginado o soñado se encoge frente al campo de lo posible, la utopía se burocratiza, se convierte en sistema, pretende que ya es futuro su presente congelado. Como utopía ha muerto.

¿Residirá en su fracaso la función de la utopía? Las revoluciones de los dos últimos siglos han inscripto en sus banderas los lemas de igualdad, libertad, fraternidad, justicia entre los hombres. Pero la Revolución Francesa desembocó en Napoleón, la estadounidense en Monroe y la rusa en Stalin. Tal vez porque "las masas no van a la revolución con un plan preconcebido de sociedad nueva, sino con un sentimiento claro de la imposibilidad de seguir soportando la vieja" (Trotski). Ese hecho explicaría muchos fracasos, pero nunca el fin de los intentos, aun cuando entre utopía y realidad suele producirse lo que Aristóteles llamó la *tikhé*, algo así como la buena fortuna del encuentro fallido.

Que las utopías nacen y renacen, se ha visto hace poco en el sudeste mexicano, donde una fuerza guerrillera, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, declara que no busca la toma del poder y llama a la sociedad civil a construir "una suerte de espacio democrático de resolución de la confrontación entre diversas fuerzas políticas... (*que*) tendrá tres premisas fundamentales que son inseparables, ya, históricamente: democracia, libertad y justicia". Esa utopía se ha encarnado en miles de indígenas de la selva Lacandona, fácilmente aniquilables desde el punto de vista militar pero incancelables desde el punto de vista ideal. Los tseltales, tsotziles, choles y tojolabales de Chiapas han querido que la "autotopía" pase al grado de utopía para convencer a la realidad de que debe ser otra. Para ellos la utopía no es mero amoblamiento de una "buena conciencia", sino el motor que los empuja a un adelante con doble movimiento, de logro y de fracaso.

El ser humano, por hablante, es deseante y, por eso mismo, utópico. Sabe que la palabra lo separa del objeto y que nombrar es alejar, no poseer. La utopía, como la palabra, sería incesante emulsión de dos pérdidas –lo deseado, lo obtenido–, una especie de paraíso jamás hallado que la humanidad busca y buscará eternamente. Creer que se lo ha encontrado es entrar en el reino de la muerte.

Testigos

Publicada el 30/11/95

Por Juan Gelman

Fue como un golpe verlo cuando le abrí la puerta. Sentí físicamente que me inclinaba para atrás, aunque seguramente no fue así. Tendría, tiene (¿por qué dije tendría?) la estatura y la edad que hoy tendría mi hijo. Fue su compañero en el campo de concentración. El sobrevivió. Me trajo escenas de los últimos días de mi hijo (¿tendría él canas hoy también?) y le estaré eternamente agradecido.

Han pasado casi 20 años desde agosto del '76, cuando él, y un par de días después mi hijo, fueron secuestrados por la dictadura militar y, sin embargo, por debajo de todo nuestro encuentro corría una suerte de tensión. Yo le impuse la terrible tarea de recordar y era imposible no rozar su dolor cuando se miraba en esos días. El fue muy cuidadoso conmigo, como si su dolor no importara y más importara el mío. Fue muy generoso y creo que no trató de adornar la imagen de mi hijo atrapado en el horror, esa imagen por la que siempre me pregunté (noches sin dormir interrogándome si estaba vivo, y dónde estaba, y si en un campo de concentración cuánto lo habrían torturado, cómo lo habría dejado la tortura, si delató a sus compañeros, si yo lo recibiría con amor de padre en esas condiciones, y mi respuesta final a esos fantasmas: sí, Marcelo, inválido o loco, o delator, siempre te recibiría con amor de padre porque quiero que estés vivo, ya no me importa cómo. Y qué cuidado hay que tener con la palabra delator en esas circunstancias, usarla como si ser objeto de torturas no fuera "estar en el mundo sin Otro" (Jorge Jinkis). "Estaba bien, no se quebró", me dijo. ¿Fue así? ¿No? ¿Qué importa ahora? ¿Por qué quiero mirar eso? Recuerdo un poema de César Vallejo escrito después de una operación quirúrgica: "Y está bien y está mal haber mirado / de arriba para abajo mi organismo". Está bien y está mal haber mirado esos últimos días de mi hijo.

Me contó las torturas que pasó y las que pasó mi hijo. Hablaba en síncopa, con apresuramientos y silencios, y nunca sabré lo que sabe, o sea lo que supo mi hijo. Repetía varias veces "no" antes de nombrar lo que negaba, como si fuera tan monstruoso que hubiera que negarlo muchas veces, a lo mejor toda la vida, como si lo monstruoso fuera un infinito que necesitara otro infinito en negación. A veces hablaba del pasado en tiempo presente, como si todavía fuera presente para él y lo fue entonces para mí. Nuestro país no permite otra cosa. Los asesinos andan sueltos por ahí, también los empresarios que los usaron, los políticos, dirigentes sindicales, eclesiásticos y jueces que los apañaron; y los campos de concentración de la dictadura militar siguen funcionando en el temor y la conciencia de millones de argentinos. Allí habría que clausurarlos para siempre y la justicia será la única llave que los cierre. El compañero de mi hijo precisaba explicar cada cosa con un "porque", como empeñado en domesticar tanto horror sin nombre. Hace 20 años que los sobrevivientes de los campos de concentración de la dictadura militar están haciendo su historia. Tal vez nunca terminen de hacerla. Saludo su valor.

Yo sé bien que mi hijo está muerto, asesinado de un balazo en la nuca a medio metro de distancia. El Equipo Argentino de Antropólogos Forenses encontró sus restos y yo los enterré en febrero de 1990. Pero no puedo evitar que cada hombre de 40 años que se le parece me lo traiga. Y me pregunto hasta cuándo viviré siempre con lo que mi hijo no alcanzó a vivir. Me vaciaron de su posible ser, en el que yo me miraría, el que me marcaría como un hijo marca a su padre. En cambio hay este desierto de destinos privados de su suerte de dicha y de desdicha. Y es como si el universo ardiera a la deriva.

Las "condolencias" del señor Massera a los padres de los desaparecidos me dan asco. Sentir asco me rebaja humanamente y tengo que sufrirlo gracias a la impunidad que los doctores Alfonsín y Menem supieron conseguir y que el neodemócrata Grondona se encarga de condonar. A mi hijo lo secuestraron con su mujer, Claudia, de 19 años y encinta de 7 meses. Los separaron en el campo. Un día le avisaron a Marcelo que habían dado una ropita a su esposa. Para animarlo, su compañero le comentó: "No te preocupes, ves que la están cuidando, ella está bien, seguramente está contenta con la ropa que le dieron, estará más limpia y mejor". Le permitieron a mi hijo verla unos minutos y cuando volvió le dijo a quien contó esta historia: "¿Sabés? Yo pensé que lo que me habías dicho era una boludes enorme y lo primero que me dijo Claudia fue: ¿te gusta el vestido que me dieron?". Ella sabía que era el vestido de una compañera "trasladada" y estaba haciendo vida de la muerte.

Visité no hace mucho Buenos Aires y, para no hablar del ex almirante y siempre asesino, me encontré en zonas democráticas con razonamientos y argumentos que de algún modo diluían la responsabilidad de empresarios, políticos, dirigentes sindicales y aun militares en el genocidio nacional. Pensé que nunca les había tocado –por fortuna– vestir la ropa de un muerto en algún campo de concentración. Pensé que incurrían en lo que Hannah Arendt llamaba "la trivialización del horror".

Tangos

Publicada el 5/1/96

Por Juan Gelman

Enrique Cadícamo contó los hechos (véase *La historia del tango en París*): después de su éxito en la capital francesa, y procedente de Grecia, Eduardo Bianco fue a Berlín y tocó con su orquesta ante Hitler en el teatro Scala y luego en una suerte de asado que provocó la curiosidad y el apetito del carnicero nazi. Fue en 1939 y el tango conocía entonces en Europa una boga que renace hoy por allí. Ya se habían quemado libros y cuadros "decadentes" en la Alemania nazi. Curiosamente, a Joseph Goebbels –ministro de Propaganda y dictador de la cultura en el Tercer Reich– le gustaba el tango; el jazz le parecía "degenerada música de negros".

Bianco seguramente nunca imaginó –tal vez ni supo– el destino que correría su pieza *Oración* un par de años después: la bautizaron "Tango de muerte" los prisioneros del campo de concentración nazi de Lvov, Ucrania, obligados a escuchar sus compases cuando eran torturados, cavaban su propia fosa y enfrentaban al pelotón de fusilamiento. El jefe del campo, un teniente coronel de las SS, le había puesto letra en alemán y la música de *Oración* era interpretada en violín, clarinete, saxo y acordeón por una orquesta de prisioneros forzados a integrarla. Los SS gritaban entonces "¡A bailar, judíos!" y así iban éstos a la muerte. Antes de abandonar el campo como consecuencia del avance de las tropas soviéticas, el teniente coronel ordenó fusilar a los músicos. Perviven en una foto que tomaron los mismos nazis y se conserva en el archivo Yad Vashem de Jerusalén.

"Tango de muerte" fue el título inicial de un poema de Paul Celan, uno de los cinco o seis que marcaron a fuego la conciencia europea desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Judío y nacido en 1920 en Chernovitsky cuando la ciudad era rumana, Celan conoció durante dos años los rigores de un campo de trabajo forzado en una Rumania que los nazis controlaban. En 1942 sus padres fueron deportados y fallecieron en un campo de concentración. Esas experiencias acuñaron al poeta y al poema, cuyo título definitivo es "Todesfuge", "Fuga de muerte" en alemán. Para expresar su judío, Celan eligió la lengua del enemigo, que le llegó por vía materna. Era consciente de esa irónica contradicción: alguna vez dijo al respecto que "no hay nada en el mundo que obligue a un poeta a abandonar la escritura, ni siquiera cuando el poeta es judío y el lenguaje de sus poemas es el alemán".

Celan escribió la primera versión de "Todesfuge" en 1944 o 1945. Tal vez supo del "tango de muerte" por un folleto, *El campo de exterminio de Lublín* (Maidanek), publicado por Moscú en 1944 después de que el ejército soviético liberara ese campo. El novelista ruso Konstantin Simonov, redactor de la publicación, consigna que en Maidanek "numerosos altoparlantes emitían los acordes de foxtrots y tangos. Resonaban estrepitosamente toda la mañana, todo el día, toda la noche". Tal vez Celan lo supo por boca de sobrevivientes del campo de Lvov, no muy lejano de su Chernovitsky natal. En "Todesfuge" hablan los prisioneros de un campo de concentración: "Un hombre con albato hace formar a sus judíos / los hace cavar una tumba en la tierra / ordena tocar para que bailen... grita que toquen con más dulzura la muerte / esa Muerte es señora de Alemania / grita rasquen sus cuerdas con más sombras / así subirán como humo al cielo". Las víctimas saben que les espera ese efímero sepulcro después de los hornos crematorios del campo: "Cavamos una tumba en el aire –dicen– ahí no se yace muy hacinado". Los prisioneros que la dictadura militar argentina arrojó vivos al mar cavaron una tumba en el agua. Ese horror está fuera de toda escritura, pero Celan hizo una escritura de esa nada, sepultó en el poema a quienes nunca tuvieron sepultura. La poesía habla de la realidad también cuando habla de lo que no fue.

Se equivocaba Theodor Adorno cuando sentenció que, después de Auschwitz, no se podía ya escribir poesía lírica. La de Celan refuta desgarradoramente al filósofo alemán. Y prueba, sí, que después de Auschwitz no hay escritura sí no es otra. Lo mismo ocurre en la Argentina posdictadura militar, donde todavía se la llama "el Proceso". ¿Cómo hacer olvidar al lenguaje su ayer?

"Insomnio en el lecho del ser" llamó el filósofo francés Emmanuel Levinas a la obra de Celan. Ese insomnio lo llevó al suicidio en París, la ciudad de su exilio, hace poco más de 25 años. Un pescador rescató su cadáver de las aguas del Sena el 1° de mayo de 1970, Día de los Trabajadores, pero todo indica que se quitó la vida el 20 de abril. Nueva ironía: en esa fecha, 25 años antes, lo mismo había hecho Hitler.

Orines

Publicada el 22/2/96

Por Juan Gelman

"Ni siquiera puedo escribir", se desesperaba Fedor Dostoievsky en carta escrita desde Florencia en 1869, en la mitad de un autoexilio de cuatro años que, huyendo de las deudas, lo paseó por Alemania, Italia y Suiza. No fue tan cierto: durante ese período produjo dos novelas monumentales, *El idiota* y *Los demonios*, y una de éxito, *El eterno marido*. "Debo absolutamente volver a Rusia –confiaba a su sobrina–. Aquí voy a acabar perdiendo toda posibilidad de escribir por falta de mi material indispensable y habitual: la realidad rusa (que alimente mis pensamientos) y los rusos." El *aquí* era la Europa no rusa, que le provocaba "una angustia terrible y aun peor que eso; miro como una bestia salvaje todo lo que me rodea".

El tenor de esas cartas recuerda a Leopoldo Marechal, quien realmente no podía escribir lejos del país. Por razones parecidas: "Me resulta imposible prescindir del pneuma que rodea aquí a la gente y a las cosas –me dijo alguna vez–. Fuera no me sale ni una línea". El *aquí* era, en este caso, el departamento que Elbia y Leopoldo Marechal ocupaban en la calle Rivadavia por el Once, donde gocé de su conversación fina y divertida y, un poco menos, del guindado que solían convidar.

El tema exilio y escritura asomó más de una vez en la sala llena ya de noche. Marechal se burlaba de José Mármol –"fíjese que no por su novela, aunque es mala, sino porque se fue del país por haber pasado apenas unas horas en la comisaría"– y festejaba con ganas la anécdota que padeció un amigo: tras embestir amorosamente y sin éxito a una Amalia contemporánea, se escuchó a sí mismo decirle: "Pero Amalia, yo no soy de mármol". Ahí se extinguió su ardor erótico evaporado en referencia literaria.

Corría el año 1968 y con la publicación de *El banquete de Severo Arcángelo* Marechal emergía de un largo exilio interior que constituyeron tirios y troyanos por razones políticas, fenómeno frecuente en la Argentina (y no sólo). Los escritores antiperonistas lo repudiaban por su adhesión al peronismo y dejaron caer sobre *Adán Buenosayres* un silencio gris como el plomo. Con dos excepciones: Julio Cortázar y Noé Jitrik supieron hacer juicios políticos a un lado para saludar la genialidad de esa novela.

Por otra parte, los colegas peronistas no soportaban el antipopulismo de Marechal y no faltó uno que le birló el cargo de secretario de Cultura al que estaba naturalmente destinado, entre otras cosas, por su carrera en el magisterio. Fue tan densa la oscuridad que unos y otros depositaron sobre Marechal que cuando visitó La Habana en 1969 se le acercaron escritores latinoamericanos que, dijeron, lo creían muerto. De esa visita a Cuba se conservan dos hechos memorables: Leopoldo y Elbia donaron sangre para los vietnamitas en lucha contra el imperio; y Marechal, antes de subir al autobús que lo regresaría de una visita a las proximidades de Guantánamo, se volteó y en dirección a los soldados yanquis que apuntaban con armas largas y binóculos estrenó un corte de manga muy notable.

El exilio interior no achicó la grandeza de Marechal para convertirla en amargura. Ni recortó su valentía: bajo la Revolución Libertadora refugió en su casa al general Valle, a quien intentó en vano convencer de que no se presentara ante las autoridades de la dictadura militar, que terminaron fusilándolo. Tampoco melló su sentido del humor. "Es inútil –decía–, no hay situación, por solemne o trágica que sea, a la que no le vea el lado cómico." El *Adán* suele arrancar risas tan sonoras como un buen chiste soltado con gracia, y esto es algo muy difícil de lograr con la escritura. Para algunos, la modernidad sólo cuenta con dos ejemplos cumplidos en materia de literatura cómica: *El rey Lear* de Shakespeare y las novelas de Kafka. Lo último es incierto, aunque es cierto que el praguense se reía a carcajadas al leer sus propios textos.

Un día helado de diciembre de 1987 en Viena, en un coloquio donde unos treinta escritores exiliados –sobre todo del Este europeo– reflexionaban sobre su condición, escuché a Joseph Brodsky afirmar que "el exilio proporciona menos motivos de cólera que la madre patria" y que el escritor exiliado "sospecha que existe una interdependencia o relación entre las razones de su cólera y su lengua materna". Marechal no creía lo mismo, sino que la cólera contra la injusticia no está sujeta a geografía; tampoco pretendía que fuera aplicable a los demás su propia condición. Pensaba que la condición de exiliado es ante todo un acontecimiento lingüístico para un escritor y que cada quien habita un exilio diferente. Apreciaba la escritura de Julio Cortázar, al que jugaba mejor cuentista que novelista, y consideraba que el exilio la había enriquecido.

La mañana de septiembre del '70 en que murió, Marechal había recibido un paquete del correo. Venía de Cuba, lo habían violado y faltaba el ejemplar de *Adán Buenosayres* que la Casa de las Américas acababa de editar y él esperaba con anhelo. "Hasta cuándo seguirán orinando sobre mi cabeza", preguntó, se preguntó al advertir el robo. Imperaba entonces la enésima dictadura militar y él se fue. Lo habían orinado ya bastante.

Publicada el 14/4/96

Diálogo con el subcomandante

"Nada q
con las a

Por Juan Gelman

Régis Debray lo considera el mejor escritor latinoamericano. Desde antípodas políticas, Octavio Paz ha elogiado su escritura. Pero el subcomandante Marcos, jefe militar del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, habla con timidez de su condición de escritor. "Más fácil sería con un mate", dijo en uniforme guerrillero y pasamontañas que sólo confía al aire los ojos y parte de una nariz objeto de su autoburla constante. La máscara no atenúa la clara emanación de juventud.

Es un fenómeno raro, sin antecedentes conocidos en el mundo: su fama de escritor dimana de la prosa que vuelca en los comunicados que firma en nombre del EZLN. Son textos políticos que han llevado de la guerra de verdad a la guerra de palabras, pero el subcomandante les añade pazos de ficción en las postdatas. Donde ha aparecido hace meses el personaje Durito, un escarabajo que se proclama Caballero Andante de La Selva Lacandona y tiene a Marcos de escudero. Ambos dialogan –como el Quijote y Sancho Panza– sobre las materias más diversas y de política además. El Nobel mexicano calificó a Durito de invención literaria memorable.

La entrevista con el Subcomandante Insurgente del EZLN –exclusiva para Página12– se realizó en el marco del Encuentro Continental Americano por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, y tuvo lugar en algún punto de la Selva Lacandona, asediada por los cercos y los patrullajes terrestres y aéreos del Ejército Mexicano. Allí y entre dos pipas, el jefe militar zapatista reveló que siempre le ha gustado escribir.

–¿Cuándo escribió su primer poema?

–A los trece años.

–¿Lo recuerda?

–No, hay cosas que más vale la pena olvidar.

–¿No recuerda las circunstancias que lo movieron a escribirlo?

–Sí, era melancólico, era sobre la vida y la muerte, medio tétrico, con la pregunta sobre el sentido de la vida que probablemente se hace todo adolescente. Yo estaba en la secundaria, como se dice en Argentina. Ya había leído poesía y ese poema debe haber sido muy parecido a los que yo leía por entonces. Me acuerdo más o menos del tema y de la circunstancia un poco existencial o bastante existencial, de ese momento, pero no me acuerdo mero cómo iba.

–¿Siguió escribiendo poesía luego?

–No. Iba más al cuento, a la poesía casi nunca le entré. En aquel ámbito cultural la poesía era mucho la cuestión de la métrica, tenía que rimar y todo eso. Y entre que no me salía, que necesitaba pues un cierto manejo del lenguaje, que apenas estaba aprendiendo, y que me provocaban aversión esos chalecos, no sabía cómo entrarle. Entonces mejor le daba al cuento. Cuentos escribí bastantes. Y, por supuesto, una novela que nunca acabé. Como todos los escritores que se precian de serlo; siempre tienen una novela que nunca han acabado. Pero no, a la policía, perdón, a la poesía no le entraba, a la policía tampoco.

–¿Pero ha escrito poesía en los últimos años?

–Escribí en el período de la montaña, los 10 años que pasamos allí, sobre todo en los primeros años –1984/85– que fueron muy solitarios, poesía que pretendía ser política. Tratando un poco de jugar al espejo o de ayudarnos a nosotros mismos, pues éramos una pequeña pandilla casi que quería cambiar el mundo; afirmando que sí valía la pena lo que queríamos hacer, o lo que íbamos a hacer, aunque entonces no sabíamos que lo íbamos a hacer todavía. Nosotros organizábamos actos culturales todos los lunes de cada semana: el grupo de combatientes se juntaba en lo que llamábamos la célula cultural y se decían poemas, se cantaba, se representaban obras de teatro. El único libro que teníamos entonces –yo era capitán– era una antología de Miguel Hernández. Había más reuniones culturales que poemas en el libro y éste se acabó. "Escribe algo", me decían los compañeros, así que los primeros poemas que escribí en ese período eran más bien por encargo. Y eran poemas así, pues, lo rudimentarios o lo acartonados que pueden ser los poemas sobre pedido. Luego ya escribí por gusto, por ganas, algunos más, volví otra vez al cuento y a las narraciones cortas como las "Instrucciones para cambiar el mundo" o las "Instrucciones para caer y levantarse", todo eso con mucha influencia de Cortázar; uno de sus libros era el otro que yo cargaba. Pero a la poesía siempre le he tenido mucho miedo. Es como dice Durito, la distancia entre lo cursi y lo sublime es delgadísima; yo le digo a Durito que no la conozco porque no he logrado cruzarla, sigo todavía del lado de lo cursi. Así que para llegar a lo sublime... Algo intenté en poesía cuando empezamos a hacer contacto con las comunidades indígenas. El manejo del lenguaje que hacen ellos, la descripción de la realidad, de su realidad, de su mundo, tiene mucho de elementos poéticos. Eso como que removió la trayectoria cultural normal o tradicional que traía yo en literatura y empezó a producir esa mezcla que asomó en los comunicados del EZLN del '94. Era un poco como estarse debatiendo entre las raíces indígenas de un movimiento y el elemento urbano. Es lo que yo podría decir sobre esa trayectoria, pero sí, siempre me gustó escribir. No mostraba lo que hacía, por supuesto, escribía para mí mismo.

–Octavio Paz dice que Durito es una invención memorable.

–Eso es injusto, Durito protesta. Dice que él no es una invención, que es real y que, en todo caso, la invención soy yo.

–¿Sigue leyendo poesía?

–Sí, cómo no. En alguno de los comunicados cuento la historia de una niña que se murió, Paticha, explicando un poco esto de los nonatos. En realidad, eso viene de la lectura de un poema de un argentino que habla de una niña. ¿Se acuerda usted de ese poema? ¿Cómo se llama?

–No sé de qué poema me habla.

–Si es suyo.

–Hay cosas de las que uno se quiere olvidar, usted lo dijo.

–No, es bueno ese poema. Lo encontré en una antología de la poesía latinoamericana, junto con otro texto suyo. No me acuerdo cómo se llama, pero habla de una niña que, obligada por las condiciones sociales, comete un crimen.

–¿Será "María la sirvienta"?

–Andale, ése era. Su estructura inspiró la forma literaria de la historia de Paticha. La historia es real, pero su presentación tiene mucha cercanía con "María la sirvienta". Y en algunas de las historias que cuento, que contamos nosotros, aparecen elementos poéticos –digo, en mi caso– de Miguel Hernández, del Neruda del *Canto General*, sobre todo, un libro que nos influyó mucho a muchos en la montaña y que también cargábamos. No conocíamos poesía más reciente hasta que ya bajamos.

–¿Y Pessoa?

–A Pessoa lo encontramos bajando de la montaña, del '94 para acá, en libros que nos regalaban. Pero eso es nuevo. La poesía que frecuentábamos nosotros era la que se consideraba poesía social o de compromiso. Que es la que nos gustaba, porque estábamos en eso. O la más lejana de los clásicos, como Shakespeare, eso sí. Pero de la poesía contemporánea sólo la que tenía contenido social; la que no, nos parecía que no servía, que era contrarrevolucionaria, pequeñoburguesa, etc., etc.

–¿Piensa lo mismo ahora?

–Evidentemente no.

–¿Y qué piensa?

–Nos damos cuenta ahora de que fueron esos elementos, los no esquemáticos, los no tradicionales respecto de esa cultura de izquierda en la que nos formamos nosotros, en especial de la izquierda clandestina, la de los subterráneos, los que nos abrieron ventanas. Que lo que nos salvó como proyecto social, como proyecto político y, sobre todo, como seres humanos, fueron esas ventanas abiertas, esas supuestas "manchas" para un revolucionario cuadrado, lo que nos llevaba a nosotros a decir bromeando que para ser cuadros revolucionarios éramos bastante redondos. No respondíamos a los esquemas pues, y por lo tanto estábamos desechados. Esa cultura, esa literatura tienen su lugar, tienen su espacio y no pueden ser catalogadas según los moldes que nos enseñaron, que poesía es la poesía revolucionaria de "Patria o

Lo políti

–El EZLN ha declarado que no es una vanguardia, que no desea el poder y que su propuesta alternativa es el logro de un espacio democrático de confrontación y consenso, conducente al cambio. La cita no es textual, pero ¿es ésa la idea?

–Nosotros pensamos que, dado el costo social de un movimiento de este tipo, no podemos apostar a repetir el error de despreciar a la sociedad, al pueblo, o al equivalente que quiera usar cada quien para referirse a la mayoría de la población. No se trata de derrocar un gobierno y poner otro, acabar con un sistema social y poner otro sin que la gente pueda opinar sobre ese sistema social. Decimos nosotros que, en lugar de derrocar o destruir un sistema, o derrocar o destruir un gobierno y poner otro, lo que necesitamos es abrir un espacio de lucha política donde la ciudadanía, o la mayoría de la gente, pueda tener participación política y opinar y decidir qué sistema social, qué sistema político, qué gobierno es el que quiere. Nosotros decimos que no importa tanto quién está en el gobierno, sino cuál es la relación de ese gobierno con los gobernados. Nosotros pensamos que ésa es una solución más estable y que goza de una mayor riqueza histórica que el golpe de Estado, que una revolución relampagueante o larga, como se quiera, o un desastre económico y político sustituido por otro desastre político y económico. Lo que nosotros no queremos es que al final hagamos las cuentas y digamos "bueno, pues ya luchamos tantos años y estamos igual aunque cambiamos, tumbamos al gobierno y pusimos otro y pasaron tantos años y volvimos a quedar igual, siguen estando la sociedad política por un lado y la sociedad civil por otro". No sólo por otro, sino abajo de esa sociedad política, y sin poder participar en la toma de decisiones; hasta que se harte otra vez y vuelva a nutrir un movimiento pero no ocupe un nuevo espacio y dé lugar a un reacomodo de la sociedad política, siempre arriba, con la sociedad civil abajo, como siempre. Si logramos abrir ese espacio de lucha, vamos a pelearnos pero en un terreno donde todos nos vean, con ciertas reglas en las que estemos todos de acuerdo y en igualdad de con
quién gana, quién puede conv
de la población para una opci
la democracia, lo que teórican
cracia, y por eso estamos luch
dría decidir qué procede, si el
mo, si el socialismo, si el com
mo no hay, un espacio democ
las propuestas políticas con lo
bernados, no importa qué sist
temprano va al fracaso. Con la
con el derrumbe del campo so
no es el fracaso de un sistema
fracaso del socialismo y el triu
dad se trata del fracaso de un
Pensamos que lo que está fall
política, que hay que encontra
una puta idea de cómo sea es
cómo no debe ser, y que para
cesitamos otras voces y otros
Nosotros decimos que no poc
debemos aprender a escucha
de otros y nuestra gente, no s
zapatistas, tienen que aprende
tiene un lugar y tienen que pel
mejor surge de ahí una nueva
otros apostamos a una premis
del poder, no a los cargos gub
tos de elección popular, y van
produce una organización de
que debe cuando menos prov
políticos profesionales, que di
ahí si como quiera no vamos a
ver si nuestro fracaso como iz
democrático es mayor que el

Marcos

ue ver
armas”

muerte, venceremos” solamente, o la que describe una situación social. Hay poesía que trabaja sobre el lenguaje mismo y no le importa tanto lo que dice sino el manejo del lenguaje; hay poesía que expresa sentimientos o cuestiones vivenciales cotidianas; hay poesía de muchas clases. ¿Cómo decirlo? El esquema político con el que habíamos crecido tenía su referente o su equivalente en un esquema cultural, en un esquema ideológico e incluso en un esquema moral que marcaba qué era lo bueno y qué era lo malo: bueno es todo lo que sirva a la revolución, malo es todo lo que vaya en contra de la revolución. Y ahí no está el problema de lo bueno y lo malo, de esa manera sólo se lo está eludiendo. Y eso pasaba no con la literatura únicamente, con la música también, o sea, cuál debíamos escuchar o cuál nos debía gustar, porque de eso se trataba; de nuevo tenía que ser la música de contenido social o la música revolucionaria, como le decíamos nosotros. Y la otra era pues música enajenante, alienante, etc. Aunque nos gustara, teníamos que callar y decir que la buena era la música de contenido social. Esa concepción influía hasta en las pláticas del (grupo) colectivo. El colectivo de montaña es un conjunto muy solitario, sometido a condiciones muy duras, que tiende a cerrarse, a hacerse fuerte para poder resistir, ayudándose uno a otro. Entonces la nostalgia estaba prohibida; en todo caso, manifestarla. No es que hubiera una ley, pero cuando se notaban síntomas de desmoralización en un compañero había que ayudarlo explicándole, por ejemplo, que el proletariado, por una decisión histórica, iba a asumir sus objetivos, etc., etc.

–Hay quien supone que ciertas cosas dejan de existir no usando las palabras que las nombran.

–Sí, era una especie de realismo socialista, pero en pequeño. Estoy hablando de una columna formada por doce hombres. Doce en “las grandes fiestas”, decíamos que eran cuando nos juntábamos, porque en realidad nos partíamos en unidades de cuatro. Ese esquema rígido invadía todo lo que era la vida del campamento guerrillero. No se platicaba sobre la familia, porque te llevaba eso al lugar de partida. Tampoco sobre las expectativas personales: no podía uno imaginarse en el futuro siendo un hombre común y corriente, o podía, pero no debía decirlo. Decir, por ejemplo, finalmente cuando termine esto me voy a dedicar a ser chofer; no, cómo, te contestaban, eso es contrarrevolucionario, tienes que ubicarte en un lugar revolucionario, seguir en esto o hacerlo como el Che, irte a otro país y continuar la pelea, etc.

–Antes evocó usted un problema que tiene que ver con lo que está expresando ahora: el del contacto con la cultura indígena. ¿Ese contacto ayudó o quizás obligó a modificar estereotipos, y no sólo desde el punto de vista de los contenidos, sino también en lo que hace a la lengua? Porque sorprende a quien visita Chiapas el castellano que hablan los indígenas, lleno de giros y concordancias desusados. Algo semejante ocurrió en Guatemala cuando los indígenas, después de más de cuatro siglos de padecer la dominación blanca, empezaron a hablar el castellano y produjeron rupturas sintácticas extraordinarias y muy enriquecedoras. ¿Qué piensa de eso? ¿Qué le ocurrió con eso?

–En realidad casi nadie toca ese tema. Nosotros advertíamos que la concepción política de lo que el EZLN era entonces chocaba con la concepción política de las comunidades indígenas y se modificaba. También hubo efectos en el quehacer del EZLN, que tenía una vida cultural bastante intensa para una unidad guerrillera. No sólo nos enfrentamos con las lenguas indígenas, sino también con su manejo y con la forma de apropiación del español. Los indígenas no se apropian de conceptos, sino de palabras, y traducen su visión con un manejo del lenguaje muy rico, como decir “está triste mi corazón” por “me siento mal”, o decir “me duele el corazón” y señalarse la panza, que está cerca. De pronto alguien se enfermaba y decía “me voy a morir” y al principio uno pensaba que, en efecto, se iba a morir; y cuando se lo revisaba no era más que un dolor abdominal. Pero así se sentía. Nos encontrábamos con que los indígenas manejaban el lenguaje con mucho apego al significado de las cosas y al uso de imágenes también. Teníamos que aprender ese otro manejo del lenguaje para poder comunicarnos con ellos, y ellos con nosotros, lo que empezó a producir efectos en nuestra forma de hablar. Y de escribir. Llegó un momento en que estábamos hablando “chueco”, como decíamos nosotros, a veces anteponiendo un adjetivo, otras no nombrando alguna cosa sino aludiéndola con una imagen, y sucedió que así cuajó nuestro modo, el modo de hablar de los zapatistas, y eso nos hizo perfectamente identificables. Claro, nadie nos andaba buscando, pero en las comunidades se sabía quién era zapatista por el modo de hablar, incluso para explicar la política y para explicar la guerra, que entonces apenas era un futuro incierto. Muchos han percibido los efectos del contacto con las comunidades en la política y la organización de los neozapatistas, pero nadie o pocos son los que se han dado cuenta de las consecuencias del choque cultural, que sin embargo llama la atención también en el neozapatismo. Me refiero al manejo del lenguaje en relación con la política. Así lo vemos nosotros, pero es muy difícil reflexionar desde adentro, nos falta distancia y nos falta tiempo para saber cómo se da eso. Necesitamos un exterior, un outsider para poder entenderlo. Nosotros no podemos explicar qué es lo que hizo posible eso. Sabemos que lo estamos haciendo y decimos “algo pasó aquí”, pero no hemos pensado todavía sobre lo que realmente ocurrió para que se produjera el zapatismo de 1994. También hay que considerar cómo entró el zapatismo en contacto con la sociedad civil, con ese México que no tenía nada que ver ni con el enemigo ni con el compañero. Ese hecho también influye en el trabajo de lenguaje del zapatismo. Puede incluso verse cómo los comunicados del EZLN de los primeros días del ’94 y los que fueron emitidos más adelante en el año dan paso a una modificación en el lenguaje que está buscando su acomodo y se está haciendo todavía. Es decir, se ha sumado otro elemento, aparte del indígena y del que procedía de la izquierda tradicional que bajó de la montaña: los dos últimos constituían ya una realidad compleja que otra vez se enfrentó con una realidad compleja, la de México. Y hay como una retroalimentación –así lo vemos–, vamos tocando puertas, encontramos una abierta, nos metemos, tocamos otras y así; y en el lenguaje estamos tocando puertas y donde vemos que se abren, por ahí seguimos. Por eso a veces nuestro discurso es muy repetitivo, pensamos que lo que nos resultó una vez y nos permitió hacernos entender va a volver a producir el mismo efecto. Desgraciadamente no siempre es así. A veces produce el efecto contrario; otra vez lo mismo, se piensa, y más porque del zapatismo se espera siempre algo nuevo, más creativo, que no incurra en la reiteración, y para nosotros lo más cómodo es insistir con lo que sabemos ya que resultó. A dos años de nuestra salida a la luz, ése es uno de los problemas que tenemos. Debemos seguir buscando dentro de nosotros mismos y dentro de las relaciones creadas un lenguaje que no nos haga perder el puente con la sociedad que logramos construir en los últimos dos años. Sabemos lo que no hay que hacer, es decir, repetirse, pero todavía tenemos que precisar lo que hay que hacer, y eso estamos probando. Por eso nos sirve mucho el contacto con gente que no viene de nuestra trayectoria, no me atrevería a decir de afuera porque es gente que está muy imbricada en el movimiento, pero que ve otras cosas, tiene otras experiencias, otra historia y ha hecho otro recorrido. Eso nos ayuda a ver dónde podemos avanzar. Y en buena parte el futuro del zapatismo está en el lenguaje. No quiero decir que el zapatismo va a desaparecer, pero su futuro y su quehacer tienen que ver mucho con el quehacer de su lenguaje. Según sea el futuro de su palabra, será el futuro del EZLN. No, no del EZLN, del zapatismo, que hoy es mucho más amplio.

–En su mensaje de la ceremonia de clausura del Encuentro Continental Americano por la Humanidad y contra el Neoliberalismo dijo usted que al zapatismo se le exige no que se parta en dos sino en muchos pedazos, en referencia a la satisfacción de unos y la preocupación de otros por sus intervenciones anteriores. ¿Deberá cambiar el lenguaje de sus comunicados para contentar a todos?

–Tal vez convenga insistir en ese partirse en dos, en tres o en cuatro; unos esperan del zapatismo una guía, respuesta a cosas prácticas; otros, un pronunciamiento político; otros, algo que arranque una sonrisa; otros, algo que sea nuevo. Eso es algo, lo digo honestamente, que cada vez torna más difícil escribir, cada vez se siente más que estás escribiendo para agradar a alguien o algo, y se corre el riesgo de perder la frescura, la que teníamos nosotros antes, cuando escribíamos y al que le gustó, le gustó, y al que no no, se chingó (*se jodió*). Pero las presiones sobre el zapatismo, de las que hablé en la clausura del Encuentro, en cuestiones políticas, también se dan en cuanto al manejo del lenguaje. Qué es lo que debe decir, qué expresión es machista o sexista, cuál es feminista, y sentimos como que nos empiezan a acorralar. Nosotros no nos alzamos en armas para esto, nosotros queríamos el uso de la palabra y escribíamos por gusto y no queremos perderlo. No queremos hacernos profesionales de la palabra, gente que existe para producir una mercancía, algo para el mercado, aunque ese mercado sea de izquierda, o sea progresista, o sea democrático, lo que sea. Para eso hay computadoras. Se las programa y sale lo que uno quiere.

---

o

diciones, y ahí sí se verá
encer o ganar a la mayoría
ón política o para otra. Eso es
nente debería ser la demo-
nando. En ese espacio se po-
capitalismo, si el neoliberalis-
unismo. Cuando no hay, co-
rático de confrontación de
s afectados, que son los go-
ema social impere, tarde o
a caída del Muro de Berlín,
ocialista, lo que se produce
l social y el triunfo de otro, el
nfo del capitalismo; en reali-
a forma de hacer política.
ando es una forma de hacer
r una nueva, que no tenemos
a forma nueva, pero sí de
dar con esa forma nueva ne-
pasos. Eso sí lo sabemos.
lemos solos. Decimos que
r y a darle lugar a la palabra
ólo la armada, sino todos los
er también que su palabra
ear ese lugar adentro. A lo
forma de hacer política. Nos-
a fundamental: no a la toma
ernamentales, no a los pues-
os a ver qué tipo de políticos
esa naturaleza. Suponemos
ocar desencanto entre los
rán “para qué nos metemos
a agarrar hueso”. Vamos a
quierda o como movimiento
de los que sí se plantean la toma del poder y no logran incorporar a mucha gente en sus filas. Pero nos dicen que si no nos planteamos la toma del poder, nunca se nos sumará el pueblo. Nosotros respondemos “y a ti que sí te planteas la toma del poder, cuándo se te ha sumado el pueblo”. Por esa premisa política que escandaliza y –dicen– nos lleva al anarquismo o al oposicionismo porque no nos gusta tener el poder, lo que es cierto, tratan de encajonarnos bajo una etiqueta u otra. Eso nos preocupa menos que resolver el cómo del nuevo quehacer político, sobre todo en la relación entre los zapatistas del EZLN y los zapatistas de la sociedad civil, que es donde estamos batallando más. Nos preguntamos en qué momento nos convertimos en militares hablando como políticos, además de estar acostumbrados a hablar como militares, en qué medida estamos tratando como iguales, en qué grado estamos entrando en un terreno que no conocemos y en el que vamos a resbalar y nos tenemos que apoyar en los que ya conocen, que son políticos que tienen su historia, su historia de políticos viejos. Todos esos problemas nos tienen ahorita más desvelados que los movimientos militares. Para nosotros el futuro del EZLN no se define en términos militares sino en términos políticos. No nos preocupa el enemigo, nos preocupa cómo vamos a definir una nueva relación entre compañeros. Porque de una ofensiva militar nos levantamos; si nos atacan y nos hacen pedazos nos podemos rehacer. Somos expertos en perder y volver a levantarnos, ésa ha sido toda la historia del EZLN. Pero esto de hacer algo nuevo, de encontrarnos en un terreno nuevo, es muy doloroso, muy doloroso, muy doloroso para aquellos con los que nos encontramos y muy doloroso para nosotros también. Es lo más difícil, y si podemos resolver eso, se resuelve el futuro del EZLN. Y no tiene que ver con las armas ni con la guerra. Se trata de una nueva respuesta social que, creo, es la que ha inquietado más a nivel internacional, más que el aparato de las armas o la poesía de los comunicados: es la idea de que sí, de que es posible algo nuevo y que es bueno intentarlo. No tenemos nada que perder.

Del nombre

Publicada el 22/5/98

Por Juan Gelman

Es casi nulo el número de niños inscriptos en la historia nacional, sólo para adultos. Salvo el Tambor de Tacuarí –de quien ni el nombre se conoce–, no hay casi registro ni memoria de los centenares de púberes y adolescentes que de una manera u otra participaron en las guerras de la Independencia. Por ejemplo. De Juan Esteban únicamente se sabe gracias a la obra monumental de Osvaldo Bayer, *La Patagonia rebelde*: tenía 15 años y era correo de los huelguistas cuando fue apresado por efectivos del 10° de Caballería al mando del capitán fusilador Viñas Ibarra y ejecutado el 7 de diciembre de 1921 en la estancia La Anita, junto al lago Argentino, en el extremo sur de Santa Cruz. "Me llamó la atención la guapeza de este niño –testificó años después Ramón Vallejo, soldado del 10–, pues cuando se vio ante el pelotón le gritó 'asesino' al jefe y cayó." Un balazo le había partido la lengua. La lengua, sí, la que habla y nombra y critica y denuda al opresor, el instrumento humano que más temen los represores. Aunque sea una lengua de niño. Amaral García –que se sepa– fue el primer chiquilín secuestrado en la Argentina en 1975. Asesinaron a sus padres y llegó la orden de asesinarlo también a él: tenía 4 años, sabía hablar y decir su nombre y apellido. Es decir, era peligroso. El asesino designado, como en el mito de Edipo y algunos cuentos infantiles, no se atrevió a matarlo y lo llevó a algún lugar del interior. El ex soldado del ejército uruguayo Julio César Barbosa Pla, que a los 18 de edad ingresó a la institución empujado por problemas económicos, fue destinado al Servicio de Información de Defensa del Uruguay, el SID, equivalente de la SIDE argentina. En la sede del organismo se instaló en 1976 un campo clandestino de detención que "albergó" a los uruguayos secuestrados en nuestro país y que pasaron por Orletti, en el marco del operativo o red Cóndor. "En la planta alta (del campo) –informaría años después; Barbosa pidió la baja al año de incorporarse en razón de los horrores a los que tenía que asistir– encontré en una oportunidad a dos niños de corta edad (los vi una sola vez). Conmovido por la presencia de ellos allí, pude trabar conversación con el niño mayor (tenía 4 años), quien me respondió que su nombre era Anatole y que la niña menor (de año y medio) se llamaba Victoria." En Orletti y en presencia del represor José Nino Gavazzo, mayor del ejército uruguayo, Anatole ya había declinado los nombres de todos los prisioneros que conocía y había visto en el campo. Sus padres, los Julien Grisonas, fueron "desaparecidos" y los niños, claro, no podían seguir en el Uruguay. Los llevaron a Chile, los abandonaron en una plaza y los recogió un orfanato. Una pareja quiso adoptar a Anatole, pero no a Victoria. El se opuso férreamente y la pareja tuvo que adoptar a la niña también. No sé si se requiere más valor para batir el tambor en Tacuarí o para enfrentar a los 4 años la pesadilla de un campo de concentración y el dictado omnipotente de las instituciones. Ambos niños fueron recuperados por CLAMOR, organismo brasileño de derechos humanos. ¿Qué es el propio nombre? Para Walter Benjamin, como parte de la herencia del lenguaje, "el nombre garantiza que el lenguaje es simplemente la esencia espiritual del ser humano". Esa que quisieron borrar los represores. Es notorio que en los campos daban un número a cada prisionero para abolir su identidad. La estrategia de los apropiadores consistió en borrar la filiación de los niños robados. No siempre lo lograron. "Tengo a mis dos papás desaparecidos (en 1978, en Uruguay) –dijo Paula Eva Logares desde la cátedra de Derechos Humanos que Osvaldo Bayer imparte en la Universidad de Buenos Aires– y el subcomisario de la Brigada de San Justo (apellidado Lavallén) se quedó conmigo... Cuando desaparecimos yo tenía 23 meses y aun así no me acuerdo de mis viejos, no me acuerdo de nada... Yo me llamo Paula y desde que nací siempre me llamo Paula, ellos (los apropiadores) me querían poner Luisa, yo les decía Paula, Luisa no, Paula. Me tuvieron que dejar Paula, ésa fue una gran ayuda para mi abuela." En realidad, Paula recordaba a sus padres: insistiendo en el nombre que le pusieron, afirmó su filiación, continuó la vida de Mónica Grinspon de Logares y Claudio Ernesto Logares, confirmó su linaje. Cuando leí de niño "Hansel y Gretel" me pareció un relato detestable. ¿Cómo imaginar a padres que abandonaban a sus hijos porque no podían darles de comer? Con los años aprendí que esa clase de padres existe y el cuento me pareció más realista que cruel. Supe entonces que exaltaba el valor de dos niños desamparados que con su ingenio escapaban de la bruja que se los quería almorzar, se apoderaban de sus tesoros y regresaban a casa. Espero que en la lista de niños con lugar en la historia nacional figuren algún día Anatole, Paula y muchos otros que, con la misma guapeza de Juan Esteban, no se doblegaron ante pruebas más terribles que las imaginadas en el cuento alemán. Finalmente, represores hay, brujas no, y ellos tenían 4 años, o apenas 2, cuando entraron en la resistencia contra la dictadura militar.

Teatros

Publicada el 14/6/98

Por Juan Gelman

General de división (R) Albano Eduardo Harguindeguy. Ministro del Interior de la dictadura militar de marzo del '76 a marzo del '81. Responsable mediato de numerosos campos clandestinos de detención en todo el país. Recibía partes diarios sobre los operativos y secuestros realizados. Detenido el 27/4/88 por la práctica de una de sus especialidades: el secuestro extorsivo de empresarios, de Federico Gutheim y su hijo en este caso. Liberado el 10/10/89. Primer general indultado por el presidente Menem. Elena de Harguindeguy: esposa del anterior.

DyN

(Fuente: documental sobre la labor del Equipo Argentino de Antropología Forense filmado en la Argentina en diciembre de 1992 y dirigido por Daniele Calcaterra. Coproducción europea.) El dicente. Orestes Estanislao Vaello, suboficial (R) de Ejército, miembro del Batallón 601 del SIE desde 1973. Fue, entre otras cosas, nexo del grupo de tareas del Batallón Depósito de Arsenales 601, Bernal, con los paramilitares civiles de Concentración Nacional Universitaria (CNU) de la zona sur de la provincia de Buenos Aires, área operacional 113. (Fuente: su testimonio ante la Conadep del 4/4/1984. Legajo Conadep N° 03675.) Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Fuente: Informe Nunca más.)

Rogelio García Lupo. Escritor y periodista.

(Fuente: *Ni el flaco perdón de dios*. Hijos de desaparecidos, Juan Gelman y Mara La Madrid.)

Acto único

(en que nada se inventa y todo lo que los personajes dicen ya lo han dicho)

Escena I

Harguindeguy: Llegué a casa y alguien me avisó que estaban por mandarme a detener. Elena de Harguindeguy: Yo estaba acá con el señor que venía a llevarte (*ríe*). H.: Preparé la valija, subí al auto y fui a presentarme al Comando en Jefe. Estuve un año y 7 meses detenido, donde solamente salí a la calle dos veces. E. de H.: Sí, era muy triste, sobre todo a la tarde, cuando yo me iba, ¿te acordás? Y vos quedarte ahí, solo, a pesar de que estabas, sí, en un lugar muy lindo, incluso rodeado de camaradas y de gente del arma, era muy penoso de ver. Conadep: Condiciones de vida en los Centros de Detención. La "desaparición" comensaba con el ingreso a estos centros mediante la supresión de todo nexo con el exterior. De ahí la denominación de "Pozos" conferida a muchos de estos antros en la jerga represiva. No se trataba solamente de la privación de libertad no comunicada oficialmente, sino de una siniestra modalidad de cautiverio, que trasladaba la vida cotidiana a los confines más subterráneos de la crueldad y la locura.

Escena II

H.: Enfrenté juicios, enfrenté períodos de privación de la libertad. Lo que más me dolía eran las acusaciones de corrupción. Porque lo otro, aun el

abuso del ejercicio del poder, es un hecho político, mientras que lo otro es un delito de carácter común. Y siempre dije que a mis hijos les iba a dar educación y a dejarles un apellido sin mácula. El dicente: Que en una reunión donde el dicente tuvo que exponer sobre la detención y el secuestro de un industrial y hacendado llamado Federico VOGELIUS se encontraban el coronel ARIAS DUVAL, el general VALIN, tres oficiales de la MARINA de GUERRA, y se hizo presente el general HARGUINDEGUY. En la misma había gente de los grupos (de tareas) como así también de SIDE, SIN y SIFA (Servicio de Informaciones de la Fuerza Aérea) (*sic*). Que luego de relatar el informe por haber sido el autor directo de la detención –que venía por orden de ARIAS DUVAL– momentos antes de retirarse el general HARGUINDEGUY pronunció las siguientes palabras dirigidas al dicente y a todos los demás "que a esto hay que imprimirle otro ritmo. Que no hay que escribir tanto. Son preferibles muertos que vivos, porque nos damos cuenta que son irrecuperables". H.: El primer caso en la historia que quienes habían derrotado a un enemigo, habían triunfado con las armas del país para asegurar su sistema de vida, fueron llevados a un tribunal para que rindieran cuenta de sus actos. Las FF.AA. habían derrotado a la subversión y por eso fueron juzgadas. El dicente: Que respecto de este industrial –que se trataba de un secuestro extorsivo, de lo cual me enteré después– intervino Fuerza Aérea, Ejército y dos personas pertenecientes al Poder Judicial de la Nación que en este momento se encuentran fugados. H.: Van pasando los años, la gente me ve ahora, sabe cuál es mi patrimonio, mi patrimonio real, y sabe incluso que tengo que realizar actividades para incrementar mi haber de retiro y poder vivir bien. El dicente: Que luego se lo pasa (a Vogelius) a disposición PEN para continuar sacándole dinero. Que respecto del dinero que se sacó a este industrial puede declarar fehacientemente que fue a parar a manos de HARGUINDEGUY y de un oficial del Ejército de apellido FLORES YUVET (*sic*. Es Jouvet). Que solicita a esta Comisión Nacional ser llamado para un careo con este industrial para probar la veracidad de estos dichos. Que de la casa del industrial gente de Fuerza Aérea y Ejército sustrae colecciones de estribos, espuelas, facones, medallas, libros, televisores, muebles, en una palabra desvalijan la casa. H.: Digo también que podría vivir con mi único haber de retiro bajando mi nivel de vida, cosa que no lo considero justo a (para) quien después de servir 41 años en las FF.AA. tiene que mantener el status con que vivió, con que creció. Yo pretendo por lo menos morirme en la misma condición social y de status vital que he tenido toda mi vida. A Dios gracias, hasta ahora lo voy logrando. No sé por cuántos años más. Rogelio García Lupo: Cuando Harguindeguy era capitán y necesitaba plata, iba a la Cámara Azucarera Tucumana, en Bartolomé Mitre y San Martín, donde Martínes de Hoz, que era el gerente, le cambiaba los cheques (...) No solamente eso. Martínes de Hoz representaba la posibilidad de ascenso social. No era cuestión de dinero, los Harguindeguy no eran pobres, eran chacareros, sí, pero de la provincia de Buenos Aires. Una segunda generación de chacareros y el papá pudo pagarle el Colegio Militar. Martínes de Hoz le abría el camino hacia las clases altas del país.

Escena III

E. de H.: Un día nos podremos ir a vivir como yo quiero, y siempre digo que quiero irme a vivir a Pinamar, a un lugar así. H.: Pinamar es muy lindo, pero creo que muy triste en invierno. Yo creo que la cordillera es más linda, aunque vos decís que es fea. E. de H.: La montaña me deprime.

H.: Pero la montaña con Buenos Aires, con un pied-à-terre acá.

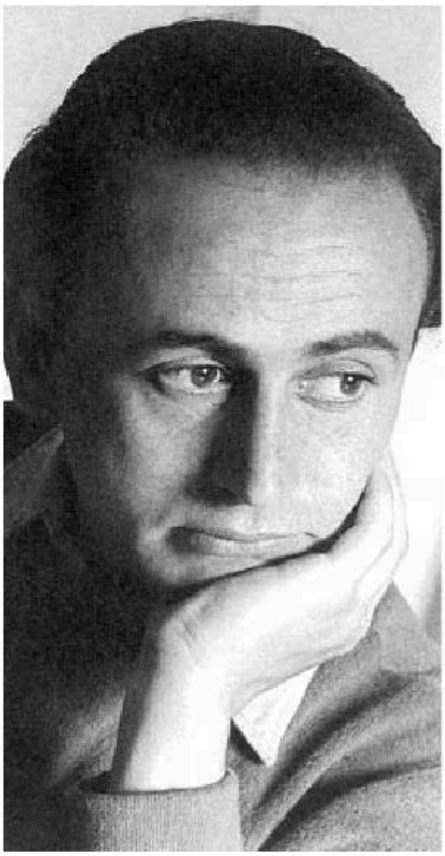
E. de H.: Bueno, es una cuestión de criterio, a vos te gusta la montaña, a mí me gusta el mar, una casa en cada lado sería lo ideal, vos por un lado, yo por el otro (*ríe*). Telón rápido.

Arte y genocidio

Publicada el 7/3/99

Por Juan Gelman

El debate en torno de *La vida es bella*, de Roberto Begnini, y al happening que no fue de Charly García abre un tema que parece imposible resolver teóricamente: el de la expresión en el arte de la realidad del horror, ya se trate de la Shoah o del genocidio argentino. Una de las dificultades consiste en que se suele recalar en el falso antagonismo "libertad del artista"/"ética del dolor", como si fueran términos enemigos. Otra dificultad: algunos piensan que lo importante es que el arte hable del horror, aunque mal o pobremente, como si la representación artística no pudiera usurpar el objeto que representa. Esto último quedó muy claro en el film *La lista de Schindler*. Sin mengua de la habilidad y el eventual valor con que el Schindler real rescató la vida de más de mil judíos, el mensaje de la película es desvirtuador: la Shoah no fue la lucha entre el Bien y el Mal, fue el triunfo del Mal. No fue la salvación de los judíos, sino su aniquilamiento. La película está teñida de una fantasía filantrópica muy al gusto de Hollywood –el don puede ser "un bien absoluto", dice Stern, el contador de Schindler– y éste se reprocha no haber vendido su auto para salvar a diez judíos más, ni su anillo de oro para salvar a otros dos. En suma: si con algo así como un millón de dólares Schindler pudo salvar a más de mil judíos, con mil millones de dólares hubiera salvado a más de un millón de judíos y con seis mil millones de dólares la Shoah no hubiera sido. El enfoque de Spielberg es de capitalista filantrópico y perfectamente obsceno: las "buenas obras" serían el único remedio para curar males sociales, apaciguar rebeldías provocadas por las desigualdades brutales del sistema vigente y calmar malas conciencias. Un paréntesis. Así como en la Argentina lo cierto es hablar de "genocidio" y no de "excesos" de la dictadura militar, corresponde nombrar "Shoah" y no "Holocausto" al exterminio de judíos por los nazis. El aura de "holocausto" remite a "un acto de abnegación que se lleva a cabo por amor", según la Real Academia, o a una "renuncia a algo o entrega a algo muy querido o de sí mismo para lograr un ideal o el bien de otros", según María Moliner. Nada más lejos de lo que sucedió en los campos de concentración y los hornos crematorios nazis. "Holocausto" acentúa además la aparente sumisión a



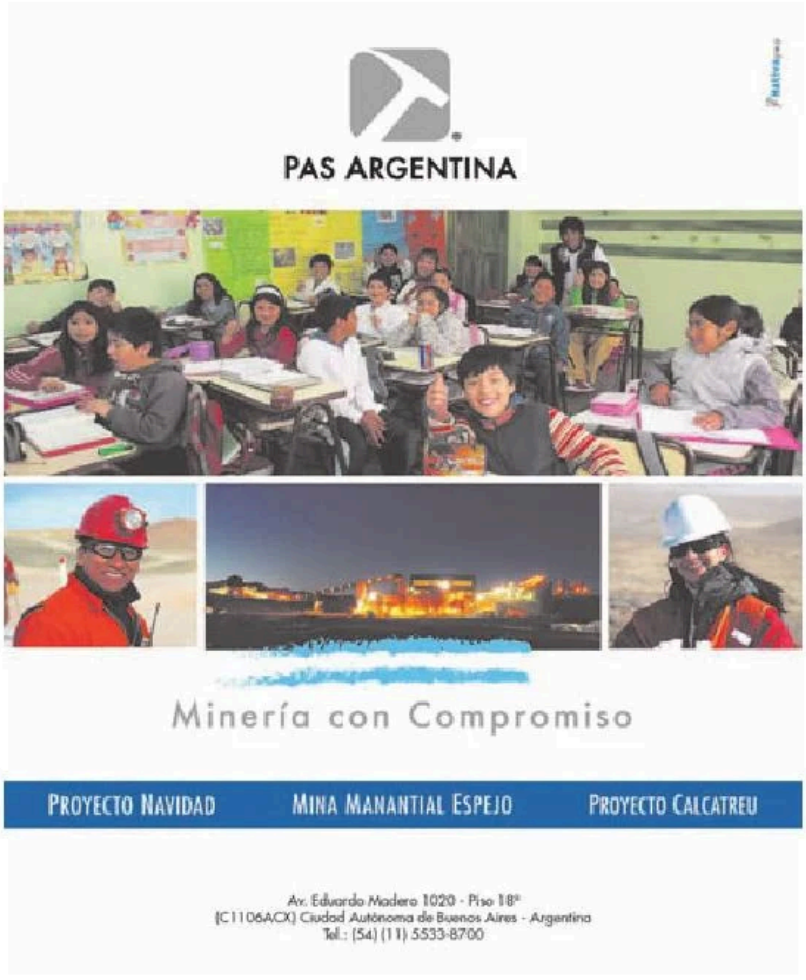
su destino de los judíos prisioneros, borra sus actos de resistencia silenciosa y solidaridades cotidianas, ignora a quienes atacaban a los SS con botellas o a mano limpia cuando eran arrastrados a la cámara de gas, como testimonia Hermann Langbein, austriaco sobreviviente de Auschwitz, en *Contra toda esperanza*. La palabra hebrea "shoah" refiere la destrucción total y evoca el desierto vacío. Es lo que ocurrió, lo que los propios nazis llamaban "vernichten", que significa literalmente en alemán "reducir a la nada". La Shoah asestó un golpe mortal a la creencia positivista en el progreso humano, hoy apenas recubierta con el harapo neoliberal. Fue, como bien dijo Lyotard, un sismo tan poderoso que descalabró todos los instrumentos de medición. ¿Cómo podrá expresarlo el arte? Adorno pretendió que después de Auschwitz no era posible ya escribir poesía. ¿No será que después de Auschwitz –o después de la dictadura militar que padecimos– no se puede ya escribir poesía como antes? ¿Ni pensar como antes? Con toda razón señaló Jack Fuchs en estas páginas que "la Shoah desafía al arte". El genocidio argentino, también. ¿Cómo dar cuenta artísticamente de esas catástrofes? ¿Hasta qué punto su representación está tironeada por la doble necesidad de recordar y de olvidar? ¿Es posible decir lo indecible? ¿En qué lugar confluyen la libertad artística y la ética del dolor para que el dolor sea libre y ética su representación? ¿No hay otro acercamiento artístico al horror que el indirecto? Las respuestas sólo pueden encontrarse en la obra de cada creador. No se conocen las que hubiera ofrecido el proyecto irrealizado de Charly García. El nazismo privó al gran poeta judío Paul Celan de padres –"soy hijo de una madre muerta"–, de país –Rumania–, de amigos, y lo marcó indeleblemente. La Shoah no sólo asoma en poemas suyos sobre los campos de concentración como el estremecedor Todesfuge: también arde en los silencios que sostienen su palabra. Así explicó alguna vez Celan la relación entre esas mutilaciones y su poesía: "Alcanzable, cerca y no perdido, quedaba algo entre las pérdidas: el lenguaje. Eso, el lenguaje, quedaba, no perdido, y sí a pesar de todo. Pero tuvo que pasar a través de su propia falta de respuestas, pasar a través de su callarse pavoroso, pasar a través de las mil oscuridades del habla portadora de muerte. Pasó y no trajo palabras para lo que había acontecido; pero pasó a través de lo que había acontecido. Pasó y pudo volver a la luz 'enriquecido' por todo eso". En Celan, la palabra se alza libre en la prisión de la tragedia.

Miedos

Publicada el 1/7/99

Por Juan Gelman

Víctor Frankenstein y su monstruo nacieron de una pesadilla de Mary Shelley. La mujer del gran poeta inglés y creadora de un mito que aún nos visita soñó con "un estudiante pálido" que revive a un muerto, se duerme, y al despertar descubre que "esa cosa" lo observa desde arriba con "ojos amarillos, lacrimosos, pero mirada pensativa". Se despertó aterrada y quiso "cambiar la espantosa imagen de mi fantasía por las realidades de mi entorno. Todavía las veo: el cuarto, el parquet oscuro, los postigos cerrados por los que batallaba la luna para entrar, y la sensación de que más allá estaban el lago cristalino y los Alpes blancos, altos". Era la habitación donde la escritora dormía sola en el frío verano suizo de 1816. La novela, *Frankenstein o el Prometeo moderno*, se publicó dos años después. Quién sabe cómo el sueño pasa a la escritura. Seguramente por las vías de la imaginación, que desmonta y reconstruye el espanto de la pesadilla. Mary Shelley convirtió al pálido estudiante en el doctor Víctor Frankenstein, que da vida a un monstruo tan sobrecogedor como la realidad que recibió al dejar atrás su pesadilla. En el siglo XIX se leyó esa novela como una admonición: se condena a sí mismo el ser humano que pretende usurpar los poderes de Dios. De manera parecida la interpretó hace pocos años el director Kenneth Branagh en la película que Robert De Niro protagoniza en calidad de monstruo. Con moraleja incluida; la penúltima escena del film –los funerales de Frankenstein– soporta esta advertencia: a más conocimiento, más dolor. Es una lectura equivocada de Frankenstein. Un aspecto fascinante de esa invención consiste en el metódico trastorno de las expectativas del lector. Frankenstein parece al comienzo una suerte de héroe de la ciencia que se interna sin miedo en campos desconocidos; a medida que la narración avanza, despliega un egocentrismo ciego y causante del oleaje de muerte que devasta a su propia familia. Su criatura empieza como monstruo, pero su inocencia –o ignorancia– natural, contraria al pecado original, evoluciona hasta conocer el Mal, el que impera en la sociedad, en su creador y, más importante aún, en el mismo. La novela es, en realidad, una parábola que contradice al statu quo: habla del uso despótico del poder –gubernamental, científico, social, familiar–, que desemboca en la crueldad contra los débiles y los desprotegidos. Al final se simpatiza con el monstruo, más lúcido y humano que el humano Frankenstein. "La invención (literaria), hay que admitirlo humildemente, no consiste en crear desde el vacío, sino desde el caos", escribió Mary Shelley en el prólogo de la edición corregida del texto que se publicó en 1831. Soñaba –despierta– con un nuevo sistema de valores basado en el amor, no en el poder. Pensaba que sólo explorando esa tierra incógnita con la imaginación se podría erigir el mundo igualitario que su marido, sus padres y ella misma querían. El caos era el mundo injusto, sacudido por guerras y voracidades coloniales, por la rapacidad de la burguesía, por la revolución industrial continua, y en el plano ideal, por la contradicción cada vez más desnuda entre el racionalismo del Siglo de las Luces y el irracionalismo de sus partos, que empujaban a los refugios del romanticismo. Y al pavor de la incertidumbre. En 1931, en medio de la crisis más brutal que atravesó Estados Unidos, Hollywood estrenaba el *Frankenstein* de Boris Karloff y el *Drácula* de Bela Lugosi. No parece casual. Tampoco la serie de vampiros, el *Drácula* de Coppola de 1993 incluido, que chupan sangre con insistencia en las pantallas grande y chica –para no hablar de otros terrores, extraterrestres y demás– en los finales de un siglo castigado por genocidios atroces –la Shoah, Hiroshima y Nagasaki, de kurdos y camboyanos, panameños, argentinos, tantos otros–, que no conoció un solo día sin guerra, grande o chica, y que jadea amenazado por el sida, desestabilizado por la globalización y por la destrucción inconsentida de la Naturaleza. Es notable que otros dos grandes mitos del horror se hayan plasmado en creaciones literarias acuñadas por un sueño. Bram Stoker escribió su *Drácula*, publicado en 1897, obsedido por la siguiente pesadilla: un hombre indefenso es atacado por tres vampiras sedientas de sexo mientras el vampiro jefe lo reclama al grito de "ese hombre es mío". La que agobió a Robert Louis Stevenson le trajo completa la historia que explayó en *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* (1886), novela que escribió en tres días. No escasean las explicaciones freudianas, antifreudianas y aun junguianas de la relación pesadilla-escritura en estos casos. Mary Shelley habría expresado el trauma del nacimiento prematuro y muerte de su hija, y del fallecimiento de su madre a los 12 días de darla a luz. Bram Stoker habría dado salida a inseguridades acerca de su masculinidad. Stevenson, a las marcas que su nodriza, ferosmente escocesa y presbiteriana, le infligió con sus letanías sobre las llamas del infierno y la condenación del pecador. Pero ésa es una manera de achicar las resonancias del afuera en una escritura sensible. Lo cierto es que las ideas y las imágenes de horror que aportó el romanticismo de fines del siglo XVIII guardan intacto su poder de interlocución con los miedos más profundos de dos siglos después. ¿La felicidad consistirá en extirparlos? ¿Habrá que cambiar el mundo, entonces?



Publicada el 29/8/99

Scott y Hem

Por Juan Gelman

Se cruzaron por primera vez en París en 1925 y se cayeron bien. Scott Fitzgerald tenía 29 años; Ernest Hemingway, 26, y París era una fiesta. En la tan mentada Rive Gauche, margen izquierda del Sena, se apiñaban jóvenes artistas y escritores yanquis que, al volver a casa del frente italiano o francés, encontraron a su país peor de como lo habían dejado. Un provincianismo filisteo, el puritanismo, la Prohibición, hacer dinero como meta de la vida eran las dominantes nacionales. De ellas huían estos jóvenes –Gertrude Stein los bautizó con sorna "la generación perdida"– que, marcados por la muerte a distancia que propinaba la aviación, soñaban imprecisamente con un mundo mejor hecho. Más que autoexiliados eran refugiados. En París podían vestir, escribir, beber como querían, ningún vecino molestón iba a estigmatizar sus aventuras amorosas y la ciudad era barata. La crisis del '29 cerró el salón y se acabó la fiesta. El año de su encuentro con Hemingway, Scott Fitzgerald publicaba *El gran Gatsby* –su mejor novela, un relato único sobre la destrucción paulatina del idealismo ingenuo– y moraba en el pináculo de la fama que le había procurado la primera, *Este lado del Paraíso*. En Nueva York recibía mimos de los círculos literarios –lo consideraban "la voz de su generación", la desilusionada–, ganaba buen dinero con sus cuentos y había conseguido casarse con Zelda, la novia que lo rechazó cuando él era pobre y desconocido. La pareja reincidía en bares clandestinos, fiestas y voluminosas borracheras que continuaron en París. Hemingway radicaba allí como corresponsal del diario *The Toronto Star*, había viajado mucho y aprendido no poco de su oficio. Le gustaba cazar, esquiar, pescar, boxear y en 1925 veía la luz su primer libro, *En nuestro tiempo*. Entre Scott y Hem –que así lo llamaban– nació entonces una amistad sin rivalidades, de hermanos en la escritura, apasionadamente volcados a su arte. La relación no tardó en ladearse. Fitzgerald tomó candorosamente a Hemingway como su "conciencia literaria", aunque no sólo a encontrar editor lo ayudaba: leía cuidadosamente sus originales y le fue generoso en consejos y observaciones inteligentes que, sin duda, contribuyeron al logro de *Adiós a las armas* y otras novelas de Hem. Este no leía los manuscritos de Scott, hacía críticas sobre su obra publicada y rápidamente asumió el lugar de superioridad como escritor que le cedía Fitzgerald, al que empezó a tratar con condescendencia. Lo pintó burlonamente en el personaje del escritor fracasado que surca las páginas de *Las nieves del Kilimanjaro*, un retrato que hirió a Scott. Quien en 1937 registró en su diario que sólo se había visto con Hemingway cuatro veces en 11 años: "No somos realmente amigos desde el '26", subrayó. Parece haber previsto que, después de su muerte, Hemingway se encargaría, como se encargó, de distribuir anécdotas de Fitzgerald perversas y abaratadoras, también probablemente inexactas. No se conocen las razones de ese resentimiento. Es verdad que odiaba que Scott "despilfarrara su talento" en fiestas y night clubs, y nunca le dio su dirección en París para que no le cayera borracho. Es verdad que detestaba a Zelda, que había empezado a navegar por desórdenes mentales y a la que creía responsable del alcoholismo de Fitzgerald: "Lo único que le permitirá a Scott volver a ser un escritor es la muerte de Zelda", decretó. Es verdad que además lo molestaban algunas críticas del compatriota: al margen de una carta en que Fitzgerald le señala que, a su juicio, sobraba cierta escena en un manuscrito de Hemingway, éste anota una expresión equivalente a nuestro "chupame los huevos". Y la firma: "EM". Lo cierto es que los dos hombres soportaban más de un contraste. Uno, alcohólico; el otro, amante del deporte. Fitzgerald siempre preocupado por su mujer, aunque enamorado de otra. Hemingway cambiando de camisa con la misma facilidad con que cambiaba de esposa. Ambos se encontraron en el cruce de dos curvas: la ascendente de Hem como escritor dominante de la época coincide con la declinante de Fitzgerald. "Hablo con la autoridad del fracaso, Ernest con la autoridad del éxito", dijo Scott en los '30: había tardado 9 años en pasar de *El gran Gatsby* a su cuarta novela, *Tierna es la noche*, publicada en 1934. Los dos supieron, sin embargo, enviarse cartas y telegramas cariñosos, a veces no exentos de burlas machistas. En una misiva, Fitzgerald pide a Hemingway que le relate sus aventuras más recientes y estampa: "Oí que terminaste una novela de cien mil palabras hecha únicamente con la palabra 'pelotas' usada en combinaciones diferentes". Hemingway responde con un "viriliamo" aún más exacerbado: "Querido Scott: siempre me alegra tener noticias de un hermano pederasta... He dejado el juego de escribir por el juego de cafishear... Junté un lindo lote de muchachas, 'les girls' en palabras francesas, y cuando vengas con la Sra. en primavera podré ofrecerte descuentos muy interesantes". En su última carta, fechada en noviembre de 1940, un mes antes de morir, Scott felicita a Hem por su novela *Por quién doblan las campanas*; le dice: "Te envidio como los mil demonios y no hay ironía en esto". Hemingway era más duro con Fitzgerald. En 1936 le escribía al editor Maxwell Perkins, al que Scott había recomendado a Hem: "Fue terrible que (Scott) amara la juventud tanto que saltó de la juventud a la senilidad". Pero Fitzgerald no andaba tan anciano de escritura: dejó sin terminar una novela en cuyas páginas tiemblan el mismo fulgor y la misma intensidad que irrigan a *El gran Gatsby*. Los dos tuvieron una muerte abrupta. Hemingway se suicidó con un disparo de fusil en la boca. Un ataque al corazón mató a Fitzgerald. Había fracasado como guionista en Hollywood y sus libros no se vendían. El último cheque por derechos de autor que recibió era por 13,13 dólares.

Afinidades

Publicada el 25/11/99

Por Juan Gelman

Nadie sabe qué pasa por la cabeza de ciertos académicos. Por la del profesor estadounidense Albert Goldman, por ejemplo, muy respetado especialista en Thomas De Quincey, que hace unos años cometió una enjuta biografía de Elvis Presley. Es verdad que, haciendo a un lado ciertos pormenores –la nacionalidad, uno inglés, el otro yanqui; el siglo y medio exacto que separó los nacimientos respectivos; el oficio, uno, polígrafo entendido en historia, geografía, psicología, economía, metafísica alemana; el otro, cantante de rock–, no deja de haber afinidades: ambos consumían drogas en apreciable cantidad. De Quincey se hizo famoso en 1821 con su libro *Confesiones de un opiómano*, con el que intentó, desde adentro de la experiencia, advertir al lector sobre los peligros de esa adicción y el daño social que infligía. Este "opiómano asiduo y confirmado" –se autocalificó– aventura en esas páginas que, para él, "todo eso quedó atrás". Mentía, desde luego: hasta el fin de sus días era posible verlo, a veces, visitar con frecuencia la garrafa llena de láudano que se colgaba al hombro. Cuando Elvis murió, se supo que su médico le había recetado unos 9 mil comprimidos de anfetaminas, sedantes y narcóticos de enero a agosto de 1977, un promedio de 37 por día. No es fácil imaginar de dónde sacaba tiempo para cantar. El "coronel" Tom Parker, su representante, lo ayudó mucho a desperdiciar los milagros de su voz. En los años '60, cuando la música popular acuñada por los negros ganaba riqueza y espacios en EE.UU., el que enloquecía a multitudes tuvo que actuar en películas de quinto orden interpretando canciones perfectamente olvidables como "No hay lugar para la rumba en un auto deportivo". El "coronel" ganaba más que su representado, insistía en hacerlo trabajar. Lamar Fike, uno de los ayudantes más cercanos del cantante, lo recordó actuando en Las Vegas los siete días de la semana, a dos shows por noche, durante un largo mes: "Estaba tan cansado que se ponía bisco. Por eso le daba a la droga, para aguantar". Elvis ingería píldoras de todo tipo y catadura, incluidas vitaminas y tabletas desodorantes de clorofila de esas que se usan para el baño, con la misma voracidad con que comía. Tal vez tenía fe en lo que le entraba por donde salía su talento. En *Elvis Aaron Presley*, una biografía de Alanna Nash et al, se recoge el testimonio de Marty Lacker y Billy Smith, otros dos colaboradores íntimos del ídolo, al que seguían por una lealtad a toda prueba y no por sus sueldos, increíblemente bajos. Los años de claustrofobia de Elvis no lastimaron esa devoción, aunque su comportamiento era cada vez más extraño. Una vez los mandó a comprar diez diccionarios y diez cuadernos y lapiceras porque había descubierto que las palabras entusiasman. Reunidos, Elvis abría un diccionario, se detenía en una palabra y la pronunciaba separándola por sílabas. "Y entonces nos pasábamos el día repitiéndola en voz alta", Lacker rememoró. Muy pegado a su madre –lo acompañó a la escuela hasta sus 15 años–, Elvis casi enloquece cuando ella falleció. Le presentaba en el ataúd a quienes llegaban al velorio: "Aquí está Eddie, ma. Lo conociste en Texas". Odiaba a los drogadictos y consideraba que su espesa adicción propia era de otra categoría porque recetas médicas la legalizaban. Soñó con pertenecer al cuerpo de represión del narcotráfico y se entrevistó con Nixon sobre todo para pedirle la chapa de agente federal. Se la dieron, pero el único arresto que hizo en su vida fue bastante lamentable: detuvo a Hamburger James, inofensivo miembro de su séquito encargado de comprar hamburguesas, de quien sospechaba que le había robado ciertas fotos comprometedoras. En sus últimos años, Elvis nunca salió de su casa sin un farolito de policía en el techo del auto, linterna y bastón de reglamento y varias pistolas. "Aquí vamos, a servir a la ley y el orden", dijo Fike que Elvis decía. Se ignora si esa voluntad imperiosa dimanaba de su fascinación infantil por las historietas del Capitán Marvel, pero éstas quizás hayan impuesto la capa al look del cantante en los '70. Este ex chofer de ómnibus de Memphis, que se hizo solo y famoso de golpe en 1956, no se llevaba bien con los '60. Apoyó con énfasis la guerra de EE.UU. contra Vietnam, se quejó de los hippies, les criticó la falta de respeto a la bandera nacional y su cultura drogadicta. Repudiaba el uso de la heroína en especial, y cuando empezó a consumir dilaulida, que es más fuerte, se la hacía inyectar por otro. El no se autoinyectaba, no era un junky cualquiera. Tuvo un final patético. Cito a Phil Baker: "Un poco de alta cultura es bueno para los ricos; les confiere un aura de decoro y dignidad y les ofrece algo en qué gastar su dinero. Pero Elvis nunca la tuvo, y nunca gozó de su protección contra la anomia de hamburguesas infinitas. El mundo se ahorró la existencia de la Colección de Arte Elvis Presley, pero bien podría haberle salvado la vida". Sí.

Mesianismos

Publicada el 24/9/00

Por Juan Gelman

Abundan en Jerusalén, sobre todo en este fin de milenio. Suelen ser turistas y se creen súbitamente Jesucristo, el rey David, la Virgen María o María Magdalena –según el credo de cada quien– por un rato. A veces siempre, como el judío canadiense que practicaba pesas y culturismo, se convenció de que era Sansón y fue a la Ciudad Santa con la misión autoasignada de remover una piedra del Muro de los Lamentos para instalarla en su sitio original. Todavía es Sansón en el hospital psiquiátrico Kefar Shaul, donde lo atienden y el doctor Carlos Yair Bar-El, judío uruguayo, estudia lo que se ha dado en llamar "el síndrome de Jerusalén". Es que la ciudad sagrada para las tres religiones monoteístas más importantes del mundo tiene un influjo particular, aun en quienes se creen muy ateos. Casi imposible no conmoverse ante la Torre de David, los vestigios del Segundo Templo, la Vía Dolorosa, el Santo Sepulcro, la mezquita El-Aqsa, la visión del Monte de los Olivos mientras el crepúsculo asciende desde un llamado a la oración hacia La Meca que resuena lejos. Se siente el peso de la historia y de la tradición judeocristiana de Occidente. Las estadísticas lo dicen: la aplastante mayoría de los atacados por el síndrome –sobre todo, protestantes– son europeos (35 por ciento) y norteamericanos (60 por ciento). El resto se reparte entre asiáticos y latinoamericanos. Esos pujos de encarnación bíblica afectan a personas perfectas –o aparentemente– equilibradas. Se cuenta el caso de un turista alemán que en los años '80 realizaba un plácido crucero por el Mediterráneo, pasó por Grecia deslumbrado, en Jerusalén lo visitó el síndrome y siguió con normalidad su viaje por Egipto tras una breve internación en uno de los departamentos de salud mental en que el personal médico de los hospitales de la ciudad investigan y atienden estos casos. Algunos originan fugaces actos de colaboración palestino-israelí como el del muchacho que, sin documentos ni un peso y cubierto con una piel de animal, vagaba por el desierto de Judea. Lo encontró la policía palestina y pidió ayuda al ejército israelí. "¿Usa una piel de animal?", fue la pregunta. Y la siguiente: "¿Es que todavía no saben que se trata de San Juan?". Sí: el joven protestante se empeñaba en reproducir los días de formación y purificación que el Bautista vivió en el desierto antes de bautizar a Jesús en el río Jordán. Este fin de milenio –como el anterior– abona creencias en la resurrección de los muertos, el advenimiento del Mesías, la irrupción del Apocalipsis. Grupos de fundamentalistas cristianos, en especial de Estados Unidos, vendieron todos sus bienes para instalarse en Jerusalén a esperar la llegada del Tiempo. La secta de los Cristianos Preocupados, de Dallas, planeó llevar a cabo suicidios colectivos para recibir a los resurrectos y algunos de sus miembros fueron deportados por las autoridades israelíes. Claro que estas vehemencias mesiánicas palidecen frente a las del pasado. Para no hablar del sabatianismo, ese formidable movimiento religioso de masas que sacudió a la diáspora judía en el siglo XVII y creó la paradójica figura del mesías apóstata, un Sabbatai Zevi que en 1665 se proclama enviado de Jehová y al año siguiente se convierte al Islam ante el sultán de Turquía: curiosamente –o no–, el siglo XIX presenció establidos mesiánicos de signo judío, musulmán y cristiano en países alejados entre sí y de entornos sociopolíticos, económicos y culturales muy distintos. Véase el Yemen. Faqih Sarid se autoproclama "Madhi" ("el que es guiado" por Alá), acuña moneda propia con la inscripción "El Liberador Esperado" en una cara y "Soberano del Orbe" en la otra, declara que su misión es purificar la fe de Mahoma, abolir los impuestos y echar a los infieles (las tropas británicas) de Adén, ocupa con sus partidarios buena parte del país y el imán lo decapita en 1840. También los 80 mil judíos yemenitas esperaban su mesías. Tuvieron varios: Shukr Kuhayl I, que despertó un movimiento en 1861-1865 y fue decapitado; Shukr Kuhayl II (1868-1875), que se dijo reencarnación del I; Joseph Abdalla (1888-1893), que se apoyó en la tradición judía, pero incorporó elementos de la escatología y la mística musulmanas. El mesianismo judío del Yemen tuvo un claro sentido político: estaba dirigido contra los ocupantes británicos de Adén y los usurpadores otomanos del país. La rebelión de los Taiping (1850-1864) nació signada por el cuño protestante. Hong Xiuquan, su mesías, se había encontrado con la misión de purgar a China de manchúes, seguidores de Confucio, ladrones, esclavistas, fornicadores y "otros demonios". Creó un ejército que tuvo hasta un millón de hombres y mujeres bien disciplinados –en general, campesinos pobres atraídos por la promesa de un reino milenario de igualdad, paz y justicia– y se apoderó de un vasto territorio del país. No escasearon los levantamientos campesinos de tinte mesiánico en la vieja China, empujados por la opresión y la miseria, pero en vez de asumirse como Maitreya –el Buda que será–, Hong se presentó como el hermano menor de Jesús y, desde luego, también Hijo de Dios. Se dio el lujo de revisar la Biblia y los Diez Mandamientos. Anunció que, en visita especial a la Tierra, Dios y Jesús habían cambiado de idea y aprobaban ya la poligamia, de modo que Hong amontonó 88 mujeres en su harén. Su prédica, con aspectos que recuerdan el comunismo primitivo, produjo en 14 años más conversiones al cristianismo que casi 3 mil misioneros occidentales en todo el siglo XIX. La rebelión costó millones de vidas. El siglo XX no se ha librado del fenómeno. Los mesianismos de entonces han sido reemplazados hoy por otro aún más mortífero: su dios es el mercado libre y el poder político, su profeta.

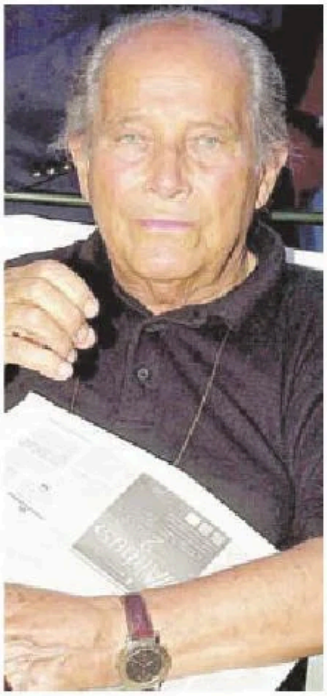
Publicada el 22/10/00

Por Juan Gelman

Revi no hace mucho *La batalla de Argel*, film que dirigió Gillo Pontecorvo y que pinta con mano maestra la lucha del movimiento de liberación argelino contra el represor colonial francés. Se estrenó en 1966 y desde entonces se han producido no pocas películas de tema político –algunas en torno de personajes como Truman, Stalin o Patton, otras sobre el asesinato de Kennedy o la corrupción en la Casa Blanca–, pero con pocas excepciones, la de Ken Loach, por ejemplo, nadie osó internarse en el subsuelo de esas luchas como Pontecorvo. El director italiano no consiguió financiación y tuvo que formar su propia compañía, la Igor Film, para acometer la empresa. La cumplió con un presupuesto de apenas 800.000 dólares. Filmada en blanco y negro con cámaras manuales, la película se asemejaba tanto a un noticiario que su distribuidor en Estados Unidos se sintió obligado a anunciarla como "una reconstrucción dramática de la batalla de Argel" y a asegurar que ni un solo centímetro de la obra era documental. Corría la década de los '60 y el film tuvo efectos. Se prohibió en Francia. Los fascistas franceses cruzaban el Canal para poner bombas en los cines donde se proyectaba. Los críticos franceses que la vieron estimaron que Pontecorvo alimentaba simpatías por el teniente coronel Philippe Mathieu, jefe de los paracaidistas coloniales. El fiscal de un proceso contra trece miembros de los Panteras Negras que tenía lugar en Nueva York la mostró completa al jurado argumentando que los acusados la utilizaban para entrenarse en tácticas de guerrilla. Había para todos los disgustos. *La batalla…* fascinó al productor yanqui David Puttnam y su éxito lo movió a pensar que Pontecorvo debía dirigir un film épico sobre la Larga Marcha que en 1934-35, bajo la conducción de Mao Tse-tung, llevó a cabo el Ejército Rojo chino. Fue –y es– un tema verdaderamente épico: 100.000 hombres partieron del sureste de China, cruzaron 18 cadenas montañosas y 24 ríos bajo el bombardeo constante de la aviación nacionalista de Chiang Kai-shek, y caminaron 10.000 kilómetros hasta instalar una base roja

Dudas

en el noroeste del país. Llegaron 8000, el núcleo de las fuerzas comunistas que 15 años después entrarían victoriosas en Beijing. Para convencer a varios ejecutivos de Hollywood de que Pontecorvo era el director que el film necesitaba, los invitó a una proyección de *La batalla de Argel*. Cuando se encendieron las luces, se retiraron sin decir una palabra. United Artists, sin embargo, contrató a Pontecorvo para dirigir *Queimada*, la historia de una rebelión independentista negra en una isla caribeña bajo sujeción española. El film rebasó el presupuesto fijado y la empresa se asintió en condiciones de imponer cambios: temiendo que se prohibiera en España, tornó portugués el dominio colonial –aunque Portugal nunca tuvo posesiones en el Caribe–, exigió que se editara en un plazo de ocho semanas y cortó 25 minutos de la versión final mediante el simple procedimiento de guillotinar metros de película de la terminación de cada rollo. Aun así, *Queimada* y *La batalla de Argel* siguen siendo –al decir de Edward Said– "las dos películas de tema político más extraordinarias que se hayan hecho jamás". Pontecorvo conocía en carne propia los avatares de la lucha guerrillera: afiliado al Partido Comunista italiano en 1940, a los 19 de edad, in-



gresó dos años después en la resistencia antifascista armada y terminó comandando la Tercera Brigada de partigiani que liberó Milán del yugo nazi. La película *Paisà* de Rossellini lo impresionó de tal modo que abandonó sus quehaceres periodísticos y fotográficos y empezó a filmar documentales en 16 mm sobre la vida de los pescadores y campesinos junto a los cuales había combatido. En 1959 dirigió *Kapo*, una de las primeras películas sobre la Shoah, que todavía influye en el abordaje del tema. Esto es advertible en *La lista de Schindler*, con una diferencia: *Kapo* no tiene héroes individuales, sino colectivos. Otros directores –Eisenstein, Frits Lang, Rossellini– practicaron las escenas de masas, pero ninguno como Pontecorvo les dio a éstas el papel protagónico que tuvo el coro en la tragedia griega. Para ello prefería gentes reales en vez de extras. Ese personaje-coro reapareció en *Queimada* con un solo actor profesional entre sus filas, el francés Jean Martin. Diez años después, Pontecorvo dirige *Ogro*, film fallido sobre el atentado de la ETA que terminó con el almirante Carrera Blanco, ministro del Interior de Franco. Y luego, el silencio. En un documental de 1990 para la TV francesa, Edward Said especuló que las preferencias de Pontecorvo –temas políticos y actores no profesionales– asustaban a los productores. Habrá algo de eso. Y, sin duda, algo más. Después de *Ogro* y de abandonar en 1975, a las dos semanas de iniciada, la filmación de Mister Klein –no le parecía que Alain Delon tuviera el tipo de judío perseguido por los nazis en París–, Pontecorvo rechazó más de 60 guiones, 35 de ellos, propios. "Empiezo a escribir un argumento –confió a un amigo– y me entusiasmo. A los dos meses me pregunto ¿para qué hacer este film? Ahí se termina." Tal vez se habían terminado, además, otras cosas. Preguntado por qué nadie en Italia –y no sólo– hacía películas de tema político serias, contestó: "Nuestras certezas se han disipado. Y para hacer una película épica, aunque uno esté equivocado con la idea en que se basa, es imprescindible creer firmemente en ella. Existe entonces la posibilidad de una comunicación. Hoy todo el mundo tiene dudas". Sí. Eduardo Galeano recordó esa pintada impresa en una pared de Quito que decía hace años: "Cuando tenía respuestas para todas las preguntas, me cambiaron las preguntas". Padecemos la globalización y el socialismo real se ha derrumbado. Habrá que imaginar otro.

FINANCIAL TIMES | THE VANCOUVER SUN | NEW YORK POST | THE KOREA TIMES | WINE ENTHUSIAST | IBERIA | The New York Times | WINE BUSINESS | The Boston Globe

MENDOZA PARA EL MUNDO

Nuestra Provincia reconocida
por la prensa especializada internacional.

| REVISTA IBERIA | ESPAÑA | WINE BRASIL | BRASIL | WINE ENTHUSIAST | EEUU | FINANCIAL TIMES | EEUU | DIARIO PERU | PERÚ | LA TERCERA | CHILE

mendozainvest.com | MendozArgentina

Cavilaciones

Publicada el 20/9/01

Por Juan Gelman

Los atentados en Nueva York y Washington no tienen justificación ideal posible. Los encargados de la limpieza del Trade World Center no dieron la orden de invadir Panamá, Granada, etc., ni la de derrocar al presidente Allende, etcétera. Las empleadas de sus oficinas no planearon la Operación Cóndor, ni el bombardeo de Yugoslavia, Sudán, etcétera. Alegrarse de que Estados Unidos "ha recibido una dosis de su propia medicina" es profundamente inmoral. Como inmoral ha sido la muerte de civiles panameños, guatemaltecos, sudaneses, chilenos y otros conosureños, yugoslavos, etc., inducida y/o ejecutada por la primera potencia mundial. Sólo que en estos últimos casos no se resó en todo el mundo por las víctimas.

El terrorismo tampoco tiene justificación política: no es una política, es una antipolítica y no propone alternativas, más bien las cierra. Existe porque hay opresión y la necesita para ser.

La guerra que propone el presidente Bush tiene idéntica motivación y usa el manto de la lucha del bien contra el mal. Kafka tiene una vez más razón: "La mentira se ha convertido en el orden mundial", dijo.

Mohammad Omar, líder espiritual de los talibanes, pregonó a su vez que Afganistán está preparado para la guerra santa contra el mal. Los fundamentalismos se espejan.

El gobierno estadounidense ha proclamado que esa guerra no sólo está destinada a Osama bin Laden sino a todos los terroristas y a todos los países que los cobijan. ¿Habrá también castigo para la población de Libia, Irak, Siria, Irán, Sudán, etcétera? ¿Se quiere atizar la Jihad islámica? ¿Se busca que el mundo se encoja de temor? ¿Se pretende que no haya más Seattles ni Génovas? ¿Que cierren su protesta los globalifóbicos? ¿El gobierno de Bush capitaliza así la horrible muerte de miles de compatriotas? ¿Es además capitalista del horror?

El presidente Bush anunció que el concepto de normalidad cambiará en adelante de significado en Estados Unidos. No se trata sólo de medidas en los aeropuertos: el procurador general John Ashcroft está pidiendo al Congreso que se otorgue más poder a los servicios de inteligencia y a las fuerzas de seguridad, que la CIA pueda, por ejemplo, reclutar a represores locales y extranjeros aunque sean notorios violadores de los derechos humanos, que se incremente la intervención clandestina de teléfonos, que se puedan llevar a cabo ejecuciones extrajudiciales de líderes políticos de otros países. El Senado aprobó ya el espionaje de comunicaciones electrónicas. En defensa de la democracia, Washington vuelve a recortarla. Parodiando a Jonathan Swift, se podría decir que la mejor manera de no lastimar a la democracia es terminar de una buena vez con ella.

El criterio de la seguridad prevalece sobre la observancia de las libertades civiles, las garantías individuales y el derecho a la privacidad. ¿Seguridad para quiénes? No existió para los civiles neoyorquinos. No existirá para los civiles afganos.

El centro Southern Poverty Law, que alerta sobre los brotes de racismo en EE.UU., registró en su informe del 2000 la existencia en el país de 602 "grupos de odio" activos: ku-klux-klanes, fundamentalistas, neoconfederados, skinheads, otros, muchos de ellos armados y muchos con justificaciones cristianas para perseguir a negros, latinos, árabes, asiáticos, judíos, todos habitantes de una nación que se creyó un meltingpot y que padece de segregacionismo interno. El presidente Bush no tiene la casa limpia. ¿La bombardeará para limpiarla?

Se prepara una guerra mundial contra el terrorismo sin rostro, declarada por el máximo representante institucional de otro terrorismo sin rostro: el mercado. Pueblos que sufren el último seguirán pagando los costos del primero.

Susan Sontag al diario parisino *Le Monde*: "...no se trató de una 'cobarde' agresión contra la 'civilización', la 'libertad' o la 'humanidad' ni contra el 'mundo libre', sino de una agresión contra Estados Unidos, superpotencia mundial autoproclamada, una agresión que es la consecuencia de ciertas acciones y de ciertos intereses estadounidenses".

Los estadounidenses deberían entender "de una vez por qué tantas personas detestan a su país", confió Norman Mailer al diario alemán *Welt am Sonntag*. "Mientras Estados Unidos no comprenda el daño que causa insistiendo en imponer el american way of life a todos los países, estaremos en problemas. Seremos la nación más odiada de la Tierra." El presidente Bush quiere ahora imponer el american way of war a todos los países.

El viernes 14 de este mes, Madonna pidió a los 18 mil asistentes a su concierto en Los Angeles un minuto de silencio para rezar por la paz. "La violencia engendra violencia —precisó— y no sé ustedes, pero yo quiero vivir una vida larga y feliz, y quiero que mis hijos vivan una vida larga y feliz." El día anterior, unos cien neoyorquinos manifestaron para decir no a la guerra. En medio del horror y de la ira despunta la conciencia del dolor que no quiere más dolor.

NUESTROS VALORES, NUESTROS COLORES.

AYER, HOY Y SIEMPRE.

BANCO CREDICOOP
La Banca Solidaria

Asimetrías

Publicada el 30/6/02

Por Juan Gelman

Se parecían casi nada. Gustave Flaubert pasó toda su vida madura en su retiro al fondo de Normandía. George Sand prefería el ruido social. Uno murió soltero con poca mujer detrás. La otra practicó el amor con abundancia y sin distinción de sexos. Ambos fueron elogiados y criticados con dureza. Edmond de Goncourt anotó en su diario que Flaubert era un provinciano vulgar, lleno de exageraciones, que se autoproclamaba apasionado, pero no daba importancia alguna a las mujeres. Baudelaire calificaba de "letrina" a Sand y es cierto que su ex marido, Casimir Dudevant, argumentó para que le otorgaran la Legión de Honor que haberse casado con ella merecía un reconocimiento público. Pero Heine la consideraba "tan hermosa como la Venus de Milo" y Franz Liszt, "la mujer más fuerte (en el sentido bíblico) y la más ricamente dotada" del siglo. Los dos eran escritores famosos y se asemejaban contrariamente en una práctica poco habitual para la época: mientras escribía *Madame Bovary*, Flaubert bailaba para sus amigos vestido de mujer; Sand usaba ropa de hombre públicamente. Fueron íntimos amigos hasta que la muerte decidió otra cosa.

Tenían miradas muy diferentes sobre el mundo, pero ninguno de ellos pasaba por alto la estupidez humana. Para Sand, la estupidez era "un estado infantil" y "toda infancia es sagrada"; para Flaubert, era inerte y no merecía compasión. Sand fue socialista, anticlerical y crítica de la obligada sumisión de la mujer. Flaubert repudió la Comuna de París, aunque más "la ineptitud de la derecha". Y no se engañaba sobre sí mismo: dio la razón al médico que lo atendía cuando lo trató de "vieja histérica". Llegó a decir: "Si yo fuera una mujer, no me querría como amante".

Sand le llevaba 17 años a Flaubert, se enamoró brevemente de él y le daba consejos maternales: que se casara, que tuviera hijos, que hiciera gimnasia. "Usted ama demasiado la literatura –le escribió–. Eso acabará con usted y usted nunca acabará con la estupidez humana." Cuando un desastre económico agobió a Flaubert y lo obsesionaba la idea de que se iba a quedar sin la casa donde escribía sus libros, Sand le ofreció comprarla y que viviera allí hasta su muerte. Eso no le impedía hartarse cada tanto de su "joven amigo": "Acabo de cenar con Flaubert –confiesa a su hijo– y su conducta fue más extravagante que de costumbre... Lo estimo mucho, pero me da terribles dolores de cabeza".

Sus otras diferencias, las literarias, son explícitas en la correspondencia que intercambiaron en diciembre de 1875. Los dos salían de enfermedades y desánimos para retomar a la escritura. Sand no oculta su disgusto por la posición estética de Flaubert. Afirma que él, seguramente, está escribiendo una obra cargada de desolación mientras que ella procura una novela que sea consuelo. El reitera que no permite que sus sentimientos personales invadan sus libros. "¿Acaso no los invaden?", responde ella. Y la doctrina del autor ausente –insiste–, más que una postura estética, ¿no encubrirá la falta de verdaderas convicciones? Esa pretendida objetividad –subraya– roza la superficie de la vida, y el arte debe ser algo más que sátira y pura crítica; le propina que escribe para una elite y que su atención extrema a la forma –lo que Flaubert llamó la búsqueda de "la palabra justa"– desemboca en una carencia de profundidad. La debilidad de *La educación sentimental* –critica– consiste en que sus personajes no actúan, son mero juguete de los acontecimientos.

La respuesta de Flaubert es compacta. Asegura que no le faltan convicciones, pero su importancia y la de él mismo nada son comparadas con el trabajo del texto. En su obra, "el autor debe estar como Dios en el Universo, presente en todas partes y visible en ninguna". El creador es nada; la obra es todo y las opiniones personales no tienen cabida en ella. El no pertenece a una escuela ni ha creado alguna, ejerce el realismo en tanto vía a la Belleza. Y no se trata de sátira o de crítica: cree firmemente que "no hay monstruos ni héroes". Por lo demás, piensa que todo dogma es espiritualmente falso, llámese Religión, Progreso, Catolicismo o Democracia. La Fisiología y la Historia contradicen el juicio de Sand sobre la Igualdad. El ser humano es un compuesto inestable y la Tierra, un planeta decididamente inferior. En cuanto a que la literatura debe proporcionar consuelo, "no puedo cambiar mis ojos", dice Flaubert. Y se despide con un cálido abrazo a su "querida y adorable y buen maestro". La llamaba "maestro", pero cuando falleció, él supo decir: "Había que conocerla como yo la he conocido para comprobar cuánta feminidad había en este gran hombre, la inmensa ternura que poseía este genio". Para la muy sensible poeta Elizabeth Barrett Browning, Sand era "un genio femenino magnífico, el mayor de cualquier país y en cualquier época".

George Sand era más bien corta de estatura y Gustave Flaubert, altísimo. Cuando lo enterraron, su cajón no cabía en la tumba ya excavada y hubo que sepultarlo en diagonal. Con la cabeza para arriba, claro.

A través de la gestión responsable, en Grupo Telecom buscamos mirar al mundo de una manera distinta, comprometiéndonos día a día y aportando las herramientas necesarias para impulsar proyectos tecnológicos que buscan mejorar la calidad de vida de los argentinos.

Infórmate sobre nuestros programas en telecom.com.ar

GRUPO
TELECOM

Publicada el 3/9/02

Orwell redivivo

Por Juan Gelman

George Orwell anticipó en su última novela, publicada en 1949, un mundo con policías del pensamiento, anulación del pasado, mutilaciones del lenguaje y la memoria, siempre dispuesto a tragarse las mentiras que sirve el poder. Tenía en mente a la entonces Unión Soviética, pero sucede, curiosamente, que es en Estados Unidos donde el gobierno de Bush hijo está llevando a la práctica esas imaginaciones. Es cierto que la novela se titula *1984* y que estamos padeciendo el 2002. Hay que darle tiempo al tiempo. Hace más de dos meses que la Asociación de Bibliotecas de EE.UU. está esperando que el FBI conteste cuántas veces ha utilizado las amplias atribuciones que le otorga la USA Patriot Act para investigar en secreto los registros –alguna ves confidenciales– de bibliotecas públicas y librerías. Es la pregunta número 12 de un cuestionario de 50 que el Comité de Justicia de la Cámara de Representantes elevó al Departamento del ramo que dirige el devoto John Ashcroft. Devoto en materias varias: religión, represión, fascismo. También esperan el congresista demócrata John Conyers y el republicano James Sensenbrenner, presidente del Comité, que prepararon el cuestionario y fijaron el 9 de julio que pasó como fecha límite para la recepción de las respuestas. Desde que los atentados del 11/9 llevaron al Congreso estadounidense a aprobar esa ley "antiterrorista", un documento de 342 páginas que los parlamentarios no tuvieron tiempo de leer, el FBI adquirió, entre muchas otras, la facultad de vigilar a su antojo los hábitos de lectura de todo ciudadano. Guay de quien compre en una librería o pida en una biblioteca algún libro sobre el Islam, o Cuba, o las Torres Gemelas, o los países del "eje del mal": podría ser catalogado como sospechoso de terrorismo, detenido por tiempo indeterminado sin aviso ni acceso a un defensor, es decir, "desaparecido a la argentina", como señalara Warren Christopher, ex secretario de Estado de James Carter. De hecho, casi todo el pueblo estadounidense corre esos riesgos si el FBI se encapricha. Las órdenes de allanamiento llamadas sneak and peek (irrumpir y revisar de manera furtiva) le permiten catear cualquier hogar, escrutar efectos personales, fotografiar, bajar información de la computadora si la hay, sin que el dueño se entere hasta después del hecho cumplido. En la revista *Insight on the News*, John Whitehead, fundador y presidente del Instituto Rutherford, definió la situación así: "La libertad y la seguridad no se excluyen mutuamente, pero lo único que nos separa de la tiranía es la Constitución de EE.UU. ¿Pienso que hemos perdido libertades civiles? Sí. ¿Pienso que hemos establecido las bases de un Estado policial? Sí". No se puede decir que Whitehead habla oscuro. Las órdenes de registro de bibliotecas y librerías son emitidas por una instancia judicial que se reúne en secreto y prohíben que los funcionarios y dueños de las unas y las otras revelen a nadie que el FBI los ha contactado, y menos a la persona que está siendo investigada. *Los Angeles Times* (29/7) da cuenta de un sondeo que el centro de investigaciones de la biblioteca de la Universidad de Illinois llevó a cabo en 1020 bibliotecas: el 85 por ciento, en su mayoría de los institutos de investigación más importantes, fue "visitado" por agentes federales o locales que pedían información sobre las preferencias de los lectores. La policía del pensamiento, vamos. Esto no transcurre sin reacciones institucionales. Se ha informado en estas páginas (29/8) que en Newark, Detroit, Washington y Cincinnati se dictaron fallos que condenan los métodos orwellianos ejecutados por Bush hijo. El tribunal federal de apelación de Cincinnati dictaminó que eran ilegales las audiencias secretas que culminaron con la deportación de centenares de sospechosos de terrorismo detenidos luego del 11/9. "El Poder Ejecutivo intenta seccionar las vidas de las personas, de espaldas a la mirada pública y detrás de una puerta cerrada. Las democracias mueren detrás de puertas cerradas", especifica su sentencia. La jueza federal de Washington, Gladys Kessler, determinó que el Departamento de Justicia debe proporcionar los nombres de la mayoría de los sospechosos que siguen presos. "Las detenciones secretas –dice su fallo– constituyen un concepto odioso para una sociedad democrática." Y hay resistencias locales. Las autoridades municipales de Berkeley (California), Denver (Colorado), Ann Harbor (Michigan) y de cuatro ciudades de Massachusetts (Northampton, Leverett, Amherst y Cambridge) aprobaron sendas resoluciones que cuestionan el camino que la Casa Blanca recorre en su guerra "contra el terrorismo" dentro de las fronteras nacionales. "Creemos que estas libertades civiles (de expresión, de reunión, la igualdad ante la ley y el derecho a la privacidad, otras) están ahora amenazadas por la USA Patriot Act", aseveró el concejo municipal de Cambridge. "Nos trajo (esa ley) resonancias de la era McCarthy y de otros tiempos", recordó la concejal de Denver Kathleen Mac Kensie. Es que resulta imposible anular las reservas democráticas de una sociedad entera. Eso también –desesperadamente– Orwell lo previó.

Transformaciones

Publicada el 26/12/03

Por Juan Gelman

Cumplió 88 en octubre y su capacidad creadora no se agota: Arthur Miller está dando los toques finales a una nueva obra teatral en la que viene trabajando desde hace dos años. Está ambientada en el medio cinematográfico y su título, *Finishing the Picture* ("Terminando la película"), es conducente y aun significativo. Tal vez confíe intimidades del gran dramaturgo acerca del fin de otra película, su vida. Por lo pronto, padece ya homenajes que rodean su figura de un hálito de autor clásico difunto: un documental de Michael Epstein que explora su tormentosa y atormentada amistad con Elia Kazan, seguido pocas semanas después por *Arthur Miller, His Life and Work*, una biografía compuesta por Martin Gottfried de reciente aparición.

Son notorias las posturas éticas opuestas que Kazan y Miller adoptaron en la década del '50 frente al macartismo. Citados por la Comisión de Actividades Antinorteamericanas de la Cámara de Representantes de EE.UU., el primero señaló a ocho colegas de Hollywood como sospechosos de ser comunistas. El último no dio nombre alguno, se le confiscó el pasaporte y fue condenado por desacato al Congreso, medidas que revirtió una apelación. En un texto famoso que publicara la revista *Esquire*, nada menos que John Steinbeck elogió el coraje personal y artístico de Miller y señaló que su actitud expresaba los valores auténticamente estadounidenses que McCarthy proclamaba defender. Kazan, por su parte, pagó un aviso de página entera en *The New York Times* justificando su delación porque había que combatir al comunismo de todas las maneras posibles. En la ex URSS se explicaba exactamente lo mismo en estos casos, claro que sustituyendo la palabra "comunismo" por la palabra "imperialismo".

Cuando los años '50 comenzaban, Miller y Kazan presentaron a la Columbia Pictures un guión que revelaba prácticas corruptas en el gremio de estibadores de Brooklyn. La empresa puso condiciones para llevarlo a la pantalla: los burócratas sindicales debían ser comunistas y no mafiosos, como el guión proponía. Miller se negó y en *Echoes Down the Corridor* –volumen que reúne sus ensayos del período 1944-2000– refiere que esa imposición de la Columbia lo llevó a escribir *Las brujas de Salem*, una de las escasísimas obras literarias que en el período macartista desafiaron su loca arbitrariedad. Pese a todo, Miller reanudó su relación con Kazan y en 1999 hasta apoyó el Oscar que la Academia le otorgara por trayectoria cinematográfica, aunque guionistas y directores de Hollywood levantaron olas de protesta por la nominación. No se apaga todavía el recuerdo de la colaboración que Kazan prestó a la casa de brujas desatada por McCarthy.

Walter Bernstein, uno de los escritores incluidos en la lista negra, dijo entonces: "Kazan dañó la industria del cine, hizo todo más difícil para todos. Perdónenlo, está bien, pero no lo premien".

Arthur Miller es un hombre y un artista marcado por la crisis del '29, que hirió sus 14 años de edad, y jamás canjeó por prebenda o beneficio una ética cristalina que causa admiración en el extranjero e irritación en su país. "El hecho de que Miller se considere a sí mismo un gran pensador es uno de los grandes equívocos de la vida", pontificó James Walcott en *Vanity Fair*. Gottfried apunta que las críticas a Miller de los círculos culturales estadounidenses se deben sobre todo al enfoque cínico con que escritores e intelectuales yanquis de hoy leen el aliento moral de su obra, cargada de una profunda humanidad, como apenas moralismo. Lo había dicho el propio Miller: "El dramaturgo vive en territorio ocupado y él es el enemigo".

Sus ensayos son implacables con la realidad política y los políticos de EE.UU., también con él mismo. Explica su sentido de responsabilidad social como una urgencia espiritual nacida de la necesidad de mantener un comportamiento justo para restaurar la dignidad de su padre, arruinado por el crac de los años '30. Confiesa que, aunque conoce racionalmente y se opone enérgicamente a "lo que podría llamarse un estado permanente de macartismo en la URSS", su instinto vincula las imágenes de opresión con el fascismo, "porque el primer golpe a la idea de ecuanimidad" fue el ascenso de Hitler al poder. Critica la pereza de pensamiento o la ceguera deliberada de los izquierdistas que se niegan a admitir la represión que practican los regímenes totalitarios, sean de derecha o de izquierda. Estos ensayos trasan su biografía intelectual.

La otra, la real, está en su teatro, su narrativa y sus ensayos, en los que el espesor de lo vivido y el juego de la memoria de lo vivido ofrecen mucho más que la linealidad cronológica de los hechos: experiencias personales alejadas en el tiempo se juntan o chocan en nuevas circunstancias, como si éstas arrojaran una luz perfeccionadora del recuerdo, enriqueciéndolo con otras significaciones. Algo que sin duda palpitará en *Finishing the Picture*, subrayado por el merodeo cercano de la muerte. En un EE.UU. que la TV ha convertido en "un país de entrevistados" que saben sintetizar la trivialidad –dijera Miller–, su obra continúa y se levanta como otra prueba de que la ética del arte consiste en hundirlo en la realidad y transformarla.

ROGGIO

DESDE 1908 CREADORES DE TRABAJO ARGENTINO.

AGUA Y SANEAMIENTO
CONSTRUCCIÓN
DESARROLLO DE NEGOCIOS
ENTRETENIMIENTO Y TURISMO
SOLUCIONES AMBIENTALES
TECNOLOGÍA E INFORMÁTICA
TRANSPORTE

Innovaciones

Publicada el 4/1/04

Por Juan Gelman

"La gracia me llegó en forma de gato", anotó William Burroughs en sus diarios finales; especialmente en forma de Ricki, su preferido. El ídolo de los beatniks quería bastante menos a los seres humanos, pensaba que el amor "es mayormente un fraude, una mescolanza de sexo y sentimentalismo que ha sido sistemáticamente vulgarizada y degradada por el virus del poder". Estos diarios no son el canto del cisne de un gran heterodoxo: más bien dan testimonio de las imposiciones de la vejez, como "Qué es el mundo", el poema que Beckett escribiera un año antes de morir. El título de los diarios, publicados en el 2000, es sin duda adecuado: *Last Words*. Hace además referencia a la fascinación del autor de *El almuerzo desnudo* por el delirio terminal del gangster Dutch Schultz –rigurosamente transcripto por un taquígrafo de la policía– que lo llevó a crear un guión cinematográfico sobre el tema. Felinos aparte, en estas páginas abundan otras entidades no humanas, demonios, extraterrestres que él no ve y espíritus de diversa especie que sí ve.

"Una vez pregunté en un sueño a un espíritu maligno italiano: '¿Quién eres?'. Y él se reía y se reía, y siguió riéndose en una laguna oscura de mármol contra un decorado italiano y era deliciosamente maligno", apunta quien compusiera *Yonquis*, ese cuasi tratado sobre la drogadicción. Burroughs había regresado a la ingesta de drogas a los 63 de edad, luego de 18 años de abstinencia. James Grauerholtz, editor y prologuista de los diarios, describe la vida cotidiana de Burroughs entonces y hasta su muerte en 1997. Habitaba una cabaña de dos ambientes en Lawrence, Kansas, con rosales en el porche y una etiqueta en la puerta que informaba de la presencia de gatos en el interior que debían ser salvados en caso de emergencia. Comenzaba la mañana con una inyección de metadona y un desayuno suculento. Después de mediodía practicaba tiro al blanco con pistola y cuchillo. El tiempo de los tragos llegaba a las 15.30 en punto y solía trabajar en sus diarios hasta la cena con amigos. Se acostaba a las 9 de la noche, no sin antes hacer una ronda alrededor de la cabaña, pistola al cinto.

Burroughs había cambiado. Atrás quedaban las larguísimas tenidas de droga y alcohol. En una de ellas –es notorio– mató a su mujer cuando trataba de partir con un tiro la manzana que ella tenía sobre la cabeza. Sucedió en México y en estos diarios afirma que equivocó el disparo porque estaba poseído por "El Espíritu Feo". Consigna que se comunica con los muertos, fabrica conjuros, opera una "máquina deseante" que le permite el acceso a una suerte de soñar despierto, reconoce espíritus que lo protegen y demonios que lo asaltan. Estos raptos de ocultismo y magia negra alternan con las expresiones de odio que propina a humanistas negadores de otras dimensiones y a la irracionalidad de un mundo que usa el disfraz de la razón. Burroughs tenía conciencia plena de los campos de concentración, del racismo y la censura, de las seguridades que deshumanizan. Su obra, como la de Daumier o Goya, es una sátira violenta contra el autoritarismo y una parodia de los amantes y ocupantes del poder.

Burroughs precisó estas posiciones en una entrevista radiofónica que Eric Mottram le hiciera para la BBC de Londres en 1964 con motivo de la prohibición de sus libros. "El virus del poder –dijo el autor de *Nova Express*– se manifiesta a sí mismo de muchas maneras. En la construcción de armas nucleares, en prácticamente todos los sistemas existentes que procuran anular la libertad interior, es decir, controlarla. Se manifiesta en la extrema sordidez de la vida diaria en los países occidentales. Se manifiesta en la fealdad y la vulgaridad que vemos en las personas; y se manifiesta, por supuesto, en las enfermedades causadas por el virus. Por otra parte, los que resisten están en todas partes, pertenecen a todas las razas y naciones. El que resiste puede ser definido simplemente como un individuo que tiene conciencia del enemigo, de sus métodos operativos, y que está empeñado activamente en combatir a ese enemigo." Bush hijo incluiría a Burroughs en la lista de terroristas más buscados.

La escritura de estos diarios es similar a la de sus novelas, en las que se entrecruzan sueños, fragmentos de relatos en borrador, citas propias y de otros autores, frases de periódicos y revistas, versos de viejas canciones, ideas que aparecen al correr del pensamiento, párrafos de cartas a los amigos carentes de todo contexto personal. Es la técnica del *cut-up* –*cut and paste* se diría en lenguaje cibernético– o del collage, tan empleada en la pintura. Burroughs grababa al azar ese material aparentemente inconexo, escuchaba luego la cinta y la detenía en un punto para pasar a máquina una frase o varias. El segundo paso consistía en componer un texto doblando una de las páginas mecanografiadas e instalando la mitad en otra página "con la intención de alterar y expandir estados de conciencia en uno mismo y también en los lectores". Decía que las palabras "están vivas como animales, no les gusta que las enjaulen. Corten las páginas y dejen a las palabras en libertad".

La obra de Burroughs fue muy criticada y aun atacada –censurada además– por su exposición sin tapujos del sexo, el alcoholismo y la drogadicción. Anthony Burgess fue uno de los pocos que descubrieron muy temprano su naturaleza innovadora: "Si hay algún escritor que puede reanimar una forma agotada y mostrarnos lo que todavía es posible hacer con una lengua que Joyce pareció exprimir hasta dejarla seca, ése es William Burroughs". El que amaba a los gatos.

Lo vi en un encuentro internacional de poesía que tuvo lugar en Roma a fines de los años '70. Menudo, delgado, con sombrero panamá, impecable traje gris, camisa blanca, corbata al tono y coca-cola en mano, pasaba entre los asistentes de manera inadvertida, casi sigilosa. Recordé las impresiones de Paul Bowles cuando, en 1961, Burroughs lo visitó en su lecho de enfermo en Tánger: "Su figura era tan tenue que su presencia en la habitación era incierta".

Raíces

Publicada el 1/2/04

Por Juan Gelman

El 6 de febrero de 1945, en un París muerto de hambre y de frío, pero sin nazis ya, un pelotón de fusilamiento de la Francia libre acabó con la vida del escritor, poeta, crítico y periodista Robert Brasillach. Ni el día elegido ni la ejecución obedecieron a un capricho. En la misma fecha del año 1934, una asonada profascista en la Place de la Concorde derribaba casi a la Tercera República. Brasillach, por su parte, fue un contumaz antisemita, defensor de la ocupación alemana de su país y del régimen títere encabezado por el mariscal Pétain que el invasor instaló en Vichy. El escritor dirigió el semanario *Je suis partout* hasta 1943 y sus virulentos artículos contra los judíos, la resistencia interior y exterior y los aliados venían sazonados con acusaciones a compatriotas, judíos y no judíos, de los que no daba el nombre, pero a quienes caracterisaba de tal modo que era fácil individualizarlos, detenerlos y dirigirlos a un campo de concentración. Eso sí, nunca mató ni torturó personalmente a nadie, aunque una de sus propuestas más livianas fue la de asesinar a todos los comunistas presos.

Se conocen autores cuya actividad política parece colocarse en las antípodas de su talento literario. Casos como el de Louis Ferdinand Céline hablan de la intrincada, tal vez tortuosa relación entre obra y vida, y también de un hecho que para muchos pasa inadvertido: la ideología de un escritor es sólo una parte de su subjetividad, de su experiencia y su vocación expresiva. Se puede hacer propaganda radial a favor de Mussolini en plena II Guerra Mundial, como Pound hizo, y crear a la vez el más formidable poema contra la usura, jamás escrito por revolucionario alguno, como Pound hizo. Pero el caso Brasillach pertenece a otra categoría y desató una polémica en los medios intelectuales franceses de entonces: ¿se puede ejecutar a un escritor por lo que escribe? El general De Gaulle consideró que sí y rechazó un pedido de clemencia que le elevaron, entre otros, André Malraux, Albert Camus, Jean-Louis Barrault, Jean Anouilh y Arthur Honegger –no exactamente colaboracionistas–, y que Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir se negaron a firmar. Se trataba de los límites de la impunidad literaria, del peso de la palabra en las crisis de la historia. De Gaulle pensaba que los intelectuales franceses debían rendir cuentas por las consecuencias de las ideas que propagaron y del partido que tomaron durante la expansión del nazifascismo. "El talento entraña responsabilidad", decía.

Era ésa una zona pantanosa. Artistas y escritores de valía como Drieu la Rochelle, Sacha Guitry, Thierry Maulnier, Céline y no pocos más apoyaron al régimen de Vichy en mayor o menor grado. Georges Simenon escribió enconados artículos antisemitas antes de 1939 y bajo la ocupación. La muy prestigiosa Académie Goncourt abandonó su liberalismo proverbial para ejercer un colaboracionismo abierto con el invasor alemán. Enfrente, Malraux sólo pasó a la resistencia en marzo de 1944, cuando se avecinaba el desembarco aliado en Normandía y un año después de que el Ejército Rojo derrotara a la Wermacht en Stalingrado y lanzara una contraofensiva que no se detuvo hasta Berlín. Como el autor de *La condición humana*, Marguerite Duras se sumó a los vencedores al filo de que vencieran; antes había trabajado largos meses en una dependencia del régimen de Vichy controlada por los nazis que decidía qué libros se podían publicar –o no– en la Francia ocupada. La verdadera resistencia literaria de esos años era clandestina y cuajaba en la revista *Les Lettres Françaises*, fundada por el no menos clandestino Comité Nacional de Escritores y dirigida por el comunista Jacques Decour y el demócrata Jean Paulhan, que había sido el alma de la *Nouvelle Revue Française*. Los nazis no quisieron clausurar esa joya de la inteligencia francesa para dar signos de normalidad: Paulhan fue sustituido por Drieu la Rochelle, que convirtió a la publicación en depósito del pensamiento colaboracionista. Años después diría: "Apostamos y perdimos".

Brasillach es aún hoy una suerte de héroe y mártir del ideario fascista francés y sus alrededores. En la prisión de Fresnes, donde esperó que lo juzgaran y escribió sus mejores poemas, comensó a construir su propia leyenda comparándose con André Chénier, el gran poeta que los jacobinos guillotinaron en 1794 por razones bien distintas: rechazaba el terror revolucionario tanto como la restauración monárquica. Existe en París una asociación Amigos de Robert Brasillach que otorga premios literarios con su nombre. Al decir de su biógrafa Alice Kaplan, los extremistas de derecha convirtieron a este exégeta del Tercer Reich en "el James Dean del fascismo francés". Tenía 35 años cuando fue ejecutado.

Ningún otro intelectual de cierto renombre fue condenado a muerte en los procesos a los colaboracionistas que tuvieron lugar de 1944 a 1947. Charles Maurras, el maestro de Brasillach que imaginó a fines del siglo XIX "el nacionalismo integral" anticipador de no pocas ideas fascistas y que apoyó con entusiasmo y convicción al régimen de Vichy, fue condenado a prisión perpetua en 1945 y liberado siete años después por razones de salud y a sus 84 de edad. Cuando escuchó su sentencia pronunció una frase significativa: "Es la revancha de Dreyfus". Pareciera que los encontronazos entre intelectuales franceses profascistas y democráticos, seguramente nada ajenos al estado de la sociedad, tienen raíces muy largas.

Estados Unidos campeón

Publicada el 15/2/07

Por Juan Gelman

Eric Fair, lingüista que domina el árabe, sirvió en el ejército de EE.UU. de 1995 al 2000 y en el 2004 fue contratado para interrogar a los iraquíes detenidos en Fallujah por efectivos de la 82ª división aerotransportada estadounidense. Lo convirtieron además en carcelero y contó al *Washington Post* (9/2/07) lo que sueña desde que regresó a su casa: "Un hombre sin rostro me mira fijo desde el rincón de un cuarto. Pide ayuda, pero tengo miedo de moverme. Empieza a llorar. Es un sonido lastimero que me harta. Grita, me despierto y compruebo que el que grita soy yo". El oficial al mando de los "interrogadores" le dio instrucciones precisas. Durante su turno de doce horas, Fair debía impedir que el detenido durmiera, abrirle la celda cada hora, obligarlo a permanecer de pie en un ángulo y dejarlo sin ropa. "Tres años más tarde la situación se ha invertido. Rara vez puedo dormir de noche sin que ese hombre me visite. Su recuerdo me atormenta como yo lo atormentaba a él." Los remordimientos acosan a quien es consciente de no haber desobedecido órdenes indignas y que, en cambio –dice–, "intimidé, degradé y humillé a un hombre indefenso. Comprometí mis valores y nunca me lo perdonaré". ¿Serán métodos necesarios para izar la bandera "de la libertad y la democracia" inventada por W. Bush? La Casa Blanca insiste en que las torturas en el penal de Abu Ghraib fueron un incidente aislado. Fair presenció otras cosas y las detalla: detenidos forzados a estar de pie desnudos la fría noche entera pidiendo ayuda, o sometidos a largos períodos de aislamiento, o golpeados y pateados, y siempre con hambre y sed. "Estas técnicas se utilizaban diariamente en Irak so pretexto de obtener informaciones necesarias para terminar con la insurgencia. La violencia hoy imperante allí prueba que esas tácticas nunca funcionaron." Abrumado por la conducta de sus amigos y colegas, Fair hoy se avergüenza cada vez más de su miedo a desafiar tales prácticas, sabe que muchos dirán que no tiene objeto insistir en el tema porque daña a EE.UU. y subraya que es preciso encarar los hechos: "La historia de Abu Ghraib no ha terminado. En muchos sentidos, ni siquiera hemos abierto el libro". El de Guantánamo tampoco. Los mandos de la base naval de EE.UU. en la bahía de Guantánamo (Gitmo, por sus siglas en inglés) no se andan con chiquitas en materia de torturas, sólo que no las ven, no las oyen y no existen. La sargento de marines Heather Cerveny, en cambio, sí. En septiembre del 2006 pasó una semana en Gitmo y escuchó: de uno de los soldados, que había estrellado la cabeza de un prisionero contra la puerta de la celda. De otro, que el prisionero lo irritaba y entonces le pegaba en el hígado. Escuchó conversaciones entre soldados, descubrió que se trataba de una metodología corriente y cotidiana y elevó un testimonio al inspector general del Pentágono. Este envió una misión investigadora a la base que llegó a la siguiente conclusión: "No hay pruebas que demuestren la veracidad de las acusaciones de maltrato y acoso" (blogs.abcnews.com, 9/2/07). Y más: recomendó la adopción de medidas disciplinarias contra la sargento Cerveny. A veces se paga el escuchar lo que otros no quieren oír. No todo está podrido en Dinamarca. El teniente coronel Colby Volkey, coordinador de los marines estacionados en el oeste de EE.UU. y superior inmediato de la sargento Cerveny, calificó de "ultrajante" el informe de la misión y señaló que los investigadores sólo entrevistaron a los sospechosos de torturar, "pero no conversaron con los detenidos o las posibles víctimas". Así se hace, claro, como el gato: cubre sus excrementos después de defecar. Y son interesantes las reacciones de algunos lectores del blog que se recogen al pie del artículo: "Sí, hubo encubrimiento en Gitmo. A los terroristas les cubrieron la cabeza con calzones de mujer. ¡JAJAJA!". O: "¡Sí, hubo abusos (en Gitmo)! ¡Y debería haber más!". Y también: "Dudo de que les hayan hecho realmente daño". O este comentario irónico: "¡Estoy de acuerdo! Por algo llaman terroristas a esa gente. Como nos recuerda un cartel: 'NO es fascismo cuando LO HACEMOS NOSOTROS'". El viernes 9, una misión oficial norteamericana encabezada por Nicholas Burns, subsecretario de Asuntos Políticos del Departamento de Estado, visitó Buenos Aires y sostuvo entrevistas con altos funcionarios del gobierno argentino (véase Página/12, 10/2/07). Burns ofreció luego una conferencia de prensa en la que una periodista de este diario le preguntó: "Usted dijo que su gobierno admira la política de derechos humanos del gobierno argentino, ¿esto implica una autocrítica por la política de derechos humanos de su gobierno, sobre todo teniendo en cuenta lo que está sucediendo en la prisión de Guantánamo?". La respuesta de Burns fue tajante: "Para nada. De ninguna forma o aspecto. Nosotros, mi país, los Estados Unidos, somos campeones de los derechos humanos en el mundo". Si éstos son los campeones, cómo serán los últimos de la tabla.

conadu
Federación Nacional de Docentes Universitarios

El 26 de mayo de 1987 nacía una nueva cultura periodística que modificaría la relación de la sociedad con la memoria y los derechos humanos. En estos 27 años, Página 12 se ha asociado con el fortalecimiento de la democracia a partir del ejercicio de un periodismo comprometido con la plena vigencia y ampliación de la discusión política sobre el rumbo de nuestro país y el mundo. En esta ocasión, la CONADU, Federación Nacional de Docentes Universitarios, celebra el aniversario de un diario que también ha aportado a los debates sobre la universidad que queremos.

Pedro Sanllorenti
Secretario General CONADU

Verónica Bethencourt
Secretaria Adjunta CONADU

Publicada el 19/8/07

Por Juan Gelman

La economía no es una ciencia exacta, dijo Perogrullo. Casi nadie previó el desencadenamiento de la Gran Depresión de los años '30 del siglo pasado o las crisis de los años '90 que castigaron a Japón y al Sudeste asiático. ¿Alguien anticipó la posible quiebra de la empresa Countrywide de créditos hipotecarios y el sacudón bursátil que esa versión causó en Occidente? Se ignora. Lo cierto es que las políticas y prácticas económicas norteamericanas caminan sobre "una plataforma ardiente". No es la opinión de un lego: David Walker, contralor general de EE.UU., es decir, jefe del Tribunal de Cuentas del país –Government Accountability Office (GAO, por sus siglas en inglés)– la formula en las doce páginas de un documento reciente (*Financial Times*, 14/8/07). Mr. Walker encuentra que la situación tiene "llamativas similitudes" con los umbrales de la caída del Imperio Romano. Entre otras, "la declinación de los valores morales y de la civilidad política en el país, y la presencia militar excesivamente extendida y confiada en países extranjeros, así como la irresponsabilidad fiscal del gobierno central". Casi nada. GAO es lo más parecido a una dependencia gubernamental objetiva y apartidaria que se pueda pedir. El mismo Walker

Publicada el 2/10/11

Por Juan Gelman

Es la consigna de centenares de jóvenes –y no tan jóvenes– que desde hace dos semanas protestan en el Zuccotti Park, ex Liberty Plaza Park, en pleno centro financiero de Nueva York. La policía detiene a algunos, les rocía la cara con pimienta a otros, pero ellos no abandonan el lugar donde se reúnen y debaten qué hacer. Alzan carteles que dicen "Me gradué, no tengo trabajo" y están tan indignados como sus coetáneos españoles. Los medios no les hacen mucho caso, el *New York Times* los tilda de actores de "un progresismo de pantomima", pero los reclamantes viven en un país con 14 millones de desocupados según cifras oficiales (www.bls.gov, 2-9-11) o 34 millones según estimaciones europeas (www.eutimes.net, 6/3/11). En el extremo opuesto de la pirámide social, exactamente en la cúspide, se encuentra Bill Gates, el más rico de los 400 estadounidenses más ricos en la lista de Forbes, con bienes por valor de 54.000 millones de dólares (www.forbes.com/forbes400, 21/9/11). Los 400 tienen juntos más riqueza que 180 millones de sus conciudadanos juntos (www.politicalfact.com, 5/3/11) y su total, que asciende a 1,5 billón de dólares, aumentó un 12 por ciento respecto del 2010

¿Vuelven los '30?

no pertenece a partido alguno. El organismo evalúa las consecuencias de las políticas de la Casa Blanca y de las leyes que aprueba el Congreso y es el árbitro final en cuestiones fiscales. El informe subraya que la economía del país se ha tornado "insustentable" y enumera los peligros inminentes que la amenazan: aumento "dramático" de impuestos, más deuda fiscal, serio deterioro de los servicios oficiales a la población y una deuda externa que facilitaría "el dumping en gran escala de bonos estadounidenses en poder de gobiernos extranjeros". Y ojo a China. Beijing amenazó con utilizar su reserva de divisas –asciende a la friolera de 1,33 billones de dólares o, más claro, 1,33 millones de millones de dólares– si la Casa Blanca le impone sanciones comerciales para forzar la revaluación del yuan. He Fan, funcionario de la Academia de Ciencias Sociales china, ha señalado que las reservas acumuladas, una buena parte de las cuales consiste en bonos del Tesoro de EE.UU., contribuyen en gran medida a mantener la posición del dólar como divisa de reserva. Y amenazó: "El Banco Central de China deberá vender dólares si el yuan es revaluado, lo que podría provocar una devaluación masiva del dólar" (*The Telegraph*, 10/8/07). También una disminución del rendimiento de los bonos del Estado en el mercado interior. El funcionario de rango ministerial Xia Bin, director del Centro de Investigación y Desarrollo de Pekín, esgrimió la zanahoria: "Desde luego, China no quiere que se produzca un fenómeno indeseable en el orden financiero mundial". Claro que puede haber una distancia grande entre el deseo y el acto. Walker destacó la presencia de necesidades incumplidas: "Nuestra prosperidad exige más de nuestra infraestructura física. Hacen falta miles de millones de dólares para modernizarlo todo, desde autopistas y aeropuertos hasta los sistemas de agua potable y de alcantarillado. El reciente colapso del puente de Minneapolis es un severo llamado de atención". Pero esos miles de millones se destinan a las guerras presentes y a las próximas. Sí, el parecido con el final de Roma tiene fundamento. Lo explicó Edward Gibbon hace más de dos siglos: "La declinación de Roma fue el efecto natural e inevitable de su grandeza inmoderada. La prosperidad alimentó el comienzo de la decadencia; la ampliación de sus conquistas multiplicó las causas de la destrucción; y cuando el transcurso del tiempo o algún accidente minó los soportes artificiales, esa estupenda construcción se derrumbó por la presión de su propio peso" (*Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*). Es evidente que Walker leyó a Gibbon con provecho. Los "halcones-gallina" que dominan el Partido Republicano sueñan con "la grandeza nacional". Richard Perle, el defensor más acérrimo de la invasión a Irak –y otras–, supo decir: "Esta es una guerra total. Si dejamos que avance nuestra visión del mundo... nuestros hijos corearán grandes canciones sobre nosotros en los años por venir". Por ahora, muchos niños norteamericanos lloran a sus padres, madres, hermanos y hermanas muertos en Irak y Afganistán. Han sonado otras alarmas. El Banco Internacional de Pagos (BIS, por sus siglas en inglés), la entidad que reúne a los bancos más importantes del planeta, planteó ciertas incertidumbres en su 77º informe anual de junio de este año. Por ejemplo, la posibilidad de una ola inflacionaria general. O el descenso del PIB del mundo. O la persistencia de importantes desequilibrios en el comercio internacional. O la vulnerabilidad de los mercados financieros. O la disminución de las inversiones extranjeras en EE.UU. (www.bis.org). La globalización trastornó las pautas económicas tradicionales y las políticas de la Casa Blanca han acentuado ese diálogo, con su efecto de arrastre además. Lo malo, cuando se hace pasar por bueno, es realmente pésimo, decía Sir Francis Bacon.

AFP

"A ocupar Wall Street"

(//blog.nj.com, 20/9/11). Decididamente, la crisis económica global tiene características especiales en la primera potencia del mundo. Y ciertas curiosidades. Los CEO o directores ejecutivos de las grandes empresas reciben en promedio 11 millones de dólares anuales (www.aflcio.org/corporatewatch, 2011) y aun ganan dinero ya en la tumba si fallecieron durante el desempeño de sus funciones. La familia de Eugene Isenberg, CEO de la Nabor Industries, especializada en la perforación de pozos de petróleo, habría recibido 263,6 millones de dólares en concepto de compensaciones póstumas, incentivos, bonos y diferentes seguros de vida si Eugene hubiera muerto antes de que la empresa renegociara el trato (*The Wall Street Journal*, 10/6/08). Para Michael Jeffries, de la fábrica de ropa Abercrombie & Fitch, la suma concertada fue modesta: apenas 17 millones de dólares (www.marketwatch.com, 13/5/09). Huelga decir que no es la situación de muchos asalariados que mueren antes de retirarse, incluso en sus lugares de trabajo. Pocas compañías estarían dispuestas a conceder compensaciones póstumas a las familias de sus empleados, por mínimas que fueran. Pasa lo contrario y es siniestro: hace años que las empresas estadounidenses conciertan seguros de vida para sus millones de operarios, obtienen así descuentos fiscales y embolsan el importe cuando alguno de ellos fallece. El *Wall Street Journal* narró el caso de la viuda de un empleado de banco que demandó al Amegy Bank de Houston reclamando los 1,6 millón de dólares que la entidad recibió por el seguro de vida de su marido, un seguro que los directivos habían contratado meses después de que lo operaran de un cáncer y que mantuvieron a pesar de haberlo despedido (//online.wsj.com, 24/2/09). A poco más de un año de los comicios de los que espera salir reelecto, el presidente Obama presentó al Congreso un plan para reducir el déficit fiscal, que llegó a 1,23 billón de dólares en agosto pasado, es decir, el 8,5 por ciento del PIB nacional. El plan incluye un alza tributaria para los que tienen ingresos anuales superiores al millón de dólares: es la llamada "norma Buffet", por el multimillonario Warren Buffet, que desde 2007 proclama que él y sus amigos "megarricos" suelen pagar menos impuestos que el ciudadano corriente y que, en consecuencia, habría que aumentarles la imposición fiscal. Es difícil que la aprueben los republicanos pero, aunque lo hicieran, el número de alcanzados por la norma llegaría al 0,3 por ciento de los contribuyentes y rala sería la recaudación posible en una década, estima el *New York Times* (17/9/11). Claro que, como movida electoral, no es mala. El plan de Obama propone una inversión de 447 mil millones de dólares para crear fuentes de empleo, pero algunos especialistas no comparten el optimismo que despierta una proposición que tampoco goza del afecto de los republicanos. "Tiende más bien a conservar puestos de trabajo que a aumentarlos", opinó el conocido estratega financiero John Hermann (www.bloomberg.com, 27/9/11). Contribuiría a crear o a mantener unos 280.000 empleos en los dos próximos años, cantidad muy exigua dada la desocupación imperante. Por Internet se organizan y alimentan las manifestaciones de Zuccotti Park, como sucedió en Egipto, y el tuiteo es la vía de contacto preferida. De la revolución egipcia han aprendido otras lecciones: el régimen de Mubarak bloqueó Internet con eficacia y un grupo de expertos y activistas está empeñado en generar redes alternativas para el caso de que algo similar eventualmente se produzca (//chronicle.com, 18/9/11). Con la ayuda de las nuevas técnicas, las redes sociales han adquirido un peso político notorio y bien lo saben quienes invitan a ocupar Wall Street.

El verdadero fin del mundo

Publicada el 23/12/12

Por Juan Gelman

Pasó el 21 de diciembre, fecha en la que iba a terminar este planeta según presuntas profecías mayas, y el mundo sigue andando: su verdadero final no tiene fecha precisa ni año fijado, pero está en proceso y se conoce con el nombre de cambio climático. Los gobiernos reconocen que existe, desde el 2001 se reúnen para discutir medidas que lo frenen, como en noviembre último en Doha, Qatar, pero no se advierte mejora alguna. Al revés: huracanes, tsunamis y tornados de inusitada violencia no obedecen a los tiempos previstos para su aparición, a veces con consecuencias insospechadas. Una de ellas: después del tornado que en mayo pasado devastó Joplin, Missouri, trece personas fueron infectadas por el hongo apophysomyces y cinco fallecieron. "Se trata de un hongo común que se encuentra en el suelo, la madera o el agua y que generalmente no daña a las personas. Pero encuentra su camino en el cuerpo humano gracias a alguna herida punsante provocada por un tornado, por ejemplo" (www.treehugger.com, 17/12/12). Claro que hay mucho más. El Ártico perdió casi la mitad de su extensión en 30 años: 7011 millones de kilómetros cuadrados en 1980, 3499 millones este año. La realidad suele contradecir las predicciones del Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático (IPCC, por sus siglas en inglés), la instancia de las Naciones Unidas encargada de seguir el tema: en su informe de 2007, el IPCC concluyó que el Ártico nunca iba a deshelarse en el verano antes del 2070, pero en septiembre del 2012 había perdido 760.000 km2 en cinco años, una vez y media la superficie de España (//sociedad.elpais.com, 19/9/12). Diversos sectores científicos consideran que la región podría quedar totalmente sin hielo durante el verano en no más de 20 años (www.alternet.org, 20/12/12) La causa: el calentamiento global. "Subestimamos el hecho de que el cambio climático está levantando cabeza", señaló Kevin Trenberth, director de la sección de análisis climático del Centro Nacional de Investigación de la Atmósfera (//tomnelsonblog.spot.mx, 6/12/12). La velocidad del deshielo ártico le da la razón. Y no sólo: el nivel de los océanos aumentó 3,3 milímetros anuales de 1993 a 2006. En su informe del 2001, el IPCC lo había fijado en 2 milímetros anuales. Los huracanes y las inundaciones consiguientes podrían terminar con los pueblos, en particular los pesqueros, y lugares turísticos instalados junto a ciertas playas en unos años más. Preocupa a los círculos científicos que investigan el fenómeno la tendencia a minimizar sus alcances que hasta ahora impera en el IPCC. No tenerlos en cuenta, señala un estudio publicado en la revista *Global Environment Change*, "puede impedir el pleno reconocimiento, la articulación y el conocimiento de dramáticos fenómenos naturales que podrían estar sucediendo" (www.dailyclimate.org, 20/12/12). La polémica en torno del cambio climático no cesa y se acumulan las investigaciones en torno del tema. El IPCC llevó a cabo una evaluación especial sobre el aumento de la temperatura en el mundo. Esto "depende de muchos factores –concluyó–; incluso las señales de cambios previstos en la dirección y la magnitud de extremos climáticos son inciertas" (www.ipcc.ch, marzo 2012). Un estudio del climatólogo de la NASA James Hansen, publicado cinco meses después en la revista de la Academia Nacional de Ciencias, subraya en cambio que la posibilidad de los extremos climáticos aumentó un 13 por ciento respecto de 1980 (www.pnas.org, agosto de 2012). Afirma que las olas de calor que azotaron a Europa en el 2003, a Rusia en el 2010 y a Texas en el 2011 se debieron al calentamiento global causado por la actividad humana. La acumulación en la atmósfera de gases en general producto de la actividad industrial –dióxido de carbono, metano, óxido nitroso y otros gases industriales fluorados– es el origen, para muchos científicos, del efecto invernadero que conduce al calentamiento global. En 1997, la ONU adoptó el llamado Protocolo de Kioto sobre el cambio climático, al que han adherido 187 naciones pero no EE.UU., el mayor emisor de esos gases en el mundo. El protocolo tenía la meta de reducir tales emisiones al menos en un 5 por ciento en el período 2008-2012 en comparación con los niveles alcanzados en 1990. Faltan datos oficiales sobre el cumplimiento de ese objetivo, pero el cambio climático registrado demostraría que no se alcanzó. De todos modos, se alargaron los plazos. Otro fenómeno que se vincula con el calentamiento global son las sequías sin precedente que este año padecieron América (EE.UU., México, Brasil, Argentina), África oriental, el Este de la India (la peor en 40 años) y otras regiones. El fin del mundo transita por otras vías que la maya.

El Honorable Concejo Deliberante de Mar del Plata saluda a Página 12 por sus 27 años informando a los argentinos.

Honorable Concejo Deliberante.
Partido de General Pueyrredon.

Publicada el 3/11/13

De 1 a 0,7

Por Juan Gelman

AFP

Los muchachos de "Ocupar Wall Street" tendrán que revisar consignas: ya no es el 1 sino el 0,7 por ciento de los acaudalados quienes controlan el 41 por ciento de la riqueza mundial. Así lo afirma Jason Bellini en el *Wall Street Journal* precisamente (2013 Wealth Report/line.wsj.com, 15/10/13). El periodista se basa en un informe reciente del poderoso Crédit Suisse, según el cual ese 0,7 por ciento está formado por personas cuyos "bienes tienen un valor neto de más de un millón de dólares" (www.credit suisse.com, 10/9/13). Son unos 32 millones de los 7000 millones de habitantes del planeta y su riqueza reunida asciende a 99 billones de dólares. El informe del Crédit Suisse divide al 0,7 por ciento en dos grupos: a) el que tiene de 1 millón a 50 millones; b) los de 50 millones para arriba, que en EE.UU. son 45.000. La vasta mayoría de millonarios en el mundo, 28 millones de personas, posee entre 1 y 5 millones, otros 2,2 millones de 5 a 10 millones de dólares y más de otro millón de 10 a 50 millones de billetes verdes. "Dos millones de nuevos millonarios aparecieron en todo el mundo el año pasado." El 91,6 por ciento de la humanidad se reparte un 17 por ciento de lo que queda. Se asiste a una crisis económica muy particular. La recuperación estadounidense fue muy, pero muy, benéfica para los multimillonarios por quinto año consecutivo, es decir desde la recesión del 2008. Pero lejos están los tiempos en que los estadounidenses del rubro constituían el 40 por ciento del total mundial y casi todo el resto era de Europa occidental y Japón. Una investigación compartida por Forbes (www.forbes.com/billionaires, 4/3/13) y el Instituto de Estudios Políticos de Washington mostró que la multimillonarios se desplazó de manera notable hacia la región Asia/Pacífico. Ahora EE.UU. (442 multimillonarios) viene escoltado por China (122, cero en 1995) y Rusia (110). En cuarto lugar se encuentra Alemania (58), seguida de India (55), Brasil (46), Turquía (43), Hong Kong (39) y el Reino Unido (38). Resulta que hay más en Turquía que en cualquier otro país europeo, salvo Alemania. Claro que no hay winners sin losers. "El desempleo mundial ha subido tras registrar una disminución durante dos años consecutivos y podría aumentar aún más en 2013", advierte un informe de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) (www.ilo.org, 22/1/13). El número de los sin trabajo aumentó 4,2 millones en 2012 y el organismo de la ONU estima que llegará a 202 millones este año, superando el record de 199 millones del año 2009 registrado en el momento más brutal de la crisis. En el 2014 habría 3 millones más. Un cuarto del incremento en el 2012 se produjo en las economías desarrolladas y repercutió en otras regiones, en especial en Asia Oriental y Meridional y el África Subsahariana. Todo periodista sabe que la acumulación de cifras aburre a cualquier lector y quien esto escribe pide las disculpas del caso. Pero lo que asoma detrás de la frialdad de los números redondos es un espectáculo nada primoroso. La presentación cuantitativa de la OIT es alarmante y más aún lo es el desacoplamiento de sus partes. Unos 73,4 millones de jóvenes serán desocupados en el 2013, según estimaciones de la OIT, un incremento de 3,5 millones respecto del período 2007-2013: se da "una proliferación de los empleos temporales y un creciente desaliento entre los jóvenes de las economías avanzadas; y empleos de baja calidad, informales y de subsistencia en los países en desarrollo". Cuando se consiguen. No es todo, claro. A más edad, más posibilidades de perder el empleo. La alternativa es mantenerlo con salarios a la baja y padecer la inestabilidad de los contratos, la no jubilación, el trabajo en negro, la pregunta de si será posible mantener a la familia en adelante, una sensación de inseguridad que afecta a millones de hogares en todo el mundo, sin duda más que el terrorismo de Al Qaida. Tal vez por eso hay que vigilarlos a todos. Saber qué indignación cultivan y cómo pudiera estallar algún día. El informe mundial sobre salarios 2012/13 de la OIT subraya que "las diferencias entre el aumento salarial y la productividad laboral, y entre las personas con más ingresos y las que menos perciben, son cada vez mayores". En su informe 2010/11, que analiza datos de 115 países o el equivalente al 94 por ciento de los 1400 millones de asalariados en el mundo, la OIT revela que "el crecimiento promedio de los salarios mensuales cayó del 2,8 por ciento en 2007 (ante el estallido de la crisis) a 1,5 por ciento en 2008 y 1,6 por ciento en 2009. Si se excluye a China, el crecimiento de los salarios bajó a 0,8 por ciento en 2008 y 0,7 en 2009". La torta es grande para algunos, chiquita para casi todos los demás.

La Municipalidad
de General Pueyrredon
saluda al Diario Página 12
en su 27º Aniversario

MGP
MAR DEL PLATA
BATÁN

ACTIVA ES SER UNA PROVINCIA QUE TIENE EL PRIMER BANCO DEL PAÍS.

BUENOS AIRES
ACTIVA
COMO NUNCA

A través del Banco Provincia, hoy miles de familias, pymes, microemprendedores y municipios pueden crecer como nunca.

- 420 sucursales.
- La mayor red de cajeros de la Argentina.
- $9.000 millones en créditos agropecuarios.
- Préstamos a más de 25.000 pymes.
- $8.800 millones en préstamos personales.

0810 - 22 - 22776 • bancoprovincia.com.ar
@bancoprovincia - bancoprovincia

BA GOB. DANIEL SCIOLI

Banco Provincia

Banco de la Provincia de Buenos Aires. CUIT 33-99924210-9. Calle 7 N° 726, La Plata. Provincia de Buenos Aires. www.bancoprovincia.com.ar